AGATHA CHRISTIE

TRAGEDIA EN TRES ACTOS

Durante una cena convocada en la casa de un veterano y afamado actor, se produce la muerte de un viejo párroco. El incidente no establece un indicio de asesinato de manera clara. Posteriormente, es la segunda muerte de uno de los invitados de aquella cena por envenenamiento la que conecta los dos casos.

Una joven enamorada de este maduro actor, dicho actor, un viejo mecenas y Poirot, se alían para resolver los crímenes.

Agatha Christie

Tragedia en tres actos

Hércules Poirot - 11

ePub r1.2
guau70 23.02.17

Título original: *Three act tragedy*
Agatha Christie, 1935
Traducción: José Mallorquí
Retoque de cubierta: guau70

Editor digital: guau70
ePub base r1.2

Dedicada a mis amigos Geoffrey y Violet Shipston

Dirigida por
***SIR* CHARLES CARTWRIGHT**

Ayudantes de dirección
SEÑOR SATTERTHWAITE
SEÑORITA HERMIONE LYTTON GORE

Vestuario de
AMBROSINE LTD.

Iluminación de
HÉRCULES POIROT

PRIMER ACTO

SOSPECHAS

Capítulo I

Crow's Nest

El señor Satterthwaite, sentado en la terraza de Crow's Nest («nido del cuervo»), contemplaba cómo su anfitrión, *sir* Charles Cartwright, subía por el sendero que conducía al mar.

Crow's Nest era un bungalow de primera, sin entramados de madera, gabletes o cualquier otro adorno tan del gusto de los constructores de segunda. Era una construcción sólida, pintada de blanco y engañosa en cuanto al tamaño porque era realmente mucho más grande de lo que parecía. Debía su nombre a su situación, muy alta, sobre la bahía de Loomouth. Uno de los lados de la terraza, protegido por una sólida balaustrada, daba a un acantilado que caía hasta el mar. Crow's Nest distaba una milla de la ciudad. La carretera se alejaba de la costa y luego ascendía lenta y serpenteante muy por encima del nivel del mar. A pie se llegaba en siete minutos por el empinado sendero de los pescadores, camino por el que subía en aquellos momentos *sir* Charles Cartwright.

Sir Charles era un hombre de mediana edad, bien proporcionado y de rostro bronceado por el sol. Llevaba unos viejos pantalones de franela gris y un jersey blanco. Su paso era ligero y oscilante, y andaba con los puños cerrados. Nueve de cada diez personas dirían al verlo: «Marino retirado, el aspecto es inconfundible». La décima persona, sin duda más perspicaz, vacilaría un momento, extrañada por algo indefinible que se apreciaba en él. Y tal vez entonces recordara una escena: la cubierta de un buque, pero no de un buque de verdad, sino de uno cuya cubierta estaba acotada por unos pesados cortinajes. Sobre ella, un hombre, Charles Cartwright, se encontraba de pie, iluminado por una luz muy fuerte que no era la

del sol. El balanceo del cuerpo y las manos semicerradas acaso le recordaran también la voz agradable y bien timbrada de un marino y caballero inglés, que decía: «No, señor, siento mucho no poder contestar esa pregunta».

Entonces caía el telón, se encendían las luces de la sala, la orquesta arrancaba con un ritmo sincopado y unas muchachas, con unos lazos exagerados en el pelo, voceaban: «¡Bombones! ¡Limonada!». El primer acto de *La llamada del mar*, con Charles Cartwright en el papel de comandante Vanstone, había terminado.

El señor Satterthwaite miró hacia abajo y sonrió.

Era un hombre menudo y enjuto, mecenas de las artes y el teatro, un esnob manifiesto pero agradable, a quien nunca dejaban de convocar a las fiestas de la alta sociedad. Su nombre aparecía invariablemente en toda lista de invitados. Además, tenía una viva inteligencia y era un gran observador. En aquel momento murmuró, moviendo la cabeza:

—No, realmente nunca me lo hubiese imaginado.

Sonaron unos pasos en la terraza y volvió la cabeza. El hombre fornido de pelo gris que cogió una silla y se sentó llevaba claramente impresa en el rostro, inteligente y bondadoso, las palabras «médico» y «Harley Street». *Sir* Bartholomew Strange había triunfado en su carrera. Era un famoso especialista en enfermedades nerviosas y acababan de hacerle caballero en la lista de distinciones conferidas en el día del cumpleaños del rey. Se acercó un poco más al señor Satterthwaite y le preguntó:

—¿Qué es lo que nunca se hubiese imaginado usted?

Satterthwaite, sonriendo, le señaló al hombre que subía a toda prisa por el camino del acantilado.

—Nunca hubiese creído que *sir* Charles pudiera permanecer feliz tanto tiempo en este exilio.

—¡Ni yo! —El médico soltó una carcajada—. Conozco a Charles desde la infancia. Estuvimos juntos en Oxford. Siempre ha sido igual: mejor actor en la vida privada que en el escenario. Charles siempre actúa, no puede evitarlo, es como su segunda naturaleza. No sale de una habitación sino que hace un mutis, y siempre tiene preparada una frase. Pero también le gusta cambiar de papel. Hace dos años se retiró de los escenarios diciendo que quería disfrutar de la tranquila vida rural y satisfacer su afición por el mar. Entonces se

vino aquí y mandó construir esta casa, su idea de una casa modesta, y ya lo ve usted: tres cuartos de baño y todos los últimos adelantos. A mí me pasó lo mismo que a usted, Satterthwaite: nunca creí que esta nueva chifladura durase tanto. Después de todo, Charles es humano y necesita a su público. Dos o tres capitanes retirados, unas cuantas viejas y un cura no es suficiente auditorio. Pensé que su papel de tipo sencillo aficionado al mar no duraría más de seis meses. Francamente, creí que se cansaría pronto y que de aquí se iría a Montecarlo a interpretar el papel del hombre hastiado del mundo o el de un hacendado en Escocia. Charles es muy versátil.

El médico calló. Había sido una larga parrafada. En sus ojos se reflejaban el afecto y la diversión mientras contemplaba al amigo ignorante de sus comentarios. En un par de minutos estaría con ellos.

—Sin embargo —continuó *sir* Bartholomew—, es evidente que estábamos equivocados, pues su atracción por la vida sencilla persiste.

—Un hombre que dramatiza todos sus actos es malinterpretado a veces. Uno no lo toma en serio cuando es sincero.

—Sí —asintió el médico pensativo—, eso es verdad.

Sir Charles subió a la carrera los escalones que conducían a la terraza y saludó a sus amigos con un sonoro «¡Hola!».

—El *Mirabelle* se ha superado —exclamó—. Debió venir usted, Satterthwaite.

Este meneó la cabeza. Había sufrido ya demasiadas veces los efectos de cruzar el Canal con mal tiempo para hacerse ilusiones sobre la resistencia de su estómago. Aquella mañana, desde su dormitorio, había contemplado el *Mirabelle*.

Soplaba una fuerte brisa y Satterthwaite dio gracias a Dios fervorosamente por hallarse en tierra firme.

Sir Charles se acercó al ventanal del salón y pidió que trajeran las bebidas.

—Deberías haberme acompañado, Tollie. ¿Acaso no te pasas la vida en Harley Street diciendo a tus pacientes lo beneficioso que es pasar unas semanas junto al mar?

—La gran ventaja de un médico consiste en que él no está obligado a seguir sus propios consejos.

Charles se echó a reír. Inconscientemente, aún seguía

interpretando el papel de lobo de mar. Era un hombre muy apuesto, bien proporcionado, de rostro enjuto y risueño. El toque de gris en las sienes le daba una gran distinción. Tenía el aspecto de lo que realmente era: en primer lugar, un caballero; luego, un actor.

—¿Has ido solo?

—No —*sir* Charles se volvió para coger la copa que le traía una doncella en una bandeja—. He tenido un tripulante. Para ser exacto, la joven Egg.

Algo en su voz hizo que Satterthwaite lo mirara con viveza.

—¿La señorita Lytton Gore? Es una navegante muy experta, ¿verdad?

Charles se echó a reír con un deje de pesar.

—Consigue que me sienta como un marinero de agua dulce, pero gracias a ella aprendo.

Mil ideas cruzaron por la mente de Satterthwaite. Me pregunto si Egg Lytton Gore… Tal vez sea por esto por lo que él no se ha cansado aún… Está en una edad peligrosa… A esas alturas de la vida siempre hay una muchacha que…

—¡El mar! —continuó el actor—. No hay nada comparable. ¡Oh, sí! El sol, el viento, el mar y la humilde choza que es tu hogar.

Contempló encantado la casa blanca que estaba a su espalda, con tres cuartos de baño, agua caliente y fría en todos los dormitorios, lo más nuevo en calefacción central, luces y aparatos eléctricos de todo tipo, y una servidumbre formada por doncella, ama de llaves, cocinera y pinche de cocina. Realmente, la interpretación que *sir* Charles daba a la vida sencilla era un poco exagerada.

Una mujer alta y muy fea salió de la casa y se acercó a ellos.

—Buenos días, señorita Milray.

—Buenos días, *sir* Charles. —Inclinó la cabeza ante los otros dos caballeros a modo de saludo—. Le traigo el menú de la cena por si desea usted cambiar algo.

Sir Charles lo cogió y murmuró:

—Vamos a ver: «Melón, consomé frío, filetes de lenguado, becada, *soufflé surprise*, canapés Diana…». No, está todo muy bien, señorita Milray. Los invitados llegarán en el tren de las cuatro y media.

—Ya he mandado a Holgate que vaya a la estación. A propósito,

sir Charles, si no tiene usted inconveniente, sería mejor que yo cenase con ustedes esta noche.

Él la miró asombrado, pero al fin dijo cortésmente:

—Con mucho gusto, señorita Milray, pero…

La señorita Milray explicó lentamente el por qué de su propuesta.

—Si yo no ceno con ustedes, *sir* Charles, serán trece a la mesa y hay mucha gente supersticiosa.

Por el tono de su voz se deducía que ella no tendría el menor problema en sentar a trece personas a cenar durante toda su vida.

—Creo que todo está arreglado —siguió el ama de llaves—. También le he dicho a Holgate que vaya a buscar con el coche a *lady* Mary y los Babbington. ¿Desea el señor algo más?

—No. Eso es todo.

La mujer se retiró con una cierta sonrisa altiva.

—¡Esta sí que es una mujer notable! —proclamó *sir* Charles—. A veces tengo miedo de que aparezca y me cepille los dientes.

—Es la eficiencia personificada —convino Strange.

—Hace seis años que está a mi servicio —explicó *sir* Charles—. Primero, en Londres, como secretaria, y luego aquí, como una especie de gobernanta o ama de llaves. Lo organiza todo con la precisión de un reloj. Lo terrible es que me va a dejar.

—¿Por qué?

—Dice —*sir* Charles arrugó la nariz en señal de duda— que su madre ha quedado inválida. Yo no lo creo. Esta clase de mujeres no tienen madre. Para mí que surgen por generación espontánea de alguna máquina. No, no, hay algún otro motivo.

—Seguramente —manifestó el médico— será porque la gente murmura.

—¿Que la gente murmura? —El actor se mostró asombrado—. ¿De qué puede murmurar?

—Mi querido Charles, sabes muy bien lo que es la murmuración.

—¿Quieres decir que hablan de nosotros dos? ¿Con esa cara y a su edad?

—Debe de tener unos cincuenta años.

—Creo que no —reflexionó Charles—. Pero, hablando en serio, Tollie, ¿te has fijado en su cara? Es cierto que tiene dos ojos, una nariz y una boca, pero no es lo que llamarías una cara, una cara

femenina. Ni la solterona más retorcida y chismosa del pueblo podría relacionar la pasión sexual con un rostro como el suyo.

—Desconoces la imaginación de una solterona inglesa.

Sir Charles movió la cabeza.

—No lo creo. La señorita Milray tiene un aire de siniestra respetabilidad que incluso una solterona inglesa debe reconocer. Es la virtud y la responsabilidad personificadas, y es condenadamente útil. Siempre he escogido a mis secretarias por ser más feas que un pecado.

—Una sabia precaución.

Sir Charles se quedó pensativo unos instantes. Para distraerlo, *sir* Bartholomew le preguntó:

—¿Quiénes vienen esta tarde?

—Angie, para empezar.

—¿Angela Sutcliffe? Muy bien.

Satterthwaite se inclinó hacia delante, ansioso por enterarse de quiénes eran los invitados. Angela Sutcliffe era una conocida actriz, célebre por su talento y belleza, quien, sin ser joven, ejercía un poderoso encanto sobre el público. Había sido mencionada muchas veces como la sucesora de la gran Ellen Terry.

—También vendrán los Dacres.

Satterthwaite asintió. La señora Dacres era la dueña de la casa Ambrosine Ltd., el célebre establecimiento de modas. En todos los programas de las obras de teatro se leía: «Los vestidos que lucirá la señora Blank en el primer acto son de la casa Ambrosine Ltd., Brook Street». Su marido, el capitán Dacres, era, según decía él mismo, en su lenguaje de apostador, un caballo sorpresa. Pasaba la mayor parte del tiempo en las carreras y, años atrás, había participado como jinete en el Grand National. Circularon rumores de que hubo algo raro, sin que nadie supiese exactamente el qué. No se hizo ninguna investigación o, por lo menos, si se hizo, no trascendió. Sin embargo, a la más mínima mención del nombre de Freddie Dacres, la gente enarcaba ligeramente las cejas.

—También vendrá Anthony Astor.

—¡Caramba, la autora de *Dirección única*! Vi dos veces esa obra. Tuvo un éxito enorme —afirmó Satterthwaite.

Estaba radiante al poder demostrar que sabía que Anthony Astor era una mujer.

—¡Eso es! —dijo *sir* Charles—. No recuerdo su verdadero nombre, creo que es Wills. La he visto una sola vez. La he invitado para complacer a Angela. Estos son todos los invitados.

—¿Y del vecindario? —preguntó el médico.

—¡Ah, sí! Los vecinos son los Babbington, o sea el párroco, que es un tipo simpático, y su esposa, una mujer sumamente agradable. Me enseña jardinería. También vendrán *lady* Mary y Egg. Nadie más. ¡Ah, se me olvidaba! Un joven llamado Manders, es periodista o algo por el estilo. Es un buen muchacho. Esto completa la lista.

El señor Satterthwaite era un hombre metódico. Repasó la lista:

—La señorita Sutcliffe, uno; los Dacres, tres; Anthony Astor, cuatro; *lady* Mary y su hija, seis; el párroco y su mujer, ocho; el periodista, nueve; y nosotros tres, doce. Usted o la señorita Milray han contado mal, *sir* Charles.

—¿La señorita Milray?, imposible —aseguró el dueño de la casa —. Esa mujer no se equivoca nunca. Déjeme pensar. ¡Tiene usted razón, me he olvidado de uno! Por cierto, que si él se enterara tendría un disgusto terrible. Es el sujeto más vanidoso que he conocido.

Satterthwaite parpadeó. En su opinión, los hombres más presuntuosos del mundo eran los actores, sin exceptuar a Charles Cartwright. Que la sartén llamase negro al cazo le hizo reír.

—¿Quién es? —preguntó.

—Un hombre famosísimo de quien seguramente habrá oído usted hablar. Es un belga llamado Hércules Poirot.

—¿El detective? —exclamó Satterthwaite—. Le conozco. Es un hombre muy notable.

—Es todo un personaje —aseguró *sir* Charles.

—No le conozco en persona —dijo *sir* Bartholomew—, pero he oído hablar mucho de él. Hace tiempo que se retiró de la profesión, ¿verdad? Seguramente, la mayor parte de lo que me han contado es pura leyenda. Bueno, Charles: espero que no tengamos ningún crimen este fin de semana.

—¿Por qué dices eso? ¿Porque vamos a tener a un detective aquí? Eso sería como empezar la casa por el tejado, ¿no te parece, Tollie?

—Bueno, al fin y al cabo, no es más que una teoría.

—¿Cuál es su teoría, doctor? —preguntó Satterthwaite.

—Pues que los acontecimientos van a las personas y no las personas a los acontecimientos. ¿Por qué unas personas tienen vidas emocionantes y otras tediosas? ¿Debido a lo que las rodea? ¡No! Un hombre podría ir hasta el fin del mundo sin que nada le sucediese. La semana anterior a su llegada, una revolución asolará las calles de la ciudad a la que él se dirige y se producirá un trágico terremoto al día siguiente de su partida. Si tiene pasaje para un barco que ha de hundirse, surgirá un imprevisto que le impedirá tomarlo. En cambio, a otro que vive tranquilamente en Balham y cada día se dirige a la City le pueden ocurrir infinidad de cosas. Se verá involucrado con una banda de gánster y bellas chicas o ladrones de coches. Hay gente que parece atraer los naufragios. Hasta paseando en barca por un estanque les ha ocurrido algo. Por eso, hombres como Hércules Poirot no tienen que preocuparse por buscar crímenes porque los crímenes acuden a ellos.

—En este caso —opinó Satterthwaite—, quizá sea una suerte que la señorita Milray nos acompañe en la cena para que no seamos trece a la mesa.

—Bueno —exclamó *sir* Charles—, tendrás tu crimen, Tollie, ya que lo deseas tanto, pero con la condición de que yo no sea el cadáver.

Los tres hombres entraron riendo en la casa.

Capítulo II

Incidentes antes de la cena

El principal interés del señor Satterthwaite en la vida era observar a la gente.

Desde luego, le interesaban mucho más las mujeres que los hombres. Para ser un hombre tan masculino, Satterthwaite sabía demasiado sobre las mujeres. Había algo femenino en su carácter que le hacía comprender a la perfección la mente femenina.

A lo largo de su vida no había conocido a ninguna mujer que no le eligiera para hacerle confidencias, pero nunca le habían tomado en serio, algo que le amargaba un poco. Tenía la sensación de estar siempre en el patio de butacas contemplando la obra y no en el mismo escenario participando en el drama como actor. Pero, en realidad, el papel de espectador estaba hecho a su medida.

Esa tarde, sentado en la amplia habitación que daba a la terraza, hábilmente decorada por una empresa moderna para que pareciera el camarote de lujo de un transatlántico, estaba tratando de descubrir el tono exacto del tinte de los cabellos de Cynthia Dacres, un tono nuevo que sospechaba traído directamente de París, con un curioso y muy agradable efecto de verde bronce. Era imposible saber cuál era el verdadero aspecto de la señora Dacres. Era una mujer alta, con un cuerpo que respondía a las últimas exigencias de la moda. Tanto el cuello como los brazos mostraban el moreno del verano en el campo, aunque era imposible distinguir si era natural o artificial. Lucía un peinado nuevo, solo realizable por el mejor peluquero de Londres. Las cejas depiladas, las pestañas oscurecidas por el rímel, la perfección del maquillaje y los labios delineados en una curva que no podía ser natural, parecían conjuntarse para

realzar la perfección de su sencillo traje de noche, de un azul muy oscuro, cuya tela, cortada en apariencia de forma muy simple (aunque era precisamente todo lo contrario), era opaca y a la vez daba la sensación de desprender una luz lejana y profunda.

¡Esa sí que es una mujer inteligente!, pensó Satterthwaite, contemplándola con admiración. Me gustaría saber cómo es en realidad.

Pero esta vez se refería a su mente, no a su cuerpo.

La mujer arrastraba las palabras como se estilaba en aquel momento.

—Querida, no fue posible. Quiero decir que algunas cosas son posibles y otras no lo son. Estas no lo eran. Simplemente pretendían serlo.

Estas eran justamente las nuevas palabras de moda: «Pretendían serlo».

Sir Charles agitaba con vigor una coctelera mientras hablaba con Angela Sutcliffe, una mujer esbelta, de cabellos grises, boca maliciosa y ojos hermosos.

Dacres estaba hablando con Bartholomew Strange.

—Todo el mundo sabe lo que ocurre con el viejo Ladisbourne. Lo sabe todo el establo.

El capitán era un hombre bajo y pelirrojo, de expresión zorruna y voz chillona. Llevaba un bigotito ridículo y era un poco bizco.

Junto a Satterthwaite estaba sentada la señorita Wills, cuya obra *Dirección única* había sido aclamada como una de las más ingeniosas y atrevidas que se habían estrenado en muchos años en Londres. La señorita Wills era alta, delgada, de mentón achatado y cabellos rebeldes. Llevaba gafas y vestía un traje verde claro. Su timbre de voz era alto, sin la menor distinción.

—He estado en el sur de Francia —explicaba—, pero no me divertí mucho. No es un sitio simpático. Aunque para mi trabajo me es muy útil conocer esos lugares donde ocurre todo, ¿sabe usted?

Satterthwaite pensó: Pobre mujer. El éxito la ha arrancado de su hogar espiritual, una casa de huéspedes en Bournemouth. Ahí es donde le gustaría estar. Se maravillaba de la diferencia que existe entre las obras y sus autores. Aquel «hombre de mundo», como se imaginaba uno a Anthony Astor al ver alguna de sus obras, no aparecía por ningún lado en la señorita Wills. Sin embargo, advirtió

que la mirada de sus ojos azul pálido reflejaba una gran inteligencia. Ella le miraba fijamente en aquel momento, como estudiándole, cosa que le desconcertó. Parecía querer grabar sus facciones en su memoria.

Sir Charles estaba sirviendo los cócteles.

—Permítame que le traiga un cóctel —dijo Satterthwaite, levantándose ágilmente.

—Encantada —aceptó la autora con una risita.

Se abrió la puerta y Temple anunció a *lady* Mary Lytton Gore, al señor y la señora Babbington y a la señorita Lytton Gore.

Satterthwaite le llevó un cóctel a la señorita Wills y luego se acercó a *lady* Mary Lytton Gore. Como se ha dicho antes, tenía debilidad por los títulos.

Además de ser un esnob, le gustaban las damas e indudablemente *lady* Mary lo era.

Al quedarse viuda con una hija de tres años y en mala situación económica, se trasladó a Loomouth, donde alquiló una casa modesta en la que vivía desde entonces acompañada de una fiel sirvienta. Era alta y delgada, y parecía más vieja de lo que era en realidad, pues tenía solo cincuenta y seis años. Su expresión era dulce y algo tímida. Adoraba a su hija, pero estaba algo alarmada por su comportamiento.

Hermione Lytton Gore, más conocida, no se sabe por qué razón, por el nombre de Egg, era muy distinta a su madre. Parecía mucho más enérgica. No era lo que el señor Satterthwaite llamaba una mujer hermosa, pero sí atractiva. La causa de ese atractivo estribaba, según él, en su vitalidad. Daba la sensación de tener más vida que cualquiera de los que estaban en aquella habitación. Su cabello era oscuro, sus ojos grises y su estatura mediana. Había algo en aquellos cabellos ensortijados, en la límpida mirada de sus ojos grises, en la curva de sus mejillas y en su risa contagiosa, que respiraba juventud y vitalidad.

En aquel momento estaba hablando con Oliver Manders, quien acababa de llegar.

—No comprendo que navegar pueda aburrirte tanto. Antes te gustaba.

—Egg, querida, todos crecemos —replicó Oliver, un joven simpático, de unos veinticuatro años. Se notaba en él algo extraño,

algo extranjero, algo en cierto modo poco inglés.

Otra persona miraba también a Oliver. Un hombre bajo con la cabeza en forma de huevo y con unos mostachos que proclamaban su condición de extranjero. Satterthwaite había recordado a Poirot el día en que se conocieron. El detective se mostró muy afable, aunque él sospechó que exageraba adrede su extranjerismo. Sus brillantes ojillos parecían decir: «¿Esperáis que yo sea el bufón? ¿Que os distraiga con mis gracias? Bien, se hará tal como deseáis».

Pero en aquel momento no había el menor brillo en los ojos de Poirot. Tenía un aspecto grave y un poco triste.

El reverendo Stephen Babbington, párroco de Loomouth, entró en la habitación y se reunió con *lady* Mary y el señor Satterthwaite. Era un hombre de unos sesenta años, de ojos cansados y unos modales tan tímidos que desarmaban a cualquiera.

—Tenemos suerte de que *sir* Charles viva en nuestro pueblo —afirmó, dirigiéndose a *lady* Mary—. Ha sido muy bueno, muy generoso. Es un vecino muy agradable. Estoy seguro de que *lady* Mary estará de acuerdo conmigo.

—Le aprecio mucho. El éxito no le ha echado a perder. En muchos aspectos, es todavía un chiquillo —manifestó con una cariñosa sonrisa.

La camarera se acercó con la bandeja de los cócteles, mientras Satterthwaite pensaba en lo maternales que son todas las mujeres. Desde su punto de vista bastante victoriano, no dejaba de aprobarlo.

—Mamá, puedes tomar un cóctel —dijo Egg, acercándose a la dama con una copa en la mano—, pero solo uno.

—Muchas gracias —aceptó *lady* Mary con sumisión.

—Creo —murmuró el señor Babbington— que mi mujer me permitirá que tome uno. —Se rio suavemente con una risita angelical.

Satterthwaite miró a la señora Babbington, que estaba hablando con *sir* Charles sobre los abonos.

Tiene unos ojos muy bonitos, pensó.

La señora Babbington era una mujer fornida y desaliñada. Parecía llena de energía y libre de todo pensamiento mezquino. Como había dicho Cartwright, era muy agradable.

—¡Dígame! —preguntó *lady* Mary dirigiéndose a Satterthwaite

—, ¿quién es la joven con quien hablaba usted cuando hemos entrado, aquella que va de verde?

—Es el dramaturgo Anthony Astor.

—¿Qué? ¿Esa joven insignificante? ¡Oh! —Se irguió—. ¡Qué desencanto! No tiene el menor aspecto de… es decir, más bien parece una niñera poco eficiente.

Era una descripción tan acertada del aspecto de la señorita Wills que Satterthwaite se echó a reír. El señor Babbington paseó su mirada por la habitación. Bebió un trago de su cóctel y tosió un poco. Sin duda no está acostumbrado a esas mezclas, pensó divertido Satterthwaite. Aquello era para él una señal de modernidad, pero no le gustaba. El señor Babbington bebió un largo sorbo con determinación y, haciendo una mueca, exclamó:

—¿Es aquella mujer de allí? ¡Oh, querida…! —dijo y se llevó la mano a la garganta.

Se oyó la voz de Egg Lytton Gore.

—Oliver, me recuerda usted a Shylock.

Eso es, pensó Satterthwaite, no es extranjero, es judío.

Formaban una bonita pareja: los dos tan jóvenes, tan simpáticos.

Un ruido a su lado le distrajo. El señor Babbington se había puesto en pie y se tambaleaba. Su rostro estaba congestionado.

Fue la voz de Egg la que atrajo la atención de todos los presentes, aunque *lady* Mary ya se había levantado y extendía hacia él sus temblorosas manos.

—¡El señor Babbington se encuentra mal! —gritó Egg.

Strange corrió hacia el hombre que se tambaleaba y lo llevó casi a rastras hasta un diván, al otro extremo de la habitación. Los demás rodearon al enfermo con la intención de ayudar, pero sin poder hacer nada.

Dos minutos después, Strange se levantó y meneó la cabeza. Habló con brusquedad, consciente de que la situación no era como para andarse con rodeos:

—Lo siento, está muerto.

Capítulo III

Las preocupaciones de *Sir* Charles

—¿Quiere usted venir un momento, Satterthwaite? —dijo *sir* Charles, asomando la cabeza por la puerta.

Había transcurrido una hora y media. A la confusión sucedió la calma. *Lady* Mary hizo salir de la habitación a la llorosa señora Babbington y luego la acompañó hasta la vicaría. La señorita Milray fue de gran utilidad al teléfono. El médico del pueblo acudió para hacerse cargo de lo ocurrido. Se sirvió una cena sencilla, tras la cual los invitados, de mutuo acuerdo, se fueron a sus respectivas habitaciones. Satterthwaite estaba a punto de retirarse también cuando *sir* Charles le llamó desde la puerta del «camarote» donde había tenido lugar el suceso.

Satterthwaite entró en la habitación reprimiendo un estremecimiento. No le gustaba el espectáculo de la muerte. Tal vez muy pronto él mismo… Pero ¿por qué pensar en esas cosas?

Tengo cuerda para otros veinte años por lo menos, se dijo para tranquilizarse.

El otro ocupante del camarote era Strange, quien asintió con aprobación al ver a Satterthwaite.

—Podemos contar con Satterthwaite —exclamó—. Es un hombre de mundo.

Un poco sorprendido, Satterthwaite se sentó en un sillón, junto al médico. *Sir* Charles se paseaba nervioso de un lado a otro de la habitación. Ya no tenía las manos semicerradas y su aspecto no era el de un marino.

—A Charles no le ha gustado nada esto —murmuró Bartholomew—. Me refiero a la muerte del pobre Babbington.

El señor Satterthwaite pensó que los sentimientos de su anfitrión no habían sido bien expresados. ¿Era acaso posible que a alguien le gustase un suceso macabro como aquel? Estaba seguro de que Strange había querido decir otra cosa con aquellas palabras.

—Lo ocurrido ha sido muy penoso —dijo Satterthwaite tanteando con cautela el terreno—. Realmente muy penoso —insistió con un estremecimiento.

—¡Hum! Sí, ha sido doloroso —convino el médico, en cuya voz se adivinó, por un momento, el inconfundible tono profesional.

Cartwright se detuvo.

—¿Has visto alguna vez morir así a alguien, Tollie?

—No, nunca he visto una muerte así —calló unos instantes y añadió—: Pero en realidad no he presenciado tantas muertes como tú te imaginas. Un especialista de los nervios no acostumbra a matar a muchos pacientes. Los mantiene vivos y consigue buenos ingresos de ellos. Sin duda, MacDougal ha visto muchos más fallecimientos que yo.

MacDougal era el médico de Loomouth que había acudido a la llamada de la señorita Milray.

—MacDougal no ha visto morir a ese hombre. Ya estaba muerto cuando él llegó. No sabe más de lo que le hemos contado. Nos ha dicho que la muerte le había sobrevenido a causa de un ataque. Babbington era ya muy viejo y su salud bastante mala. Pero esto no me satisface.

—Ni a él tampoco, pero un médico ha de decir algo. Un ataque vale tanto como cualquier otra palabra. No significa nada y satisface a los que la oyen. De todas maneras, Babbington era muy viejo y, en los últimos tiempos, su salud se había resentido, nos ha dicho su propia mujer. Probablemente alguno de sus órganos se había debilitado.

—¿Es típica esa clase de ataques o como se llamen?

—¿Típica de qué?

—De alguna enfermedad determinada.

—Si hubieses estudiado medicina sabrías que nunca existe nada que pueda llamarse un caso típico.

—¿Qué es lo que sugiere usted, *sir* Charles? —preguntó Satterthwaite.

Cartwright no contestó. Hizo un gesto vago con la mano. Strange

se rio entre dientes.

—Charles se desconoce a sí mismo. Su cerebro siempre tiende por naturaleza a las posibilidades dramáticas.

Sir Charles hizo un gesto de reproche. Parecía preocupado, pensativo. Movió la cabeza varias veces. A Satterthwaite le recordó de pronto a Aristide Duval, el jefe del servicio secreto, tratando de descifrar un enigma de «conexiones subterráneas». Estaba convencido de que, en pocos minutos, *sir* Charles empezaría a cojear como Aristide Duval, quien era conocido como el Cojo.

Sir Bartholomew empezó a oponer el sentido común a las no formuladas sospechas de *sir* Charles.

—¿Qué sospechas, Charles? ¿Suicidio? ¿Asesinato? ¿Quién desearía la muerte de un viejo clérigo? ¡Es una tontería! ¿Suicidio? Eso ya es algo más probable. Quizá hubiera alguna razón que impulsase a Babbington a marcharse de este mundo.

—¿Qué razón?

El médico movió suavemente la cabeza.

—¿Quién puede descubrir los secretos del alma humana? Supongamos que Babbington sufriese una enfermedad incurable, como un cáncer. Tal vez lo hizo con el deseo de ahorrarle a su mujer el dolor de asistir a su lenta agonía. Claro que todo esto no es más que una suposición. No hay ninguna prueba de que Babbington se suicidara.

—Yo no estaba pensando en el suicidio… —empezó *sir* Charles.

Bartholomew Strange se rio entre dientes.

—Exacto. No te importa que sea inverosímil. Lo que en realidad te gustaría es algo más sensacional, como algún nuevo tipo de veneno en su cóctel.

Una mueca apareció en el rostro de *sir* Charles.

—¿Cómo iba a gustarme una cosa así, habiendo sido yo quien preparó los cócteles?

—Quizá te haya dado un ataque de manía homicida. Supongo que los síntomas se habrán retrasado en nosotros. Pero, de todas maneras, habremos muerto todos antes del amanecer.

—No te burles.

—Te aseguro que no me burlo. —La voz del médico se había vuelto grave—. No me burlo de la muerte del pobre Babbington, pero sí de tus ideas, Charles, porque no quiero que tú,

inconscientemente, te provoques un gran daño.

—¿Qué daño?

—Tal vez usted comprenda adónde voy a parar, Satterthwaite.

—Me lo figuro.

—¿No te das cuenta, amigo mío —continuó *sir* Bartholomew—, de que esas estúpidas sospechas tuyas pueden ocasionar muchos problemas? Esas cosas circulan y, lo que solo ha sido un exceso de imaginación, podría causar, en el futuro, grandes dolores y molestias a la señora Babbington. Ya he visto dos o tres casos así. Una muerte inesperada, rumores que empiezan a circular por el pueblo y que nadie consigue detener. ¿No comprendes, Charles, lo cruel e innecesario que sería esto? Procura encauzar tu imaginación por otros derroteros menos especulativos.

Un atisbo de vacilación apareció en el rostro del actor.

—Es verdad, no pensé en ello.

—Tú eres un buen muchacho, Charles, pero te dejas llevar por la fantasía. Vamos a ver: ¿crees realmente que alguien podría desear la muerte de ese bondadoso anciano?

—No, no. Realmente, como tú dices, es ridículo. Lo siento, Tollie, pero era tan solo un mal presentimiento por mi parte. Tenía la sensación de que iba a ocurrir algo malo.

El señor Satterthwaite tosió con suavidad.

—¿Quieren ustedes que les exponga mi opinión? El señor Babbington se puso enfermo momentos después de entrar en la habitación, casi inmediatamente después de tomar el cóctel. Recuerdo que hizo varias muecas mientras bebía. Creía que eran debidas a la falta de costumbre. Pero supongamos que lo que ha sugerido *sir* Bartholomew es cierto. Que Babbington, por algún motivo que desconocemos, se hubiera suicidado. Esto sería más plausible, porque la idea del asesinato es por completo ridícula.

»Creo posible, aunque no muy probable, que el párroco echase algo en su vaso con disimulo. No se ha tocado nada de esta habitación. Las copas de los cócteles siguen en el mismo sitio donde las dejaron. Esta es la del señor Babbington. Lo sé porque yo estaba sentado allí, hablando con él. Creo que *sir* Bartholomew debería analizar su contenido, cosa que podría hacerse en secreto para no despertar las habladurías de la gente.

Sir Bartholomew se levantó y cogió la copa.

—Muy bien, vamos a seguirte la broma, Charles, pero te apuesto diez libras contra una a que aquí no hay más que ginebra y vermut.

—Hecho —aceptó *sir* Charles. Luego añadió con una triste sonrisa—: Tú eres, en parte, responsable del desbordamiento de mi imaginación, Tollie.

—¿Yo?

—Sí, por lo que dijiste esta mañana sobre los crímenes y de que a ese Hércules Poirot que, según tú, es un pájaro de mal agüero, dondequiera que vaya le siguen los crímenes. Apenas acaba de llegar y ocurre una muerte repentina bastante sospechosa. Como es lógico, mi imaginación se ha desbordado enseguida.

—Creo… —empezó Satterthwaite, pero se detuvo.

—Sí —dijo Charles—, ya pensé en eso. ¿Qué te parece, Tollie? Podríamos preguntarle a ese detective qué piensa de todo esto, ¿verdad? Aunque solo fuera por cortesía.

—Una buena pregunta —murmuró el señor Satterthwaite.

—Conozco la cortesía médica, pero que me aspen si sé una palabra de la cortesía detectivesca.

—No se debe pedir a una cantante profesional que cante —murmuró el señor Satterthwaite—. ¿Es correcto pedirle a un detective profesional que investigue? Sí, es una idea notable.

—Solo que nos dé su opinión —apuntó *sir* Charles.

En aquel momento se oyeron unos golpes en la puerta y apareció el rostro de Poirot con una expresión de disculpa.

—¡Entre usted, buen hombre! —gritó *sir* Charles levantándose—. Precisamente estábamos hablando de usted.

—Creí que tal vez les molestaría.

—De ningún modo. ¿Quiere usted tomar algo?

—Muchas gracias, pero no bebo *whisky* casi nunca. Quizás un vaso de sirope.

Pero el sirope no se encontraba entre los líquidos que *sir* Charles consideraba bebibles. Después de ofrecer una silla a su huésped, el actor fue directo al asunto.

—No voy a andarme por las ramas. Estábamos hablando de usted, *monsieur* Poirot, y… y… y de lo que ha sucedido esta noche. ¿Encuentra usted algo extraño en este suceso?

Poirot enarcó las cejas.

—¿Extraño? ¿Qué es lo que le parece a usted extraño?

—Mi amigo —contestó Strange— tiene el presentimiento de que Babbington ha sido asesinado.

—Y usted no lo cree, ¿verdad?

—Nos gustaría saber su opinión.

—Pues que se puso enfermo repentinamente, eso sí, muy repentinamente —contestó Poirot pensativo.

—Yo también lo creo así.

Satterthwaite explicó la teoría del suicidio y su consejo de que se analizase la copa.

Poirot asintió.

—Esto no puede hacer ningún daño. Soy un gran conocedor de la naturaleza humana y me parece en extremo improbable que alguien le deseara ningún mal a un hombre tan encantador como ese caballero. Sin embargo, la copa nos dirá algo.

—¿Cuál cree usted que será el resultado del análisis?

—Solo tengo algunas sospechas. Ahora, si quieren ustedes que adivine el resultado del análisis… Pues sospecho que encontrarán los restos de un excelente martini seco. —Se inclinó ante *sir* Charles —. Envenenar a un hombre con un cóctel que está en una bandeja, entre varios, me parece un poco difícil. Y si ese simpático clérigo pensaba suicidarse, no creo que fuese a hacerlo en medio de la fiesta. Eso hubiera sido una gran falta de consideración y tengo entendido que era un hombre muy atento. —Se detuvo un momento y luego siguió—: Esta es mi opinión personal.

Hubo unos instantes de silencio tras los cuales *sir* Charles lanzó un profundo suspiro. Abrió una de las ventanas y miró hacia fuera.

—El viento está cambiando —murmuró.

Había vuelto a personificar al marino y había hecho desaparecer al jefe de la policía secreta.

Pero al observador Satterthwaite le pareció que esta vez *sir* Charles no tenía muchas ganas de interpretar su papel.

Capítulo IV

Una Elaine[1] moderna

—Sí, pero ¿qué es lo que usted piensa en realidad, señor Satterthwaite?

Este trató de salir del paso de alguna manera, pero se convenció de que no tenía escapatoria. Egg Lytton Gore le había acorralado en un rincón del muelle y no parecía estar dispuesta a dejarle marchar sin contestar.

—Supongo que es *sir* Charles quien le ha metido esa idea en la cabeza.

—No, no ha sido él. Se me ocurrió desde un principio. Aquello sucedió tan terriblemente rápido…

—Tenga usted en cuenta que se trataba de un anciano y que su salud no era muy buena.

Egg le interrumpió.

—Eso es una tontería. Padecía de neuritis y artritis reumatoide, que no son dolencias para matar de repente a un hombre. Era lo bastante fuerte como para llegar a los noventa años. ¿Qué le ha parecido la encuesta oficial?

—Pues perfectamente normal.

—¿Qué piensa usted de la declaración del doctor MacDougal? Estuvo repleta de palabras técnicas y de descripciones de órganos. ¿No le pareció a usted que, a pesar de todo aquel chaparrón de palabras, vacilaba? Lo que dijo me lo confirma todavía más: «No hay nada que demuestre que la muerte no haya sido natural». ¿No era más lógico decir que la muerte se había producido por causas naturales?

—Me parece que coge usted el rábano por las hojas.

—Lo cierto es que él sí lo hizo, pero como no podía basarse en nada, tuvo que refugiarse en los términos médicos. ¿Qué piensa Strange del caso?

Satterthwaite repitió algunas de las palabras del médico.

—Le restó importancia, ¿verdad? —preguntó Egg—. ¡Claro! Es un hombre prudente como debe ser un pez gordo de Harley Street.

—En la copa del cóctel de Babbington no había más que ginebra y vermut —le recordó Satterthwaite.

—Eso parece confirmarlo todo. Sin embargo, pasó algo después de la encuesta que me extrañó mucho.

—¿Algo que le dijo *sir* Bartholomew?

Satterthwaite empezaba a sentir una agradable curiosidad.

—No a mí, sino a Oliver. Oliver Manders estaba en la cena aquella noche, pero tal vez usted no lo recuerde.

—Lo recuerdo muy bien. Es un gran amigo de usted, según creo.

—Lo era. Ahora siempre estamos discutiendo. Trabaja en el despacho de su tío, en la City, y ya está un poco «enganchado», si sabe lo que quiero decir. Antes quería ser periodista, pues escribe bastante bien, pero ahora no hace nada más que hablar. Solo quiere ganar dinero. Es muy desagradable ese afán de la gente por hacerse rica, ¿no le parece a usted, señor Satterthwaite?

Su juventud le impactó en aquel momento con su cruda y arrogante ingenuidad.

—Querida, la gente es desagradable por muchos motivos.

—Sí, la mayoría de las personas dan asco —asintió Egg—. Por eso quería yo tanto al viejo Babbington. Porque era un hombre realmente encantador. Él fue quien me preparó para recibir la confirmación. Y aunque, por supuesto, la mayor parte de todo eso solo son palabras huecas, él era un verdadero creyente. Yo, señor Satterthwaite, creo en la religión, no como mamá, con todos esos libros de oraciones, servicios religiosos y demás, sino como en algo histórico. La Iglesia está maniatada por la tradición paulina. De hecho está muy confusa, pero el cristianismo en sí mismo está vivo. Por eso puedo ser tan comunista como Oliver. En la práctica, nuestras creencias son en el fondo las mismas, comunidad de bienes y propiedad para todos, pero la diferencia… bueno, no necesito decirlo. Pero los Babbington eran verdaderos cristianos, que no hablaban mal de nadie ni condenaban a los demás. Realmente

buenos. Y además, Robin…

—¿Robin?

—Su hijo. Lo mataron en la India. Éramos algo más que amigos.

Egg parpadeó. Su mirada se perdió en el mar. Luego su atención volvió a Satterthwaite.

—Como le decía, encuentro muy extraño todo lo que ha ocurrido. Supongamos que no fuera una muerte natural…

—¡Pero, querida…!

—¡Bueno, es condenadamente extraño! No me negará usted que aquí hay algo raro.

—Pero usted misma ha dicho que los Babbington no tenían ningún enemigo en el mundo.

—Por eso es más extraño. No puedo imaginarme ningún motivo para el asesinato.

—Todo eso son fantasías. En el cóctel no había nada.

—Tal vez le pincharon con alguna aguja hipodérmica.

—Que contenía el veneno de las flechas de los indios sudamericanos —sugirió él en tono irónico.

Egg hizo una mueca.

—¡Eso es! El antiguo veneno que no deja huella. Puede usted reírse, pero algún día verá usted que tenemos razón.

—¿Tenemos?

—*Sir* Charles y yo.

La joven enrojeció violentamente. Satterthwaite pensó en los versos de su generación, cuando las *Citas para todas las ocasiones* no faltaban en ninguna biblioteca:

> Él tenía el doble de años que ella,
> y en su mejilla la cicatriz de un antiguo sablazo.
> Su cuerpo, todo músculo, parecía de bronce,
> y ella levantó los ojos hasta los de él.
> Y le amó con aquel amor que era su sino.

Se avergonzó un poco de sí mismo por pensar en versos en aquellos momentos. Tennyson estaba pasado de moda en la actualidad. Aunque *sir* Charles estaba bronceado, no lucía ninguna cicatriz, y Egg Lytton Gore, aunque era capaz de una gran pasión, no era probable que muriese de amor. Realmente, en ella no había

nada de «El lirio de Astolat[2]».

Excepto, pensó Satterthwaite, su juventud.

Las muchachas se sienten siempre atraídas por los hombres de mediana edad que tienen un pasado interesante. Egg no parecía una excepción a esa regla.

—¿Por qué no se ha casado *sir* Charles?

—Pues… —Satterthwaite se detuvo. Su contestación hubiera sido: «Por prevención», pero comprendió que aquella explicación no sería aceptada por Egg Lytton Gore.

Sir Charles Cartwright había tenido relaciones íntimas con distintas mujeres, entre ellas algunas actrices, pero siempre había huido del matrimonio y Egg deseaba una explicación romántica.

—¿No se dijo que estaba enamorado de una joven actriz que murió tísica, cuyo nombre empezaba por M?

Satterthwaite recordó a la joven en cuestión. En efecto, habían circulado algunos rumores sobre ella y Cartwright, pero no creyó ni por un momento que *sir* Charles permaneciera soltero por respeto a su memoria.

—Estoy segura de que debe de haber tenido infinidad de líos amorosos —prosiguió la muchacha.

—Es probable.

—Me gusta que los hombres tengan líos amorosos —exclamó Egg—. Eso demuestra que son verdaderamente humanos.

El victorianismo de Satterthwaite sufrió cierta congoja. No encontraba palabras para responder. Egg no notó su incomodidad y continuó inspirada:

—*Sir* Charles es más inteligente de lo que usted cree. Yo sé que hay en él mucha afectación y teatralidad, pero en el fondo tiene un gran cerebro. Sabe llevar un velero mucho mejor de lo que uno imagina al oírle hablar. Seguramente usted está convencido de que todo es una pose, pero no lo es. Como ahora que se ha puesto a hacer de detective. Cree que es para impresionar a la gente. Pues bien, yo le digo: Interpreta su papel mucho mejor de lo que ustedes se figuran.

—Es posible —convino el señor Satterthwaite.

Sin embargo, la inflexión de su voz descubría sus pensamientos. Egg lo comprendió y lo tradujo en palabras.

—Pero su punto de vista es que la muerte de un clérigo no es un

misterio, sino simplemente un lamentable incidente en una fiesta. Nada más que una desgracia. ¿Qué piensa *monsieur* Poirot? Él debería saberlo.

—*Monsieur* Poirot nos aconsejó que esperásemos el resultado del análisis, pero, en su opinión, todo había sido natural.

—¡Bah! —exclamó Egg—. Se está haciendo viejo. Está ya anticuado. —El señor Satterthwaite se sobresaltó, pero ella continuó sin darse cuenta de su propia brutalidad—. Venga usted a casa a tomar el té con mamá. Me ha dicho varias veces que le cae usted muy simpático.

El señor Satterthwaite, muy complacido, aceptó la invitación.

Al llegar a su casa, Egg telefoneó a *sir* Charles para explicarle la ausencia de su huésped.

Satterthwaite se sentó en un saloncito lleno de tapizados de cretona e impecables muebles antiguos, todo al estilo reina Victoria, una estancia muy femenina, que mereció su aprobación.

Su conversación con *lady* Mary, aunque no brillante, fue muy agradable. Hablaron de *sir* Charles. ¿Lo conocía bien el señor Satterthwaite? No íntimamente. Hacía algunos años había tenido un interés financiero en una de las obras que representaba Cartwright. Desde entonces, eran amigos.

—Es un hombre con mucho encanto —afirmó *lady* Mary—. Yo lo noto tanto como Egg. Supongo que ya habrá advertido usted que Egg siente hacia él la misma admiración que por un héroe.

Satterthwaite se preguntó si *lady* Mary, como madre, no estaba inquieta por aquella admiración. Pero no daba esa sensación.

—¡Egg conoce tan poco el mundo! —suspiró—. Estamos tan alejadas de él. Uno de mis primos se la llevó una temporada a la ciudad, pero desde entonces solo ha salido de aquí para hacer alguna visita ocasional. Yo creo que los jóvenes tienen que conocer gente y lugares, pero sobre todo gente. De otro modo, sus relaciones se vuelven más peligrosas.

Satterthwaite asintió, pensando en *sir* Charles y en su velero, pero no era eso lo que *lady* Mary tenía en mente, como demostró a continuación.

—La llegada de *sir* Charles ha sido para Egg una verdadera suerte. Él ha llenado todos sus horizontes. Aquí hay muy poca gente, en particular hombres. Siempre he temido que Egg llegara a

casarse con alguien sin quererle, solo por no haber conocido a nadie más.

El señor Satterthwaite tuvo una repentina intuición.

—¿Se refiere usted al joven Oliver Manders?

Lady Mary se sonrojó sorprendida.

—¡Oh, señor Satterthwaite! ¿Cómo lo ha descubierto usted? En efecto, pensaba en él. Hubo un tiempo en que Oliver y Egg eran inseparables. Tal vez yo esté un poco anticuada, pero no me gustan las ideas de ese joven.

—Ya sabe usted que a la juventud le gusta fantasear.

Lady Mary movió la cabeza.

—Siempre lo he temido. Es muy correcto, por supuesto, y lo conozco bien. Y su tío, que lo ha hecho entrar en su empresa, es un hombre muy rico. No es eso. Es una tontería, pero…

Volvió a mover la cabeza, incapaz de expresarse con más claridad.

Satterthwaite se sintió animado a satisfacer una curiosidad más íntima y afirmó con serenidad y franqueza:

—Sin embargo, *lady* Mary, no creo que le gustara a usted que su hija se casara con un hombre que le dobla la edad.

La contestación de la dama le dejó sorprendido.

—Puede ser más seguro. A esas alturas, se sabe muy bien lo que se hace. A esta edad, un hombre ha dejado ya atrás sus locuras y pecados. Por tanto, no hay ningún miedo de que vuelva a las andadas.

Antes de que el señor Satterthwaite pudiese replicar, Egg se reunió con ellos.

—Has tardado mucho, niña —le dijo su madre.

—He estado hablando con *sir* Charles. Está solo. —Se volvió hacia Satterthwaite y le dijo en tono de reproche—: No me ha dicho usted que todos los invitados se habían marchado.

—Se fueron todos ayer, menos el doctor Strange, que pensaba quedarse hasta mañana, pero ha recibido un telegrama urgente y ha tenido que salir para Londres, porque uno de sus pacientes está muy grave.

—¡Qué lástima! —murmuró Egg—. Y yo que pensaba estudiar detenidamente a todos los invitados para intentar encontrar una pista.

—¿Una pista para qué? —preguntó la madre.

—Ya lo sabe el señor Satterthwaite. Oh, bueno, todavía queda Oliver. Le haremos intervenir. Cuando quiere, tiene cerebro.

Cuando Satterthwaite llegó a Crow's Nest, encontró a su anfitrión sentado en la terraza mirando al mar.

—¡Hola, Satterthwaite! Ha ido a tomar el té con *lady* Lytton Gore, ¿acierto?

—No le importa, ¿verdad?

—¡Por Dios! No diga usted eso. Egg me ha telefoneado, ¡es una muchacha muy particular!

—Es muy atractiva.

—¡Psch! No está mal.

Se levantó y se puso a pasear por la terraza.

—¡Ojalá nunca hubiera venido a este maldito lugar! —anunció de pronto con amargura.

Capítulo V

Huir de una mujer

Satterthwaite murmuró para sí: ¡Está perdidamente enamorado! Le embargó una profunda piedad por su anfitrión. A los cincuenta y dos años, el alegre y despreocupado tenorio caía a su vez víctima del amor y le aguardaba el desengaño, porque la juventud solo se siente atraída por la juventud.

Las muchachas no suelen ir con el corazón en la mano y Egg demuestra demasiado que se siente atraída por Cartwright. Si en realidad esa atracción fuese sincera, no la descubriría. No cabe duda de que Manders es el escogido.

Satterthwaite era siempre imparcial en sus suposiciones.

Sin embargo, había desdeñado un factor, sin duda porque él mismo lo desconocía. No había contado con el deslumbramiento que ejerce la madurez sobre la juventud, pues siendo también un hombre maduro, el hecho de que Egg pudiese preferir un cincuentón a un joven le parecía inconcebible. La juventud era para él lo más maravilloso de la vida.

Le afirmó en su creencia el hecho de que Egg llamara después de la cena pidiendo permiso para subir con Oliver y «celebrar una reunión».

Realmente era muy guapo, de hermosos ojos negros y esbelta figura. Por su lánguida actitud, parecía como si se hubiera permitido a sí mismo dejarse llevar por Egg hasta allí, lo que constituía un tributo a la energía de la joven.

—¿No podría usted convencerla para que no interviniese en este asunto? —le preguntó a *sir* Charles—. La vida tan saludable que lleva hace que rebose energía. Sabes, Egg, tú eres detestablemente

entusiasta. Y tus gustos son infantiles: los crímenes, las emociones fuertes y todo eso.

—¿Entonces es usted escéptico, Manders?

—La verdad, me parece algo fantástico que la muerte de ese buen anciano pueda obedecer a otras causas que las naturales.

—Ojalá tenga usted razón —contestó el actor.

Satterthwaite le miró. ¿Qué papel interpretaba Cartwright aquella noche? No era ya el marino retirado, ni el célebre detective internacional. No, el suyo era un papel nuevo y desconocido.

Sintió una profunda sorpresa cuando acabó por descubrirlo. Esta vez interpretaba un papel secundario junto a Manders.

Se sentó, dejando su rostro en la sombra y se puso a observar a Egg y a Oliver, que discutían, ella calurosamente y él con languidez.

Sir Charles parecía más viejo que de costumbre, viejo y cansado.

Más de una vez la joven recurrió a él, pero sus respuestas fueron displicentes.

La discusión acabó a las once. *Sir* Charles salió con ellos a la terraza y les ofreció una linterna para bajar el sendero.

Pero no hacía falta linterna alguna porque era una hermosa noche de luna llena. Los muchachos descendieron juntos y sus voces se fueron debilitando a medida que se alejaban.

Con luna llena o sin ella, Satterthwaite no estaba para coger un resfriado y volvió a la sala. Cartwright permaneció todavía unos instantes en la terraza. Luego entró y, después de cerrar el ventanal, se sirvió una copa.

—Satterthwaite —murmuró—, mañana me marcho.

—¿Qué dice? —exclamó el otro asombrado.

En el rostro del actor se dibujó una melancólica sonrisa de placer ante el efecto de sus palabras.

—No puedo hacer otra cosa —afirmó en un tono teatral—. Tengo que vender este lugar. Nadie sabrá nunca lo que ha significado para mí.

Después de representar un papel secundario, el orgullo de *sir* Charles se desquitaba representando la escena de «la renunciación» que tantas veces había representado en infinidad de dramas, al alejarse de la mujer de su amigo, renunciando a la muchacha a quien amaba. Pero en su voz había cierto tono de petulancia cuando continuó:

—No me diga nada, es la única solución. La juventud para la juventud. Esos dos están hechos el uno para el otro. Debo marcharme.

—Pero ¿adónde?

El actor hizo un gesto indiferente.

—A cualquier sitio. ¿Qué importa el lugar? —Después añadió, cambiando ligeramente de tono—. Probablemente a Montecarlo. —Y luego, llevando la emoción a lo más sublime, prosiguió—: En medio del desierto o entre la muchedumbre. ¿Qué más da si el corazón está solo, aislado? He sido siempre un alma solitaria.

Después de aquello, se imponía el mutis. Saludó a su amigo y salió de la habitación.

Satterthwaite se levantó, dispuesto a irse a la cama.

Pero no será al desierto adonde vayas, pensó.

A la mañana siguiente, *sir* Charles se excusó ante su amigo por marcharse aquel mismo día a la ciudad.

—No se vaya usted, quédese hasta mañana como pensaba. Ya sé que de aquí irá a Tavistock, a casa de los Haberton. El coche vendrá a buscarlo. No puedo quedarme después de haber tomado mi determinación. No puedo mirar hacia atrás. No, no puedo.

Tras estas palabras, *sir* Charles estrechó calurosamente la mano de Satterthwaite y lo dejó al cuidado de la señorita Milray.

Ella parecía tan preparada para aceptar la situación como tantas otras veces. No mostró la menor sorpresa o sentimiento ante la decisión de *sir* Charles. Satterthwaite no pudo sacarle ni una palabra. Ni muertes repentinas ni súbitos cambios de vida eran capaces de emocionar a la señorita Milray. Se tomaba todo cuanto ocurría como un hecho consumado y procuraba portarse de la manera más eficiente posible. Puso algunos telegramas, telefoneó a varias personas, tecleó febrilmente en su máquina.

Satterthwaite huyó de aquel deprimente espectáculo y se dirigió al embarcadero. Paseaba tan tranquilo cuando un brazo se posó sobre el suyo y, al volverse, se encontró ante Egg que le miraba con el rostro pálido.

—¿Qué significa todo esto? —preguntó Egg furiosa.

—¿Qué?

—Corre el rumor en el pueblo de que *sir* Charles se marcha y que venderá Crow's Nest.

—Es verdad.

—¿Se marcha?

—Ya se ha marchado.

—¡Oh! —Egg le soltó el brazo. Parecía como si la muchacha acabara de recibir una dolorosa herida.

Satterthwaite no supo qué decir.

—¿Adónde ha ido?

—Al extranjero, al sur de Francia.

—¡Oh!

De nuevo no supo qué decir. Era indudable que había algo más que admiración por el héroe en el alma de aquella niña.

Satterthwaite sintió una gran compasión por la joven y, cuando trataba de pronunciar algunas palabras de consuelo, Egg habló de nuevo, dejándole asombrado con sus ideas.

—¿Cuál de aquellas dos mujeres tiene la culpa? —preguntó excitada.

Satterthwaite se quedó mirándola, boquiabierto. Egg le cogió otra vez por el brazo y lo sacudió con violencia.

—Usted debe saberlo. ¿Cuál fue? ¿La de los cabellos grises o la otra?

—Querida, no sé de qué me está hablando.

—Sí que lo sabe, tiene que saberlo. ¡Claro que ha sido una mujer! Yo le gustaba, lo sé. Una de aquellas mujeres lo debió notar la otra noche y decidió quitármelo. Odio a las mujeres. Son todas unas gatas indecentes. ¿Se fijó usted en el traje que llevaba la de los cabellos cobrizos? Me hizo rechinar los dientes de envidia. Una mujer que viste así tiene gancho, no me lo negará usted. Es vieja y fea como un pecado, pero ¡qué importa! A su lado, todas parecemos lavanderas. ¿O fue la otra, la de los cabellos grises, a quien él llamaba Angie? ¿No será aquella que tiene cara de pasa? ¿Es la más elegante o es Angie?

—Chiquilla, se le han metido a usted en la cabeza unas ideas fantásticas. Él… bueno, Charles no tiene el menor interés por ninguna de esas dos mujeres.

—No lo creo. Por lo menos, ellas sí están interesadas.

—No, no, no. Está usted en un error. Todo es imaginación suya.

—¡Malas pécoras! —gritó Egg—. Eso es lo que son, unas malas pécoras.

—Es posible. Pero, de todos modos, está usted equivocada.

—Brujas, eso es lo que son.

—No debería usar esas palabras, querida.

—Soy capaz de decir cosas mucho peores.

—Posiblemente, pero le ruego que no lo haga. Le aseguro que está usted en un error.

—Entonces, ¿por qué razón se ha marchado así, de pronto?

Satterthwaite carraspeó.

—Pues… creo que pensó que era lo mejor.

Egg lo miró fijamente.

—¿Quiere usted decir que ha sido por mí?

—Bien, tal vez sea por algo de eso.

—¡Y ha huido! Sin duda le he mostrado con demasiada claridad mis sentimientos. A los hombres no les gusta que les vayan detrás, ¿verdad? Después de todo, mamá tiene razón. No tiene usted idea de lo mucho que sabe cuando se trata de hombres. Eso sí, siempre en tercera persona, tan victoriana y educada. «Las mujeres han de dejarse conquistar por los hombres». ¡Ya ve usted lo que ha pasado! Ha escapado. Ha huido de mí. Lo peor es que yo no puedo irle detrás. Si lo hiciera, estoy segura de que cogería el primer barco y se iría a esconder entre los salvajes de África o a cualquier otro lugar.

—Hermione —dijo Satterthwaite—, ¿piensa usted en serio en *sir* Charles?

La muchacha le lanzó una mirada impaciente.

—¡Claro que sí!

—¿Qué hay de Oliver?

Egg descartó a Oliver con un movimiento de cabeza. De pronto, se volvió hacia Satterthwaite.

—¿Cree usted que debería escribirle? Nada serio, solo la charla de una joven ansiosa. Ya sabe, lo suficiente como para conseguir relajarlo, para que se le quite el miedo. —Frunció el entrecejo—. ¡Qué loca he sido! Mamá lo habría manejado mucho mejor que yo. Las victorianas se saben todos los trucos. Me he equivocado por completo. Pensé que necesitaba animarlo. Parecía, oh, sí, parecía necesitar un poco de ayuda. Dígame, ¿sabe usted si él vio que Oliver y yo nos besábamos la otra noche?

—Que yo sepa, no. ¿Cuándo fue?

—Cuando bajábamos por el sendero, a la luz de la luna, pensé que podía vernos desde la terraza y que tal vez aquello le estimulase un poco. Porque él me quería, estoy segura.

—¿No se portó usted un poco mal con Oliver?

—De ningún modo. Oliver considera que cualquier muchacha debe sentirse halagada de que él la bese. Claro que fue negativo para el concepto que tiene de sí mismo, pero una no puede pensar en todo.

—¡Parece mentira que no se haya usted dado cuenta de por qué *sir* Charles se ha marchado tan de repente! Él creyó que usted estaba enamorada de Oliver. Si se marchó, fue para evitarse penas mayores.

Egg se volvió, le sujetó por los hombros y le miró fijamente.

—¿Es verdad lo que me dice? ¡Pero qué tonto! ¡Oh, qué tonto!

Soltó a Satterthwaite y permaneció a su lado, temblando de emoción.

—Entonces, él volverá. Seguro que volverá. Si no lo hace…

—Si no, ¿qué?

Egg se echó a reír.

—Iré a buscarlo allí donde esté. ¡Cómo no iba a hacerlo!

Había una gran semejanza, exceptuando la manera de hablar, entre Egg y «El lirio de Astolat», pero Satterthwaite comprendió que el método que seguía la muchacha era mucho más práctico que el de Elaine y que morir con el corazón destrozado no formaba parte de sus planes.

SEGUNDO ACTO

CERTEZA

Capítulo I

Sir Charles recibe una carta

Satterthwaite había llegado aquel mismo día a Montecarlo, concluida la temporada social, pues la Riviera en septiembre era su lugar predilecto.

Estaba sentado en los jardines, gozando del maravilloso sol, leyendo el *Daily Mail* de hacía dos días.

De pronto, un titular atrajo su atención: EXTRAÑA MUERTE DE *SIR* BARTHOLOMEW STRANGE, y leyó la noticia:

> Sentimos anunciar a nuestros lectores la muerte de *sir* Bartholomew Strange, el célebre neurólogo. *Sir* Bartholomew daba una fiesta en su casa de Yorkshire. Al empezar la celebración, parecía gozar de perfecta salud. Sin embargo, al terminar la cena, ocurrió el accidente. Estaba hablando con sus amigos, bebiendo un vaso de oporto, cuando le dio un ataque y murió antes de que pudiesen prestarle los auxilios médicos. El fallecimiento de *sir* Bartholomew será muy sentido. Era…

A continuación había una descripción de las actividades realizadas por *sir* Bartholomew.

Satterthwaite dejó el periódico. Aquella noticia le había impresionado desagradablemente. Le asaltó el recuerdo del médico tal como lo había visto la última vez: fuerte, risueño, rebosante de salud. Y ahora estaba muerto. Algunas palabras parecían haberse destacado del texto y se agitaban en la mente del señor

Satterthwaite: «Bebiendo un vaso de oporto», «le dio un ataque», «muerto antes de que pudiesen prestarle los auxilios médicos».

Oporto en lugar de cóctel, pero, de todas maneras, tenía una curiosa semejanza con aquella otra muerte ocurrida en Cornualles. Ante los ojos de Satterthwaite reapareció el rostro convulso del anciano párroco.

Suponiendo que al fin y al cabo…

Levantó la cabeza y vio a *sir* Charles que se acercaba.

—¡Hombre, Satterthwaite! No sabe usted lo que me alegro de verle. Precisamente en estos momentos pensaba en usted. ¿Se ha enterado de lo del pobre Tollie?

—Ahora lo estaba leyendo.

Sir Charles se dejó caer en una silla junto a Satterthwaite. Llevaba un inmaculado traje de playa. Nada de pantalones de franela gris y jerséis viejos. Ahora era un sofisticado deportista del sur de Francia.

—Fíjese usted, Satterthwaite. Tollie era el hombre más sano que he conocido. Nunca había estado enfermo. Tal vez sea una tontería, pero ¿no le recuerda esto lo de…?

—¿Lo que ocurrió en Loomouth? Sí, claro que me lo recuerda. Quizá nos equivoquemos. La coincidencia puede ser solo superficial. Al fin y al cabo, las muertes repentinas ocurren muy a menudo y por un sinfín de causas.

Sir Charles movió impaciente la cabeza.

—Acabo de recibir una carta de Egg Lytton Gore.

Satterthwaite esbozó una sonrisa.

—¿Es la primera que recibe de ella?

—No, recibí otra apenas llegué aquí dándome algunas noticias. No la contesté. La rompí. No quise contestarle. La muchacha no se ha dado cuenta de las cosas, pero yo no quiero convertirme en un idiota.

Satterthwaite se pasó la mano por la boca para ocultar una sonrisa.

—¿Y esta?

—Esta es muy distinta. Es una llamada de socorro.

—¿Una llamada de socorro?

—Estaba en la fiesta cuando ocurrió el suceso.

—¿Quiere usted decir que estaba en casa de Strange en el

momento en que murió?

—Sí.

—¿Qué dice de esto?

Sir Charles sacó un sobre de su bolsillo, dudó un momento y al final se lo tendió.

—Léala usted mismo.

Satterthwaite sacó la carta del sobre.

Estimado sir Charles:

No sé cuándo llegará esta carta a sus manos. Confío en que será pronto. Estoy muy asustada y no sé qué hacer. Probablemente ya se habrá usted enterado por los periódicos de la muerte de sir Bartholomew. Ha muerto de la misma forma que el señor Babbington. No puede ser una coincidencia. No, no puede serlo. Estoy muy asustada.

¿Vendría usted para ayudarme? Desde el principio, usted sospechó que había algo anormal en la muerte del señor Babbington y ahora es su propio amigo el que ha sido asesinado. Tengo la sensación de que si no viene usted, nadie descubrirá nunca la verdad. En cambio, estoy segura de que usted la descubriría. Lo siento en mis huesos.

Además, hay otra cosa. Estoy inquieta por alguien. No es que tenga nada que ver con este asunto, pero ¡pasan cosas tan extrañas! No soy capaz de expresarme bien por carta. ¿Verdad que vendrá? Usted lo descubrirá todo. Tengo la seguridad de que será así.

Suya,

EGG

—¿Qué le parece? —preguntó el actor impaciente—. Un poco incoherente, desde luego. Se nota que la escribió deprisa. ¿Qué impresión le causa a usted?

Satterthwaite dobló con cuidado el papel antes de contestar.

Estaba de acuerdo en que la carta era incoherente, pero no en que esta hubiera sido escrita deprisa. A él le parecía más bien una carta muy meditada, destinada a estimular la vanidad del actor, su

caballerosidad y sus instintos deportivos. Conocedor del temperamento de *sir* Charles, Satterthwaite se olía un cebo.

—¿Quién cree usted que es ese alguien al que se refiere?

—Supongo que Manders.

—¿Es que también estaba allí?

—Por lo visto. Tollie no le conoció hasta que se vieron en mi casa. No sé por qué le invitaría a su fiesta. No puedo imaginarlo.

—¿Daba a menudo fiestas así?

—Tres o cuatro al año, alguna siempre por estas fechas.

—¿Pasaba mucho tiempo en Yorkshire?

—Tenía allí un sanatorio o una casa de salud. Compró la abadía de Melfort y la transformó en un sanatorio.

—Me gustaría saber quiénes eran los demás invitados.

Su amigo sugirió que tal vez la lista vendría en algún periódico y organizaron una búsqueda entre ambos. *Sir* Charles exclamó:

—¡Aquí están! —Y leyó en voz alta—: «Entre los invitados a la fiesta estaban: *lord* y *lady* Eden, *lady* Mary Lytton Gore, *sir* Jocelyn y *lady* Campbell, el capitán Dacres y su esposa y la señorita Sutcliffe, la famosa actriz».

Los dos hombres se miraron un tanto asombrados.

—Los Dacres y Angela Sutcliffe —murmuró *sir* Charles—, pero no dicen ni una palabra de Oliver Manders.

—Compremos el *Continental Daily* —propuso Satterthwaite—. Tal vez diga algo más.

Compraron un ejemplar y *sir* Charles lo hojeó.

—¡Dios mío, Satterthwaite! ¡Escuche esto!

EL CASO DE SIR BARTHOLOMEW STRANGE

> *En la encuesta que tuvo lugar hoy por el fallecimiento de sir Bartholomew Strange, el jurado entregó el veredicto de muerte causada por envenenamiento con nicotina, sin que se haya logrado descubrir cómo o quién le administró el veneno.*

—¡Envenenado con nicotina! No suena como la clase de cosa que pudiese matar tan de repente. No sé, no entiendo nada.

—¿Qué va usted a hacer?

—¿Que qué voy a hacer? Pues coger esta misma noche el Tren

Azul.

—Me parece que yo haré lo mismo.

—¿Usted? —*Sir* Charles se volvió hacia él, sorprendido.

—Sí, esas cosas me han gustado siempre. Además, conozco al jefe de policía de allí, el coronel Johnson. Nos será útil.

—¡Muy bien, hombre! Corramos a la agencia a sacar los billetes.

Satterthwaite, en vista de los acontecimientos, dijo para sí: Por fin la muchacha ha conseguido lo que se proponía: hacerle volver. Me gustaría saber cuánto hay de verdad en su carta. Decididamente, Egg Lytton Gore era una oportunista.

Mientras su amigo iba a las oficinas de Wagon Lits, Satterthwaite fue a dar un paseo por los jardines. Todos sus pensamientos estaban absorbidos por el problema de Egg Lytton Gore. Admiraba sus recursos, su poder de atracción. Pero, por otra parte, su espíritu anticuado le hacía ver con malos ojos que una muchacha tomase la iniciativa en asuntos del corazón.

Como ya se ha dicho, era un hombre observador. De pronto, cuando más embebido estaba en sus pensamientos respecto a las mujeres y a Egg Lytton Gore en particular, murmuró:

—¿Dónde he visto yo esa cabeza tan rara?

El propietario de aquella cabeza estaba sentado en un banco y miraba pensativo a lo lejos. Era un hombre con unos mostachos que estaban en desproporción con su estatura.

A su lado, un chiquillo inglés, saltando ora sobre un pie ora sobre el otro, pisoteaba el macizo de lobelias más cercano.

—¡No hagas eso, niño! —le reprendía de cuando en cuando su madre, que leía una revista de modas.

—Es que no sé qué hacer, mamá —contestaba el chiquillo.

En aquel momento, el hombre se volvió hacia la madre y entonces Satterthwaite le reconoció.

—*Monsieur* Poirot! ¡Qué sorpresa más agradable!

Poirot se puso en pie y le saludó ceremoniosamente.

—*Enchanté, monsieur*.

Se estrecharon las manos y Satterthwaite se sentó junto al detective.

—Parece que todo el mundo está en Montecarlo. No hace ni media hora que me he encontrado con Cartwright y ahora me encuentro con usted.

—¿*Sir* Charles está también aquí?

—Sí, navega. ¿Sabía usted que cerró su casa de Loomouth?

—No, no lo sabía. Es una sorpresa.

—No para mí. Cartwright es de esos hombres que no son capaces de vivir mucho tiempo alejados del mundo.

—En eso estoy de acuerdo con usted, pero mi sorpresa es por otra causa. A mí me dio la sensación de que *sir* Charles tenía un motivo particular para permanecer en Loomouth. Un motivo muy encantador, ¿verdad? ¿Tengo razón o no? Aquella *mademoiselle* de nombre tan gracioso: Egg[3], ¿verdad?

Los ojos del detective brillaron risueños.

—¿Se fijó usted en ello?

—¡Claro que sí! Siento debilidad por los enamorados. Me parece que usted también la siente. ¡La *jeunesse* es tan encantadora!

—Entonces, supongo que ya se habrá dado usted cuenta de que la razón que obligó a *sir* Charles a marcharse de Loomouth fue una huida.

—¿De la señorita Egg? ¿Por qué huyó si está enamorado de ella?

—¡Ah! Usted no conoce la mentalidad anglosajona.

—Desde luego, es un buen sistema. Huye de una mujer y ella te seguirá. Sin duda. Como hombre de gran experiencia que es, sabe el resultado.

Satterthwaite sonrió divertido.

—No, no fue ese el motivo. Pero ahora cuénteme, ¿qué está usted haciendo aquí? ¿Está de vacaciones?

—Mis vacaciones son permanentes. He tenido mucha suerte en la vida. Ahora soy rico. Me he retirado de mi profesión y me dedico a recorrer el mundo.

—¡Magnífico!

—*N'est-ce pas*?

—Mamá —dijo en aquel momento el niño inglés—, ¿es que no hay nada que hacer aquí?

—¡Querido! —le reprochó la madre—. ¿No te parece bastante haber salido al extranjero y gozar del calor del sol de este país?

—Sí, ¡pero no se puede hacer nada!

—¡Corre, juega, acércate al mar!

—*Maman* —dijo una niña francesa apareciendo de repente—, *joue avec moi*.

La madre francesa levantó la vista del libro que estaba leyendo.

—*Amuse toi avec ta balle, Marcelle*.

Obediente, la chiquilla francesa hizo botar la pelota, pero su carita siguió más seria que nunca.

—*Je m'amuse* —añadió Poirot con una expresión extraña. Luego, como contestando a algo que leyó en el rostro de Satterthwaite, continuó—: Pues sí, es usted muy sagaz. Estoy haciendo lo que usted piensa. Sepa que en mi casa éramos muy pobres. Éramos muchos hermanos y todos tuvimos que marcharnos a recorrer mundo. Yo entré en la policía. Trabajé de firme y, poco a poco, fui ascendiendo en el cuerpo hasta conseguir una reputación internacional. Al final, me tuve que retirar. Después vino la guerra. Fui herido. Llegué a Inglaterra como un triste refugiado. Una bondadosa señora me invitó a hospedarme en su casa. A los pocos días moría, no de muerte natural, sino asesinada. *Eh bien*, puse mi cerebro en acción y descubrí al asesino. Comprendí que aún no estaba acabado. No, al contrario, me encontraba mejor que nunca. Entonces empecé mi segunda carrera, la de investigador privado, en Inglaterra. He resuelto varios casos desconcertantes. ¡Ah, *monsieur*, he vivido! La psicología humana es maravillosa. Poco a poco me fui haciendo rico, hasta que llegó un día en que me dije que, cuando tuviera el dinero necesario, por fin habría llegado la hora de realizar todos mis sueños.

Apoyó una mano en la rodilla de Satterthwaite y continuó:

—Amigo mío, ¡ay del día en que sus sueños se hagan realidad! Esa chiquilla que está junto a nosotros seguramente ha soñado también en ir al extranjero, en el placer que eso le proporcionaría y en lo distinto que sería todo en otro país. ¿Me comprende usted?

—Sí, sí. Eso quiere decir que usted no se divierte.

—¡Eso es!

Satterthwaite guardó silencio unos instantes. Parecía un duende. Él era uno de ellos. Su cara se contrajo impulsivamente. Vaciló. ¿Debería o no debería decírselo? Al final, lentamente, desdobló el periódico que llevaba en la mano.

—¿Ha visto usted esto, *monsieur* Poirot?

Le señaló la noticia de la muerte de *sir* Bartholomew.

El detective cogió el periódico. Satterthwaite le miraba mientras lo leía. No se operó ningún cambio en su rostro, pero el inglés tuvo

la impresión de que su cuerpo se estremecía como el de un foxterrier cuando husmea un nido de ratas.

Poirot leyó dos veces la noticia, luego dobló el periódico y se lo devolvió a Satterthwaite.

—Es muy interesante.

—Sí. Por lo visto, *sir* Charles tenía razón y nosotros estábamos equivocados, ¿no le parece?

—Sí, parece que nos equivocamos, lo confieso. ¿Quién hubiese creído que un hombre tan bondadoso, tan simpático, pudiese ser asesinado? ¡Bueno, aquella vez me equivoqué! Pero también es posible que esta otra muerte no fuese más que una coincidencia. En la vida ocurren coincidencias muy extrañas. Yo mismo conozco algunas que le sorprenderían.

Se detuvo un momento y luego continuó:

—Quizá el instinto le dijese la verdad a *sir* Charles. Es un artista y, por lo tanto, un hombre sensible, impresionable, que siente las cosas sin que pueda explicar por qué las siente. Me gustaría saber dónde está ahora.

—Pues en las oficinas de Wagon Lits. Él y yo volvemos a Inglaterra esta misma noche.

—¡Ah, ah! ¡Qué celo tiene nuestro *sir* Charles! ¿Se ha decidido, por fin, a interpretar el papel de policía aficionado? ¿O hay alguna otra razón?

Satterthwaite no contestó. Sin embargo, Poirot pareció deducir una respuesta convincente de su silencio.

—Comprendo. Los brillantes ojos de *mademoiselle* andan por medio. No es solo el crimen lo que le atrae, ¿verdad?

—Ella le ha escrito pidiéndole que vuelva.

—Me preguntaba… ¡Ahora sí que no lo entiendo! —empezó a decir.

Pero Satterthwaite lo interrumpió.

—¿No entiende a las muchachas inglesas modernas? No me extraña. Yo mismo tampoco las entiendo. Una muchacha como la señorita Lytton Gore…

Ahora fue Poirot quien le interrumpió.

—Perdone. No me ha entendido usted bien. Comprendo a la perfección a la señorita Lytton Gore. He conocido a muchas chicas así. Usted las llama «modernas», pero no es verdad. Son más bien…

¿cómo lo diría…?, antiguas.

Satterthwaite estaba anonadado. Al final llegó a la conclusión de que él y solo él entendía a Egg. El prepotente extranjero no sabía nada sobre los sentimientos de las jóvenes inglesas.

Poirot siguió hablando en un tono soñador:

—El conocimiento de la naturaleza humana puede ser una cosa muy peligrosa.

—Al contrario, una cosa muy útil —corrigió Satterthwaite.

—Tal vez, pero depende del punto de vista.

—Bueno. —Satterthwaite sufría una gran decepción. Había echado el anzuelo, pero el pez no había picado. Comprendiendo que su conocimiento de la naturaleza de aquel hombre era deficiente, acabó diciendo—: Le deseo unas agradables vacaciones.

—Gracias.

—Espero que cuando vaya usted a Londres me visitará. —Sacó una tarjeta—. Esta es mi dirección.

—Es usted muy amable, señor Satterthwaite. Será un gran placer.

—Adiós y *bon voyage*.

Satterthwaite se alejó. Poirot le miró durante unos instantes y luego se enfrascó otra vez en la contemplación del Mediterráneo. Así permaneció durante diez minutos.

El chiquillo inglés reapareció.

—Mamá, ya he mirado el mar. ¿Qué hago ahora?

¡Qué admirable pregunta!, se dijo Poirot.

Se puso de pie y se alejó lentamente en dirección a las oficinas de Wagon Lits.

Capítulo II

El mayordomo desaparecido

Sir Charles y Satterthwaite estaban sentados en el despacho del coronel Johnson. El jefe de policía era un hombre fornido, de rostro rojizo, voz áspera y maneras cordiales.

Había saludado, muy alegre, a Satterthwaite y se mostró encantado de conocer al famoso Charles Cartwright.

—Mi esposa es una gran aficionada al teatro. Es una de sus… ¿cómo lo llaman los norteamericanos…?, eso… fans. A mí también me gusta ver una buena obra, pero de las limpias, sin esas cosas escandalosas que ponen hoy en día en los escenarios. ¡Qué horror!

Sir Charles, consciente de la lisonja, respondió, con su habitual y encantadora modestia, que nunca actuaba en esas obras tan «avanzadas». Cuando explicaron el motivo de su visita, Johnson estaba ya dispuesto a contarles todo lo que sabía.

—¿Amigo de ustedes, dicen? ¡Es muy triste, muy triste! Aquí era muy popular. Ese sanatorio que hizo construir decía mucho en favor de él. *Sir* Bartholomew era una buena persona a carta cabal y en la cumbre de su profesión. Amable, generoso y muy popular. Es el último hombre del mundo a quien uno esperaría que asesinasen. No hay el menor indicio de suicidio y eso de que la muerte ocurriese por accidente no hay ni que hablar.

—Satterthwaite y yo acabamos de llegar del extranjero. Solo hemos leído lo que cuentan los periódicos.

—Y, naturalmente, desean saberlo todo. Bien, yo se lo explicaré con mucho gusto. Creo que el hombre al que hemos de detener es al mayordomo. Era nuevo en la casa, apenas hacía dos semanas que estaba al servicio de *sir* Bartholomew. Tan pronto se hubo cometido

el crimen, desapareció, se desvaneció en el aire. Parece algo fantástico, ¿verdad?

—¿Tiene usted alguna sospecha de adónde ha podido ir?

El rostro del coronel se encendió aún más.

—Piensa usted que ha habido negligencia por nuestra parte. Reconozco que todo parece corroborarlo. Como es natural, el sujeto en cuestión fue sometido a vigilancia como todos los demás. Contestó satisfactoriamente a nuestras preguntas, dio el nombre de la agencia por medio de la cual había obtenido aquel empleo. Había trabajado en casa de *sir* Horace Bird. Al principio, demostró una gran educación y no dio la menor señal de estar asustado. Luego, lo único que supimos de él es que se había escapado, a pesar de que la casa estaba vigilada por todas partes. Ninguno de mis hombres cerró los ojos, me lo han jurado.

—¡Muy curioso! —murmuró Satterthwaite.

—Sin embargo, lo que ha hecho ese hombre me parece una locura —opinó *sir* Charles—. Él sabía que en principio no era sospechoso. Lo único que ha logrado con su fuga es atraer la atención sobre él.

—Exacto. Y no puede albergar esperanzas de escapar. Su descripción ha sido difundida. Es solo cuestión de días que lo atrapemos.

—¡Es muy extraño! ¡No lo comprendo!

—No. Al contrario, es muy comprensible. Perdió la cabeza.

—¿Acaso un hombre que ha tenido la suficiente serenidad como para cometer un crimen puede perderla después?

—Depende. Conozco a los criminales. La mayoría son cobardes. Pensó que sospechaban de él y se escapó.

—¿Ha comprobado sus declaraciones?

—Naturalmente, *sir* Charles. Esto entra en la rutina de nuestro trabajo. La agencia de Londres confirma su relato. La carta de recomendación de Bird hablaba de sus servicios en términos muy calurosos, pero *sir* Horace está ahora en África Oriental.

—Entonces, la recomendación quizá fuera falsificada.

—Eso mismo —dijo Johnson, sonriéndole a *sir* Charles como un maestro que felicita a un alumno aventajado—. Hemos telegrafiado a *sir* Horace, desde luego, pero pasará algún tiempo antes de que recibamos su contestación. Está cazando en el interior.

—¿Cuándo desapareció el mayordomo?

—A la mañana siguiente del asesinato. A la fiesta asistió un médico, *sir* Jocelyn Campbell, especialista en toxicología según creo. Él y Davis, el médico del pueblo, investigaron inmediatamente el caso. Ellis, el mayordomo, se marchó a su cuarto, como de costumbre, y hasta la mañana siguiente no se descubrió su desaparición. Su cama no presentaba señales de que hubiera dormido en ella.

—Huyó amparándose en la oscuridad de la noche, ¿verdad?

—Eso parece. Una de las invitadas, la señorita Sutcliffe, la actriz. Creo que usted la conoce, ¿no es cierto?

—¡Ya lo creo!

—Pues esa señorita nos sugirió que tal vez el mayordomo había salido de la casa por un pasadizo secreto. —El coronel arrugó la nariz, como excusándose—. Eso suena a novela de Edgar Wallace. Sin embargo, parece ser que en la finca había uno de esos pasadizos. *Sir* Bartholomew, orgulloso de él, se lo había enseñado a la señorita Sutcliffe. Ese pasadizo termina en una casa en ruinas situada a media milla del sanatorio.

—Esa sería una explicación —convino *sir* Charles—. Ahora bien: ¿es posible que el mayordomo conociese la existencia de ese camino?

—No sé. Mi esposa siempre dice que los criados lo saben todo. Tal vez tenga razón.

—Tengo entendido que el veneno era nicotina, ¿verdad? —preguntó Satterthwaite.

—Sí. Por cierto que es un veneno que se emplea muy poco. En un hombre tan fumador como *sir* Bartholomew serviría para complicar más la cosa. Vamos, quiero decir que podría haber muerto de una intoxicación natural. Claro que sucedió de forma muy repentina para que así fuera.

—¿Cómo se la administraron?

—No lo sabemos. Esta es la parte más complicada del caso. Según las conclusiones de los médicos, tuvo que ingerir el veneno pocos minutos antes de su muerte.

—Creo haber leído que estaba bebiendo oporto.

—Es verdad, de modo que parecía que el veneno tuviera que estar en el vino, pero no fue así. Hemos analizado el oporto que

quedó en la copa y ni rastro de nicotina. Las demás copas retiradas de la mesa, que estaban todavía sin fregar en una bandeja, fueron analizadas con idéntico resultado. Su comida fue también la misma que los demás: sopa, lenguado, faisán, chocolate soufflé, tostadas con caviar. La cocinera estaba a su servicio desde hacía quince años. Por ningún lado se descubre el medio del que se valieron para darle el veneno y, sin embargo, este estaba en su estómago. La verdad es que resulta un problema exasperante.

Sir Charles se volvió hacia Satterthwaite.

—¡Lo mismo! —afirmó excitado—. Exactamente igual que la otra vez. —Luego, dirigiéndose al jefe de policía, prosiguió—: Me refiero a una muerte que ocurrió en mi casa de Cornualles.

—Me parece que la señorita Lytton Gore me ha hablado de ese desagradable suceso —comentó Johnson interesado.

—Sí, ella lo presenció. ¿Se lo ha explicado todo?

—Sí. Está muy segura de su teoría. Pero a mí, la verdad, no me convence. No aclara la huida del mayordomo. ¿Acaso desapareció también el suyo?

—Yo no tenía mayordomo, sino camarera.

—Tal vez fuese un hombre disfrazado.

Sir Charles sonrió al pensar en la muy femenina Temple.

Johnson sonrió también con aire de disculpa.

—Solo era una idea. No, no me convence mucho la teoría de la señorita Lytton Gore. Es que, según tengo entendido, el muerto en cuestión era un anciano clérigo, ¿y quién podría tener interés en despachar de ese modo a un clérigo?

—Eso es lo más desconcertante del suceso —afirmó *sir* Charles.

—Convendrá usted en que es una rara coincidencia. Indiscutiblemente, el mayordomo es nuestro hombre. No cabe la menor duda de que se trata de un criminal muy hábil. Por desgracia, no hemos podido encontrar ninguna huella dactilar. Tuvimos a un experto en dactiloscopia peinando la habitación del mayordomo, pero sin éxito.

—Si, en efecto, fue el mayordomo, ¿qué motivos cree usted que le impulsarían a cometer el crimen?

—Ese es, desde luego, uno de los problemas. Tal vez estuviera en la casa con intención de robar y *sir* Bartholomew lo despidiera.

Sir Charles y el señor Satterthwaite guardaron un cortés silencio.

Johnson pareció comprender que la sugestión carecía de verosimilitud.

—Lo cierto es que, de momento, solo se pueden hacer conjeturas. Una vez que tengamos a John Ellis entre rejas y sepamos quién es y cómo se nos escurrió de entre las manos, entonces tal vez el motivo quede claro como la luz del día.

—Habrá usted inspeccionado los papeles de *sir* Bartholomew, ¿verdad?

—Naturalmente, *sir* Charles. Lo hemos hecho con mucha atención. Le presentaré al inspector Crossfield, que está a cargo del asunto. Es un hombre muy inteligente. Los dos creemos que la profesión de *sir* Bartholomew está relacionada con el crimen. Un médico conoce infinidad de secretos. Crossfield y la secretaria de *sir* Bartholomew, la señorita Lyndon, examinaron con atención uno por uno todos los documentos.

—¿No encontraron nada?

—Nada en absoluto.

—¿Se echó de menos algo en la casa: cubiertos, joyas o algo por el estilo?

—No faltaba nada.

—¿Quiénes estaban en la casa?

—Hice una lista, ¿dónde está? ¡Ah! Creo que la tiene Crossfield. Deben ver a Crossfield. De hecho, le espero de un momento a otro para que presente su informe.

En aquel preciso instante sonó un timbre.

—Seguro que es él.

Crossfield era un hombre vigoroso, alto, de hablar lento y mirada aguda. Saludó a su superior y luego fue presentado a los dos visitantes.

Es posible que, de haber estado Satterthwaite solo, no hubiera logrado sacarle gran cosa a Crossfield. Este no sentía simpatía por los caballeros que venían de Londres con ideas de aficionado. Pero *sir* Charles era distinto. Había visto trabajar dos veces a Charles Cartwright y la emoción que le causó ver ante él a aquel héroe de las candilejas lo convirtió en una persona locuaz y dicharachera.

—Le vi a usted en Londres, *sir* Charles. Fui al teatro con mi mujer. La obra era *El dilema de lord Aintree*. Tuvimos que hacer cola durante dos horas para adquirir las localidades, pero mi mujer

estaba decidida a verle actuar. Fue en el teatro Pall Mall.

—Aunque hace tiempo que me he retirado de la escena, como usted ya sabe, todavía me recuerdan en el Pall Mall.

Sacó una tarjeta y escribió unas cuantas palabras en ella.

—Cuando usted y su esposa vayan a Londres, entreguen esta tarjeta en la taquilla y les darán las dos mejores localidades.

—Es usted muy amable, *sir* Charles. Mi mujer se volverá loca de alegría cuando se lo diga.

Después de aquello, Crossfield fue como cera en las manos del actor.

—Es un suceso muy extraño. En toda mi vida me había encontrado ante un caso de envenenamiento por nicotina. Y el doctor Davis tampoco.

—Yo creí que se trataba de una enfermedad causada por fumar demasiado.

—Si he de decirle la verdad, yo también lo creía. Pero el doctor dice que el alcaloide puro es un líquido inodoro y que bastan unas gotas para matar a un hombre casi en el acto.

Sir Charles lanzó una exclamación de sorpresa.

—¡Un veneno muy potente!

—En efecto, *sir* Charles. Sin embargo, se emplea para usos comunes. En solución, se utiliza para rociar los rosales. También puede obtenerse extrayéndolo del tabaco ordinario.

—¿Para los rosales? —murmuró *sir* Charles—. ¿Dónde he oído eso?

Frunció el entrecejo y al fin movió la cabeza.

—¿No tiene usted nada nuevo, Crossfield? —preguntó el coronel.

—Nada definitivo. Tenemos informes de que nuestro hombre ha sido visto en Durham, Ipswich, en Balham, en Land's End y en otros doce lugares. Se están haciendo investigaciones para descubrir qué hay de verdad en todo eso.

Luego, volviéndose hacia los otros dos, les explicó:

—En el momento en que se busca a un hombre y se publican sus señas, resulta que no hay pueblo en Inglaterra en el que no haya sido visto.

—¿Qué señas son las de ese hombre? —preguntó Cartwright.

Johnson cogió un papel de encima de la mesa.

—John Ellis, estatura mediana, un poco cargado de espaldas, cabellos grises, patillas cortas, ojos oscuros, voz chillona. Le falta uno de los dientes superiores y no tiene ninguna señal característica.

—Una descripción muy vaga. Fuera de las patillas, que ya se habrá afeitado en este momento, y del diente, no podrá usted basarse más que en su sonrisa.

—Lo malo es que nadie se fija en nada. Yo sé lo que me ha costado obtener esos informes de las criadas del sanatorio. Siempre pasa lo mismo. Me han llegado a describir al mismo hombre diciéndome que era alto, delgado, bajo, robusto, de estatura mediana, enclenque… Entre cincuenta personas ni una sola emplea los ojos debidamente.

—¿Está usted convencido, inspector, de que Ellis es el asesino?

—¿Por qué huyó, si no?

—Esa es la incógnita —replicó *sir* Charles pensativo.

Crossfield le comentó al coronel las medidas que se estaban tomando. Su superior las aprobó y luego le pidió la lista de los que se hallaban en casa de *sir* Bartholomew la noche del crimen, lista que fue ofrecida a los dos visitantes:

Martha Leckie: cocinera.

Beatrice Church: primera camarera.

Doris Coker: doncella.

Victoria Ball: doncella.

Alice West: camarera.

Violet Bassington: pinche de cocina.

Todos los arriba citados estaban al servicio de *sir* Bartholomew desde hacía bastante tiempo. La señora Leckie llevaba en la casa quince años.

Gladys Lyndon: secretaria, treinta y cinco años. Hacía tres que era secretaria de *sir* Bartholomew a su entera satisfacción.

Invitados:

Lord y lady Eden: 187 Cadogan Square.

Sir Jocelyn y lady Campbell: 1256 Harley Street.

Señorita Angela Sutcliffe: 28 Cantrell Mansions, SW3.

Capitán Dacres y señora: 3 St. John's House, Wl. (La señora Dacres es conocida en el mundo de los negocios como propietaria de Ambrosine Ltd., Brook Street).

Lady Mary y señorita Hermione Lytton Gore: Rose Cottage, Loomouth.

Señorita Muriel Wills: 5 Upper Cathcart Road, Tooting. (Conocida con el seudónimo de Anthony Astor).

Señor Oliver Manders: Messrs. Speier & Ross, Old Broad Street, EC2.

—En los periódicos no se mencionaba a Manders —dijo *sir* Charles.

—Estaba allí por accidente —le explicó el inspector—. La motocicleta de ese joven chocó contra una valla, frente al sanatorio, y *sir* Bartholomew, que según creo le conocía, le invitó a pasar la noche en la casa.

—Qué cosa más curiosa —apuntó *sir* Charles.

—Sin duda llevaba alguna copa de más —siguió el inspector—. De lo contrario, no se comprende cómo pudo darse de narices contra aquella valla.

—Debieron de ser los vapores del alcohol.

—Es lo que creo yo.

—Bueno, muchas gracias, inspector. ¿Tiene usted algún inconveniente, coronel, en que vayamos a echar un vistazo a la abadía?

—Claro que no. Aunque no creo que descubra usted mucho más de lo que yo le he contado.

—¿Queda alguien en la casa?

—Solo el servicio —contestó Crossfield—. Los invitados se marcharon en cuanto terminó la investigación y la señorita Lyndon

volvió a Harley Street.

—¿Podríamos ver al doctor… cómo se llama…? Ah, sí, Davis.

—Es una buena idea.

Tras anotar la dirección del médico, dieron las gracias al coronel Johnson y salieron.

Capítulo III

¿Cuál de ellos?

Mientras caminaban a lo largo de la calle, Cartwright preguntó:

—¿Se le ocurre a usted algo, Satterthwaite?

—¿Y a usted, *sir* Charles? —preguntó a su vez Satterthwaite. Daba la sensación de no querer emitir ningún juicio hasta el último momento.

—Están equivocados, Satterthwaite. Todos están equivocados. Se les ha metido el mayordomo entre ceja y ceja. Para ellos, solo él puede ser el asesino. No, no es eso. No debemos pasar por alto aquella otra muerte, la que ocurrió en mi casa.

—¿Todavía cree que las dos muertes están relacionadas entre sí?

Satterthwaite hizo la pregunta como si ya la hubiese contestado afirmativamente.

—Por fuerza tienen que estar relacionadas. Todo señala en esa dirección. Ahora debemos encontrar el factor común, alguien que estuviese presente en ambas ocasiones.

—Sí —convino Satterthwaite—. Pero no será tan fácil como parece. Tenemos demasiados factores comunes. ¿Se ha fijado, Cartwright, en que casi todos los que asistieron a su fiesta estaban también en la de *sir* Bartholomew?

Sir Charles asintió.

—Claro que me he fijado. ¿Se da usted cuenta de las deducciones que se pueden sacar?

—No le sigo, Cartwright.

—¡Diablos! Usted cree que todo ha sido mera coincidencia, ¿verdad? Pues no, fue premeditado. ¿Por qué todos los que presenciaron la primera muerte estuvieron también presentes en la

segunda? ¿Casualidad? ¡Nada de eso! Era un plan, un plan de Tollie.

—¡Oh!, es posible.

—Es verdad. Usted no conocía a Tollie tan bien como yo. Era un hombre que solo seguía sus propios impulsos. Además, era muy paciente. En todos los años que le traté, nunca le vi burlarse de ninguna opinión, por descabellada que pareciera. Ahora, fíjese en esto: Babbington es asesinado en mi casa. Sí, asesinado, no voy a andarme con rodeos. Tollie se burla de mis sospechas, pero él también las tiene. Ahora bien, él no habla de ellas. No, ese no es su sistema. Poco a poco, en su mente va reconstruyendo el suceso. No me imagino sobre quién recaerían sus sospechas. Sin duda creía que alguno de los presentes era el autor del crimen y preparó un plan para descubrir quién era.

—¿Qué me dice usted de los demás huéspedes, los Eden y los Campbell?

—Solo para despistar.

—¿Cuál cree usted que era el plan?

Cartwright se encogió de hombros de una manera exagerada. En aquel momento era Aristide Duval, aquel cerebro privilegiado del servicio secreto. Al andar, cojeaba del pie izquierdo.

—¿Cómo saberlo? No soy adivino, no tengo la menor idea. Pero había un plan y, si fracasó, fue porque Tollie no creía que el criminal fuese tan listo. Él golpeó el primero.

—¿Él, dice usted?

—O ella. El veneno es un arma más propia de una mujer que de un hombre.

Satterthwaite guardó silencio. *Sir* Charles continuó:

—¿Piensa usted como yo o bien está con la opinión pública y cree que el mayordomo es el asesino?

—¿Cómo explica usted lo del mayordomo?

—No he pensado en él. En mi opinión, no tiene la menor importancia. Puedo sugerir una explicación.

—¿Cuál?

—Supongamos que la policía tiene razón: Ellis es un malhechor y trabaja con una banda. Ha logrado el empleo mediante documentos falsos. Luego, Tollie es asesinado. ¿Cuál es la situación de Ellis? Un hombre ha sido asesinado y, en su misma casa, hay un

sujeto conocido por la policía y cuyas huellas dactilares figuran en el archivo de Scotland Yard. Naturalmente, lo primero que hace es desaparecer.

—¿Por el pasadizo secreto?

—¡Qué va! Sale de la casa mientras uno de esos policías estaba echando una cabezadita.

—Sí, eso parece lo más probable.

—Bueno, ahora dígame usted cuál es su opinión.

—¿La mía? ¡Oh, es la misma que la suya! El mayordomo me parece una pista falsa. Creo que *sir* Bartholomew y el pobre Babbington fueron asesinados por la misma persona.

—¿Por uno de los invitados?

—Sí, por uno de los invitados.

Durante unos instantes, los dos hombres guardaron silencio. Al fin, Satterthwaite preguntó:

—¿Quién supone usted que fue?

—¡Por Dios, Satterthwaite! ¿Cómo voy a saberlo?

—Así que no lo sabe. Pensé que tal vez tendría usted alguna idea, aunque fuese estrafalaria, alguna sospecha.

—Pues no la tengo. —Se quedó pensativo unos instantes y luego continuó—: Cuando lo pienso detenidamente, creo que ninguno de ellos ha podido cometer ese crimen.

—Me imagino que su teoría es cierta. Debemos descartar a algunas personas definitivamente: la señora Babbington, usted, yo y Manders.

—¿Manders?

—Su entrada en escena fue accidental. No había sido invitado ni se le esperaba, lo que le descarta por completo del círculo de sospechosos.

—También debemos excluir a aquella escritora: Anthony Astor.

—No, esa señorita estaba allí. Es la que se llama Muriel Wills, de Tooting.

—¡Es verdad! Me había olvidado de que se llamaba Wills.

Guardó silencio unos instantes. Satterthwaite era bastante bueno leyendo los pensamientos de la gente. Calibró con mucha precisión lo que estaba pasando por la mente del actor. Cuando este volvió a hablar, el señor Satterthwaite se congratuló.

—Me parece que tiene usted razón, Satterthwaite. No creo que

sir Bartholomew sospechara de nadie en particular, aunque *lady* Mary y Egg estaban allí. Quizá quiso representar una reconstrucción de la primera muerte. Quizá sospechaba de alguien y quiso que hubiese otros testigos para confirmarlo o algo por el estilo.

—O algo por el estilo —aceptó Satterthwaite—. Solo nos cabe elucubrar a estas alturas. Sí, las Lytton Gore están fuera de toda sospecha, lo mismo que usted, la señora Babbington, Oliver Manders y yo. Entonces, ¿quién queda? ¿Angela Sutcliffe?

—¿Angie? ¡Imposible! Era amiga de Tollie desde hacía muchos años.

—Entonces serán los Dacres. En realidad, Cartwright, usted sospecha de los Dacres. Podía habérmelo dicho cuando se lo he preguntado.

Sir Charles miró a su amigo, que estaba radiante.

—Supongo que sí. Si he de serle franco, tampoco sospecho de ellos. A lo sumo, parecen un poco más culpables que los demás. Lo que pasa es que no los conozco íntimamente. Pero, la verdad, no llego a comprender por qué Freddie Dacres, que se pasa la vida en el hipódromo, y Cynthia, que no hace otra cosa que diseñar trajes carísimos para mujeres, iban a matar a un insignificante clérigo.

Movió la cabeza. De pronto, su rostro se iluminó.

—¡Está la señorita Wills! Me había vuelto a olvidar de ella. ¿Qué hay en esa mujer para que continuamente la esté olvidando? Es la mujer más sospechosa que he visto en mi vida.

Satterthwaite sonrió.

—Imagino que puede aplicársele el famoso verso de Burns: «Como un niño que no quiere perderse nada». Creo que esa mujer se fija en todo. Tiene una mirada muy inteligente. Creo que todo lo ocurrido digno de percibirse en este suceso lo ha notado la señorita Wills.

—¿Cree usted?

—Lo que debemos hacer ahora es comer algo. Luego iremos al sanatorio y veremos qué se puede descubrir.

—Parece que le interesa a usted mucho todo esto, Satterthwaite —dijo *sir* Charles, sonriendo.

—Investigar un crimen no es algo nuevo para mí. En una ocasión en que se estropeó mi coche y me hallaba en una posada solitaria…

—Recuerdo —le interrumpió *sir* Charles con su alta y clara voz de actor— que, durante una gira que hice en 1921…

Sir Charles se impuso.

Capítulo IV

La declaración de los criados

No hay nada más apacible que las tierras y los edificios de la abadía de Melfort, como comprobaron los dos hombres en aquella soleada tarde de septiembre. Parte de la abadía databa del siglo XV. El resto, rodeado de árboles que la ocultaban a la vista de los que se acercaban al monasterio, había sido restaurado y se le había añadido un ala nueva. El sanatorio estaba a alguna distancia de la abadía, fuera de su perspectiva, pero en sus tierras.

Sir Charles y el señor Satterthwaite fueron recibidos por la señora Leckie, la cocinera, una mujer majestuosa, vestida enteramente de negro. Conocía a *sir* Charles y a él se dirigió durante toda la conversación.

—Ya comprenderá usted lo que significa para mí la muerte de mi señor. Luego, esos dichosos policías metiendo las narices por todos los rincones, haciendo preguntas y más preguntas. No pueden dar un paso sin preguntar algo. ¡Oh, que una haya vivido para ver una cosa así! La muerte de *sir* Bartholomew ha sido una desgracia terrible para todos nosotros, que Beatrice y yo nunca olvidaremos, aunque ella ha estado aquí dos años menos que yo. Y ese mamarracho de inspector (no le llamaré caballero porque sé muy bien lo que es un caballero y sé cómo son), mamarracho le llamaré aunque sea un superintendente. —La señora Leckie hizo una pausa y tomó aliento para proseguir su intrincada exposición donde la había dejado—. Y ese tipo queriéndome sonsacar chismes de todas las sirvientas. ¡Con lo buenas chicas que son! Claro que Doris no se levanta a la hora que debe por la mañana y siempre tengo que estar

riñéndola por eso. Y que Vickie es bastante impertinente, pero son jóvenes y sus madres no las han educado bien. De todos modos, son buenas chicas y no habrá inspector de policía que me haga decir lo contrario. «Sí», le dije, «no me haga más preguntas, voy a decirle todo lo que sé de mis muchachas. Son unas buenas chicas y no tienen nada en absoluto que ver con el crimen, y es muy mezquino de su parte insinuar algo así».

La señora Leckie hizo una pausa.

—El señor Ellis —continuó— es otra cosa: no sé nada y no puedo responder de él. De lo único que estoy enterada es de que vino de Londres para ocupar la plaza durante las vacaciones del señor Baker.

—¿Baker? —preguntó Satterthwaite.

—El señor Baker ha sido el mayordomo de *sir* Bartholomew durante los últimos siete años. Pasaba la mayor parte del tiempo en Londres, en Harley Street. Usted lo debe de recordar.

Sir Charles asintió.

—*Sir* Bartholomew le hacía venir aquí siempre que daba alguna fiesta. Pero como hacía tiempo que no estaba bien de salud, el señor le dio dos meses de vacaciones pagadas y se fue a un pueblo junto al mar, cerca de Brighton. ¡El doctor era el más bueno de los señores! Por eso contrató temporalmente al señor Ellis. Como ya le dije al inspector, no puedo decir gran cosa respecto al mayordomo. Únicamente que, según decía él mismo, había servido en las mejores casas. Sí, se le notaba que había estado entre gente educada.

—¿No advirtió usted nada extraño en él? —preguntó Cartwright.

—Es difícil decirlo, señor, porque… no sé si me entenderá usted: noté y no noté.

Sir Charles la miró, invitándola a continuar y a decir cuanto supiera.

—No puedo precisar lo que era, pero había algo extraño en él.

Siempre pasa así, pensó Satterthwaite: En cuanto se sospecha que una persona ha cometido un delito, todos han notado algo extraño en ella.

—Una cosa me desagradaba en él, a pesar de su educación, y es que dedicaba a sí mismo infinidad de tiempo: se pasaba horas y horas sin salir de su habitación. Era… no sé cómo decirlo, me

resulta imposible. En fin, había en él algo… algo extraño.

—¿Sospechó usted, acaso, que no se trataba de un verdadero mayordomo? —sugirió Satterthwaite.

—Eso sí que no. El servicio lo hacía muy bien. ¡Y la de cosas que sabía y muchas de personalidades de la alta sociedad también!

—¿Por ejemplo? —preguntó Cartwright con gentileza.

Pero la señora Leckie no quiso comprometerse. No iba a andarse con chismorreos de criados. Eso hubiera ofendido su sentido de lo correcto.

—Tal vez nos pueda usted describir su aspecto —dijo Satterthwaite.

—¡Ya lo creo! Era un hombre de aspecto respetable, de cabellos grises, un poco cargado de espaldas y muy fuerte. Le temblaban un poco las manos, pero no por el motivo que ustedes se imaginan. Era un completo abstemio, no como tantos otros que conozco. Tenía la vista un poco delicada, la luz le molestaba, especialmente la luz potente. Entre nosotros llevaba gafas oscuras, pero cuando estaba de servicio se las quitaba.

—¿No tenía alguna característica especial? —preguntó *sir* Charles—. ¿Ninguna cicatriz? ¿No le faltaba ningún dedo? ¿Ninguna marca de nacimiento?

—No, señor. No tenía nada de eso.

—Lo cierto es que las novelas detectivescas son muy superiores a la vida real —opinó *sir* Charles—. En ellas el culpable siempre tiene alguna señal distintiva.

—Al mayordomo le faltaba un diente —señaló Satterthwaite.

—Creo que sí, señor, aunque yo personalmente nunca lo observé.

—¿Qué aspecto tenía la noche del crimen? —preguntó Cartwright.

—En realidad, no puedo decir nada. Yo ya tenía bastante con vigilar la cocina. No estaba para fijarme en nada más, créame.

—¡Claro!

—Cuando nos enteramos de que el señor había muerto, nos quedamos todos de piedra. Yo me puse a gritar, lo mismo que Beatrice. Las jóvenes también estaban muy afectadas. El señor Ellis, naturalmente, no estaba tan excitado como nosotras, él era nuevo en la casa. Sin embargo, se comportó de una manera muy

considerada y nos hizo tomar a Beatrice y a mí unos vasitos de oporto para superar la impresión. ¡Y pensar que fue él… el muy canalla!

A la señora Leckie le fallaron las palabras. Sus ojos brillaban de indignación.

—Creo que desapareció aquella noche, ¿verdad?

—Sí, señor. Se retiró a su habitación, como todos nosotros y, al llegar la mañana, ya no estaba allí. Eso fue lo que hizo que la policía sospechara de él.

—Realmente cometió una locura. ¿Tiene usted alguna idea de cómo salió de la casa?

—No, señor. Según parece, la policía vigiló la casa durante toda la noche y no lo vieron salir. Pero claro, los policías, aunque no lo parezcan, son seres humanos.

—He oído algo de una salida secreta —dijo *sir* Charles.

—Eso es lo que dice la policía —contestó la cocinera.

—¿Existe ese pasadizo?

—Lo he oído mencionar —replicó la señora Leckie con cautela.

—¿Sabe usted dónde está?

—No, señor. Los pasadizos secretos no están al alcance del servicio. Les daría muchas ideas a las chicas. Se les podría ocurrir largarse. Mis chicas solo salen por la puerta trasera y así siempre sabemos dónde están.

—Muy bien, señora Leckie, es usted muy lista. Ahora me gustaría hacerles algunas preguntas a los demás criados.

—Desde luego, señor, pero no creo que sean capaces de contarle mucho más de lo que le he dicho yo.

—Ya me lo figuro. Pero no se trata de Ellis, sino de *sir* Bartholomew. Quisiera saber qué aspecto tenía la noche de su muerte. ¡Era un gran amigo mío!

—Ya lo sé, señor. Llame a Beatrice y a Alice. Alice era la que servía en el comedor.

—Entonces, me gustaría hablar con Alice.

Pero la señora Leckie confiaba más en la mayor y por tanto fue Beatrice Church, la primera camarera, la que entró en la habitación.

Era una mujer alta y delgada, de labios finos y aspecto huraño.

Después de unas preguntas sin importancia, *sir* Charles llevó la conversación hacia el comportamiento de los invitados durante

aquella noche. ¿Se habían conmovido mucho? ¿Qué habían dicho o hecho?

Beatrice se animó un poco. Era uno de esos seres a quienes les encantan las tragedias.

—La señorita Sutcliffe se desmayó. Es muy impresionable. Yo la conocía porque había estado aquí otras veces. Le aconsejé que tomase una copita de coñac o una taza de té, pero no quiso escucharme. Me parece que tomó una aspirina. Dijo que estaba convencida de que no podría dormir. Pero a la mañana siguiente, cuando fui a llevarle el té, dormía como un niño.

—¿Qué me dice de la señora Dacres?

—No creo que haya nada capaz de conmover a esa señora.

Por el tono de Beatrice se deducía que no le gustaba Cynthia Dacres.

—Solo pensaba en marcharse lo antes posible. Decía que su negocio se resentía. Es una modista muy importante de Londres. Nos lo dijo el señor Ellis.

—¿Y su marido?

—Pues calmaba sus nervios con copas de coñac, o se los estropeaba, como dirían algunos.

—¿Y *lady* Mary Lytton Gore?

—Una señora muy simpática. Mi tía estuvo al servicio de su padre en su castillo. Creo que de joven era una muchacha encantadora. Será pobre, pero se ve enseguida que es alguien. Además, ¡es tan considerada! Nunca molesta y habla siempre con amabilidad. Su hija es también una muchacha muy simpática. No conocían muy bien al señor Bartholomew, pero estaban muy afligidos.

—¿Y la señorita Wills?

Algo de la rigidez de Beatrice reapareció.

—No puedo decirle nada de los sentimientos de la señorita Wills.

—¿Qué impresión le causó a usted esa señorita? —preguntó Cartwright—. Venga, Beatrice, sea un poco más humana.

Una inesperada sonrisa apareció en el rostro de la camarera. Había algo tan sugestivo en los modos de *sir* Charles, que ella tampoco pudo resistir aquel encanto que el público experimentaba noche tras noche.

—No sé qué quiere usted decir —dijo Beatrice un poco menos

seria.

—Dígame solo qué impresión le causó la señorita Wills.

—Ninguna, señor, ninguna en absoluto. No era… ¿cómo le diría…?

—Siga, Beatrice.

—Quiero decir que no era de la misma clase que los demás. Ya sé que no es culpa suya, pero hacía cosas que una verdadera señora no hubiera hecho. No paraba de fisgar y escuchar lo que decían todos.

Sir Charles intentó que la mujer ampliara su declaración, pero Beatrice continuó con su ambigüedad. La señorita Wills había fisgado e incordiado por todas partes, pero presionada para que concretara, Beatrice era incapaz de encontrar un ejemplo. Lo único que repitió fue que la señorita Wills no hacía más que meterse en cosas que no eran de su incumbencia.

Al final dejaron de lado a la escritora y Satterthwaite preguntó:

—El joven Manders llegó aquel día inesperadamente, ¿verdad?

—Sí, señor. Su motocicleta sufrió un accidente junto a la valla de la casa. Dijo que había sido una verdadera suerte que le hubiera ocurrido allí. La casa estaba llena, pero la señorita Lyndon le arregló una cama en un despacho.

—¿Se sorprendieron al verle?

—¡Ya lo creo!

Al preguntarle qué opinión le merecía Ellis, Beatrice no pudo ser muy explícita. No sabía gran cosa de él. Su huida demostraba que era culpable, por más que ni ella ni nadie se podía imaginar por qué había asesinado a *sir* Bartholomew.

—Y el doctor, ¿cómo estaba? ¿Estuvo muy atento a lo que pasaba en su fiesta? ¿Parecía preocupado?

—Al contrario, estaba más alegre que nunca. Sonreía solo, como si tuviese algo muy gracioso en perspectiva. Hasta le vi gastar algunas bromas al señor Ellis, cosa que nunca había hecho con el señor Baker. Solía ser un poco brusco con los criados. Bondadoso, eso sí, pero nunca hablaba demasiado.

—¿Qué clase de bromas? —preguntó Satterthwaite, interesado.

—No recuerdo con exactitud las palabras. El señor Ellis entró a informarle de un recado telefónico y *sir* Bartholomew le preguntó si había entendido bien los nombres. El señor Ellis le contestó muy

respetuosamente que creía que sí. El doctor le dijo, riendo: «Es usted un buen muchacho, Ellis, un mayordomo de primera. ¿Verdad, Beatrice?», añadió dirigiéndose a mí. Yo me quedé tan sorprendida de que el señor hablase de aquella manera, tan impropia de él, que no supe qué contestar.

—¿Y Ellis?

—Parecía desaprobar la conducta del señor. Se veía que no estaba acostumbrado a aquellas muestras de confianza.

—¿Cuál fue el mensaje telefónico? ¿Lo recuerda? —preguntó Cartwright.

—Llamaron del sanatorio para decir que acababa de llegar una paciente importante y que había tenido un buen viaje.

—¿Recuerda usted el nombre?

—Era muy extraño… —Beatrice reflexionó unos instantes—… algo así como la señora de Rushbridger.

—Sí, claro —afirmó *sir* Charles—, no es un nombre fácil de entender por teléfono. Muchas gracias, Beatrice. Ahora hablaremos con Alice.

Cuando la primera camarera abandonó la habitación, *sir* Charles y Satterthwaite se miraron.

—La señorita Wills fisgoneando, el capitán Dacres borracho, la señora Dacres sin expresar la menor emoción. No se puede sacar nada en limpio de todo esto.

—Muy poco, realmente.

—Confiemos en Alice.

Alice era una mujer muy seria, de ojos oscuros. Aparentaba unos treinta años. Estaba muy dispuesta a hablar.

No creía en la culpabilidad del señor Ellis. Era demasiado caballero. La policía había sugerido la idea de que tal vez fuese solo un ladrón, pero Alice estaba segura de que no lo era.

—¿Está usted convencida de que era un honrado y típico mayordomo? —preguntó *sir* Charles.

—No, típico no. No se parecía a ninguno de los mayordomos que yo conozco. Lo hacía todo de una manera muy distinta.

—Usted no cree que él envenenase a su señor, ¿verdad?

—No sé cómo hubiera podido hacerlo. Yo servía la cena con él y no hubiera tenido la oportunidad de poner nada en la comida de *sir* Bartholomew sin que yo lo viera.

—¿Y en la bebida?

—Fue sirviendo de las botellas. Primero, jerez con la sopa. Luego, vino del Rin y clarete. Si hubiera habido algo en el vino, se hubiesen envenenado todos los que bebieron. El señor no tomó nada diferente de los demás invitados. Con el oporto, pasó lo mismo: todos los caballeros bebieron y algunas señoras también tomaron algunas copitas.

—¿Se llevaron todas las copas en una bandeja?

—Sí, yo sostenía la bandeja y el señor Ellis las recogía. Luego llevó la bandeja a la despensa y allí estuvieron hasta que la policía las hizo examinar. Las copas de oporto estaban todavía en la mesa, pero la policía no encontró nada en ellas.

—¿Está usted segura de que el doctor no tomó o bebió algo que no tomaran o bebieran los que le acompañaban?

—Que yo viese, no. Estoy segura de que no.

—¿Nada que le diera alguno de los invitados?

—¡Oh, no!

—¿Sabe usted algo de cierto pasadizo secreto que hay en algún sitio de la casa?

—Uno de los jardineros me contó no sé qué de un pasadizo. Creo que llega hasta el bosque, donde hay algunas paredes y ruinas, pero yo nunca he visto ningún acceso en la casa.

—¿Lo conocía Ellis?

—No, estoy segura de que no sabía nada de ese pasadizo.

—¿Quién cree usted, Alice, que mató a su señor?

—No tengo la menor idea. No puedo sospechar de ninguno de los invitados. Más bien creo que fue un accidente.

—Muchas gracias, Alice.

—Si no fuese por la muerte de Babbington —opinó *sir* Charles cuando la muchacha se retiró—, podríamos creer que la criminal fue ella. Es una muchacha muy atractiva. Además, estaba en el comedor. Pero no, no es factible. Está el asesinato de Babbington. Además, Tollie nunca se fijó en las mujeres guapas, no era ese tipo de hombre.

—Pero tenía cincuenta y cinco años —le recordó Satterthwaite.

—¿Por qué lo dice?

—Es la edad en que los hombres suelen perder la cabeza por una mujer. Aunque nunca lo hayan hecho antes.

—Hombre, Satterthwaite, ¡que yo estoy cerca de los cincuenta y cinco!

—Ya lo sé.

Ante la mirada de su amigo, *sir* Charles bajó los ojos y el rubor invadió su rostro.

Capítulo V

En la habitación del mayordomo

—¿Qué le parece si visitamos la habitación del mayordomo? —preguntó Satterthwaite al advertir el rubor de su compañero.

—Me parece muy bien. Precisamente, ahora se lo iba a proponer.

—Por supuesto, la policía habrá registrado ya todos los rincones.

—La policía…

Aristide Duval hizo un gesto que demostraba el desdén que sentía por la policía. Deseoso de olvidar su momentánea debilidad, se consagró de lleno a su papel.

—Todos los policías son unos cabezotas. ¿Qué han buscado en la habitación de Ellis? Pruebas de su culpabilidad, ¿verdad? Pues nosotros buscaremos pruebas de su inocencia, lo cual es muy distinto.

—¿Cree usted en la inocencia de Ellis?

—Si no nos equivocamos con respecto a la muerte de Babbington, tiene que ser inocente.

—Sí, además…

Satterthwaite no llegó a completar la frase. Iba a sugerir que Ellis era un criminal que habría sido descubierto por *sir* Bartholomew y que, en consecuencia, Ellis lo habría tenido que asesinar por lo que el crimen sería de un absurdo supino. Pero justo a tiempo recordó que *sir* Bartholomew era un buen amigo de Cartwright y que este había sufrido duramente la pérdida.

A primera vista, la habitación de Ellis no prometía ningún descubrimiento notable. Los trajes colocados en el armario, todos de un corte excelente, llevaban etiquetas de distintos sastres. Era

indudable que se los habían regalado diferentes dueños. La ropa interior era del mismo estilo. Los zapatos, muy limpios, estaban en sus cajas.

Satterthwaite cogió un zapato y murmuró: «Treinta y nueve». Pero como no había ninguna huella de zapato en el caso, el tamaño de estos no tenía la menor importancia.

Parecía evidente que Ellis se había llevado su uniforme de mayordomo y el señor Satterthwaite apuntó a *sir* Charles que esto era un hecho bastante notable.

—Ningún hombre en sus cabales se marcha así de una casa. Al contrario, se hubiera puesto un traje corriente.

—Sí, es extraño. Aunque sea absurdo, parece que en realidad no haya salido de la casa. Pero eso, claro, es una tontería.

Siguieron sus pesquisas. No había ni cartas ni documentos, excepto un recorte de periódico que hablaba de la curación de los callos y otro que se refería a la próxima boda de la hija de un duque.

Había también, sobre una mesita, un papel secante y un frasquito de tinta, pero ninguna pluma. *Sir* Charles acercó el secante al espejo sin el menor resultado. Estaba muy usado y la tinta parecía muy vieja.

—O bien no ha escrito ninguna carta desde aquí o no las secó —dijo Satterthwaite—. Este papel secante es muy viejo. ¡Ah, sí! —exclamó y señaló triunfalmente un casi indescifrable «L. Baker»—. Juraría que Ellis ni siquiera lo ha usado.

—Es muy extraño, ¿verdad? —puntualizó *sir* Charles calmosamente.

—¿Qué quiere decir?

—Pues que es muy corriente que un hombre escriba cartas.

—No, si es un criminal.

—Tal vez tenga usted razón. Es indudable que debe de haber algo turbio en su vida para que desaparezca como lo ha hecho. Todo lo que podemos decir es que él no mató a Tollie.

Inspeccionaron con minuciosidad el cuarto: levantaron la alfombra, miraron debajo de la cama. No había nada. Tan solo una mancha de tinta junto a la chimenea. La habitación estaba decepcionantemente vacía.

Se marcharon, desilusionados. Como detectives, habían

fracasado. Es muy posible que cruzase por sus cabezas el pensamiento de que las cosas están mucho mejor dispuestas en los libros.

Tuvieron una charla con los restantes miembros del servicio, los más jóvenes a cargo de la señora Leckie y Beatrice Church, pero no consiguieron nada más.

Por fin llegó la hora de irse.

—Bueno, Satterthwaite —dijo *sir* Charles mientras atravesaban el parque, donde el chófer de Satterthwaite les esperaba con el coche—. ¿No se le ocurre nada?

Satterthwaite reflexionó. No le gustaba que le apremiasen a contestar. Reconocer que la excursión había sido solo una manera de perder el tiempo, quedaba descartado. Repasó las declaraciones de los criados y vio que, en realidad, habían sacado muy poco en limpio.

La señorita Wills había fisgoneado, la señora Dacres no se había emocionado lo más mínimo y el capitán Dacres se había emborrachado. Era un resultado muy pobre a menos que se considerara que la complacencia de Freddie Dacres mostraba su escaso sentimiento de culpabilidad. Pero, como ya sabía el señor Satterthwaite, se emborrachaba tan a menudo que…

—¿Y bien? —repitió el actor impaciente.

—No se me ocurre nada —confesó el otro de mala gana—. Excepto, claro está, que Ellis tiene callos como parece indicar el recorte.

Cartwright sonrió.

—Es una deducción muy razonable, pero ¿nos conduce a algún sitio?

Satterthwaite confesó que no.

—Hay otra cosa —empezó a decir.

—Adelante, hombre. Cualquier cosa será de gran ayuda.

—Pues que me parece un poco extraño que *sir* Bartholomew gastase bromas a su mayordomo. ¿Recuerda usted lo que dijo la camarera? Me parece algo impropio de él.

—Lo es. Conocía a Tollie desde hace muchos años y le aseguro que no era un bromista. No hubiera hablado así de no haber algún motivo. Tiene usted razón, Satterthwaite, es un detalle. Veamos, ¿qué es lo que podemos sacar en limpio?

—Bueno… —empezó Satterthwaite.

Pero la pregunta de *sir* Charles había sido un simple pretexto. En realidad, no le interesaba en lo más mínimo el punto de vista de Satterthwaite, sino exponer el suyo propio.

—¿Recuerda usted cuándo ocurrió ese incidente? —le interrumpió—. Fue inmediatamente después de que Ellis llevara ese mensaje que había recibido por teléfono. Por lo tanto, lo más probable es que fuese ese recado lo que le hizo gracia a Tollie. Recordará usted que se lo hice contar a la camarera.

Satterthwaite asintió.

—Sí, el mensaje decía que una mujer llamada la señora de Rushbridger había llegado al sanatorio —dijo para demostrar que él también había escuchado con atención—. Sin embargo, no me parece que haya nada de particular.

—En realidad, no lo parece. Pero si nuestro razonamiento no es equivocado, el recado tiene que tener algún significado.

—¿Usted cree?

—Desde luego. Hemos de descubrir ese significado. Tengo la impresión de que se trata de algún código. Si Tollie había estado haciendo investigaciones sobre la muerte de Babbington, eso quizá tuviera relación con ellas. Tal vez empleó a algún detective privado para aclarar algo diciéndole que, si por casualidad sus sospechas resultaban justificadas, lo llamara y dijera una frase convenida que no llamara la atención a nadie, lo que explicaría su buen humor y también que le preguntara a Ellis si había entendido con toda exactitud el nombre de esa señora, cuando él sabía muy bien que tal persona no existía. De hecho, eso explicaría el ligero desequilibrio que una persona muestra cuando ha conseguido lo que se podría llamar un buen tanto.

—Entonces, ¿le parece a usted que no existe esa señora de Rushbridger?

—¡Hombre! Creo que deberíamos cerciorarnos de su existencia.

—¿Cómo?

—Iremos al sanatorio y se lo preguntaremos a la directora.

—Se extrañarán.

—Déjelo usted en mis manos.

Dieron media vuelta y se dirigieron al sanatorio.

—Y usted, Cartwright, ¿ha sacado algo en limpio de la visita?

—Sí, algo me llamó la atención, pero no sé qué diablos es. No puedo recordarlo.

Satterthwaite le miró sorprendido.

—No sé cómo explicárselo —siguió el actor—. Fue algo que, en el momento de oírlo, me resultó extraño, pero no tuve tiempo de pensar en ello. ¡Qué rabia! Sin duda se ha escondido en algún rincón de mi cerebro.

—¿No consigue usted recordar de qué se trata?

—No, solo recuerdo que en cierto momento me dije: Esto es extraño.

—¿Fue cuando interrogábamos a las criadas? ¿Cuál de ellas?

—Ya le he dicho que no lo recuerdo y, cuantos más esfuerzos hago, peor. Hay que dejarlo estar y ya volverá por sí solo.

Llegaron al sanatorio. Era un edificio moderno, separado del jardín por una valla. Fueron hasta la casa y preguntaron por la directora.

Era una mujer delgada, de mediana edad y de rostro inteligente. Conocía de nombre a *sir* Charles como amigo de *sir* Bartholomew Strange.

Sir Charles le explicó que acababa de llegar del extranjero y que se había horrorizado ante la muerte de su amigo y las terribles sospechas que tenía la policía. Había ido a la casa para averiguar el máximo número de detalles posibles. La directora habló en términos calurosos de *sir* Bartholomew y de sus éxitos como médico. *Sir* Charles se interesó por lo que iba a ocurrir con el sanatorio. La señora le explicó que *sir* Bartholomew tenía dos socios, ambos médicos. Uno de ellos vivía allí.

—*Sir* Bartholomew estaba muy orgulloso de este lugar —dijo *sir* Charles.

—Sí, su tratamiento tenía mucho éxito.

—La mayoría eran enfermos nerviosos, ¿verdad?

—Sí.

—Esto me trae a la memoria a una señora que encontré en Montecarlo. Me dijo que pensaba venir aquí. No recuerdo su nombre… ¡Ah, sí! Es un nombre tan extraño… de Rushbridger, de Rushbridger o algo parecido.

—¿La señora de Rushbridger dice usted?

—¡Eso es! ¿Está aquí?

—Sí. Pero de momento no la podrá usted visitar. Está en tratamiento —la directora sonrió—. No le está permitido recibir cartas, ni visitas que la exciten.

—No estará muy mal, ¿verdad?

—Tiene los nervios destrozados, le falla la memoria… Su curación es solo cosa de tiempo.

La directora sonrió tranquilizadora.

—Creo recordar haberle oído decir a Tollie, sabe usted, *sir* Bartholomew, que más que una paciente era una amiga. ¿Es verdad?

—No lo creo. Por lo menos, el doctor nunca lo dijo. Hace poco que ella ha llegado de la India y, por cierto, que ocurrió una cosa muy graciosa relacionada con ella. El nombre de esa señora es muy difícil de recordar y, como la criada que tenemos aquí es medio tonta, cuando vino a anunciarme la llegada de la paciente, me dijo: «La señora india ha llegado».

—Sí, realmente es muy gracioso. Bien, muchas gracias por todo y créame que ha sido un gran placer conocerla. *Sir* Bartholomew me hablaba de usted y de la mucha estima en que la tenía por lo acertado de su proceder —terminó *sir* Charles mintiendo.

—El doctor exageraba —replicó la directora, ruborizada de placer—. ¡Era un hombre tan bueno! ¡Ha sido una gran pérdida para nosotros! ¡Y pensar que lo han asesinado! ¿Quién podría desearle ningún mal al doctor Strange? No lo sé, es increíble. Ese odioso mayordomo… Espero que la policía lo capture. Además, lo asesinó sin ningún motivo.

Cartwright meneó la cabeza mostrando su pesar y se despidieron. Emprendieron el camino de regreso a la carretera donde les esperaba el coche.

Para desquitarse del forzado silencio que había guardado durante la conversación de su amigo con la directora, Satterthwaite demostró un gran interés por el accidente de Oliver Manders, acosando a preguntas al guardián de la finca con verdadero interés.

—Sí, aquel es el lugar donde chocó el joven que iba en la motocicleta. Yo no lo presencié. Oí el ruido y salí a ver qué pasaba. El joven estaba en el mismo sitio en que se halla el otro caballero. —Y señaló a *sir* Charles—. No tenía ninguna herida. Preguntó dónde estaba y, al enterarse de que era la finca de *sir* Bartholomew

Strange, dijo: «¡Vaya suerte!», y entró en la casa. Parecía muy tranquilo.

El guardián no se explicaba cómo había sufrido aquel accidente. Era extraño, ¡pero a veces pasan cosas tan raras!

—Fue un accidente extraño —murmuró Satterthwaite.

Miró a su alrededor. No vio ni baches, ni curvas peligrosas, ni nada que explicara que un motorista se diera de narices contra una pared.

—¿Qué está usted pensando, Satterthwaite? —preguntó el actor con curiosidad.

—Nada, nada.

—¡Es realmente extraño! —murmuró a su vez *sir* Charles y contempló pensativo el lugar del accidente.

Los dos amigos subieron al coche de Satterthwaite.

Este último estaba preocupado por lo de la señora de Rushbridger. La teoría de Cartwright había quedado destruida. No se trataba de una clave, sino de una persona. ¿Estaría acaso aquella persona ligada al crimen? ¿Era tal vez un testigo o solo un caso interesante que había sacado a *sir* Bartholomew de su habitual serenidad? ¿Se trataría de una mujer hermosa? Enamorarse a los cincuenta y cinco años cambia por completo el carácter de un hombre. Eso lo había observado infinidad de veces. Sus pensamientos fueron interrumpidos por *sir* Charles.

—Satterthwaite, ¿le importaría que volviésemos atrás?

Sin esperar contestación, cogió el tubo acústico y le dio una orden al chófer. El coche dio media vuelta y, unos segundos más tarde, se dirigían otra vez hacia la abadía.

—¿Qué ocurre? —preguntó Satterthwaite.

—Acabo de recordar lo que encontré extraño. Fue aquella mancha de tinta en el suelo de la habitación del mayordomo.

Capítulo VI

La mancha de tinta

El señor Satterthwaite miró sorprendido a su amigo.

—¿La mancha de tinta? ¿Qué quiere usted decir?

—¿La recuerda?

—Sí, ¡claro!

—¿Se fijó usted dónde estaba?

—Exactamente, no.

—Junto a la chimenea.

—¡Ah, sí! Ahora lo recuerdo.

—¿Cómo cree usted que cayó allí esa mancha?

—No es una mancha grande, así que no se le cayó el frasco de tinta. Supongo que al mayordomo se le cayó la estilográfica, recuerde que no encontramos ninguna. —Así verá que yo me fijo en las cosas tanto como él, pensó Satterthwaite—. Desde luego, si el hombre escribió algo, lo hizo con una estilográfica, aunque no hay nada que lo indique.

—Sí que lo hay: la mancha de tinta.

—Puede ser que no estuviera escribiendo. Quizá simplemente se le cayera la pluma al suelo.

—Pero no habría dejado una mancha de no estar sin el capuchón.

—Es verdad, no había pensado en eso. Ahora bien, no veo nada extraño en eso.

—Puede ser que no, pero de todas maneras no estaré convencido hasta que lo haya examinado por mí mismo.

En aquel momento, llegaban ante la verja de la abadía.

Poco después estaban otra vez dentro de la casa y *sir* Charles,

para disimular sus intenciones, dijo que se había dejado un lápiz en la habitación del mayordomo.

—Ahora —exclamó Cartwright cerrando la puerta después de haber alejado a la servicial señora Leckie con una excusa—, veamos si soy tonto de remate o bien sacamos algo en limpio de mi idea.

En opinión de Satterthwaite, lo primero era lo más probable, pero su exquisita educación no le permitía manifestar en voz alta sus pensamientos. Se sentó en la cama y se puso a observar las maniobras de su amigo.

—Aquí está la mancha. —Cartwright la señaló con el pie—, en el extremo opuesto de la mesa. ¿Qué le ha de ocurrir a un hombre para que se le caiga una pluma aquí?

—Una pluma puede caerse en cualquier sitio.

—Claro que también es posible tirarla desde el extremo opuesto de la habitación, pero no es corriente tratar así las estilográficas. Sin embargo, no sería extraño. Esa clase de plumas a veces hacen perder la paciencia al más santo. En cuanto uno las necesita, la tinta se niega a salir y no hay manera de escribir con ellas. Es posible que esa sea la solución. Quizá Ellis tratase de escribir y, perdiendo la paciencia, tirase la pluma contra la chimenea.

—Me parece que hay muchas otras explicaciones posibles. Quizá dejó la pluma sobre la repisa de la chimenea y se cayó al suelo.

El actor hizo el experimento con un lápiz. Lo hizo rodar por la repisa hasta el borde. El lápiz cayó a un palmo de la mancha.

—¡Bueno! —preguntó Satterthwaite—. ¿Cuál es la explicación que le da usted?

—Estoy tratando de encontrar una.

Satterthwaite observó los movimientos de *sir* Charles, los cuales, por cierto, le hacían mucha gracia.

Este trataba, sin conseguirlo, de dejar caer el lápiz exactamente sobre la mancha. Para ello era preciso agacharse, meter la mano dentro de la chimenea y dejar caer la pluma junto a la estufa de gas.

—¡Es imposible! —murmuró *sir* Charles—. Si hubiese estado quemando papeles…

De pronto, se puso en pie de un salto. Meditaba.

Unos instantes después, Satterthwaite contemplaba al gran actor en plena actuación.

Cartwright se había convertido en Ellis, el mayordomo. Se sentó

a la mesa e hizo ver que escribía. De vez en cuando levantaba la vista del papel y miraba inquieto a su alrededor. De pronto, le pareció oír algo. El señor Satterthwaite hubiera jurado que aquel algo era una pisada en el pasillo. La conciencia del mayordomo no estaba tranquila. Cogió la hoja de papel con una mano y, con la otra, la pluma. Se acercó a la chimenea. Trató de esconder el papel debajo de la estufa y, para poder tener libres las dos manos, tiró impaciente la pluma. El lápiz de *sir* Charles cayó exactamente en la mancha de tinta.

—¡Bravo! —Aplaudió Satterthwaite.

Había sido todo tan bien interpretado, que tuvo la impresión de que aquello era lo único que había podido ocurrir.

—¿Ha visto usted? —preguntó *sir* Charles, recobrando su personalidad—. Si nuestro mayordomo oyó acercarse a la policía, o lo que él creyó que era la policía, y tenía que ocultar lo que estaba escribiendo, ¿dónde iba a esconderlo? No en un cajón o debajo del colchón, pues si la policía registraba la habitación lo hubiera encontrado enseguida. No tenía tiempo de levantar una baldosa y esconderlo debajo. No, debajo de la estufa era el único sitio posible.

—Lo que hay que hacer ahora es ver si hay algo ahí, en la estufa.

—¡Claro! Pero quizá fue una falsa alarma y, entonces, tal vez retiró lo que había escondido. Pero, al fin y al cabo, mirarlo no cuesta nada.

Sir Charles se quitó la americana, se arremangó, e inclinándose, miró debajo de la estufa.

—Parece que aquí hay algo. Es una cosa blanca. ¿Cómo podríamos sacarla? Probemos con un alfiler de sombrero.

—Las mujeres ya no usan alfiler en los sombreros. Tal vez le vaya bien un cortaplumas.

Pero el cortaplumas resultó demasiado corto.

Al fin, Satterthwaite salió de la habitación y volvió al poco rato con una aguja de hacer media de Beatrice, quien, aunque muerta de curiosidad de saber para qué la quería, no lo preguntó por su sentido del decoro.

La aguja dio el resultado esperado. En pocos momentos, *sir* Charles sacó media docena de hojas de papel hechas una bola.

Las alisaron con las manos temblorosas por la emoción. Eran

varios borradores escritos con una letra menuda y clara que empezaban así:

> La presente es para decirle que el que suscribe esta carta no desea causarle ningún perjuicio y podría muy bien haberse equivocado en lo que ha creído ver esta noche, pero…

Sin duda el autor de la carta, descontento de ella, la había interrumpido para empezar otra:

> John Ellis, mayordomo, tiene en su poder algunos detalles referentes a la muerte del doctor. Todavía no le ha contado nada a la policía…

No satisfecho tampoco con esta carta, empezó otra:

> John Ellis, mayordomo, presenta a usted sus respetos y le agradecería enormemente que le concediese una entrevista para hablar del triste suceso de esta noche antes de ir a la policía con ciertos informes que posee…

En la siguiente, el empleo de la tercera persona había sido abandonado:

> Necesito dinero. Mil libras me sacarían de apuros. Sé varias cosas que podría contar a la policía, pero no quiero causar ningún perjuicio…

La última era todavía más explícita:

> Sé cómo murió el doctor. No he dicho nada todavía a la policía. Si quiere encontrarse conmigo en…

Esta carta terminaba de una manera distinta que las demás. Las cinco últimas palabras estaban borrosas, la tinta se había corrido,

manchando todo el papel. Indudablemente, Ellis la estaba escribiendo cuando algo le alarmó. Hizo una bola con todos los borradores y se apresuró a esconderlos.

Satterthwaite, un tanto sorprendido, lanzó un profundo suspiro.

—Le felicito, Cartwright. Su instinto no le engañó. Lo de la mancha de tinta ha sido un buen trabajo. Ahora consideremos el punto en que estamos. Como pensábamos, Ellis es un bribón. No era el asesino, pero sabía quién cometió el crimen y se disponía a sacar dinero de él o de ella mediante chantaje.

—Él o ella —interrumpió *sir* Charles—. ¡Qué lástima que no sepamos el sexo del criminal! Bien podría haber empezado alguna de estas cartas con el formulismo de señor o señora. Por lo menos, así sabríamos a qué atenernos. Se ve que ese sujeto llevaba dentro de sí un literato, si no, no se comprende que se molestara tanto en hacer borradores para semejante asunto. ¡Si al menos nos hubiera dado una pista del destinatario!

—No importa. Hemos logrado lo que deseábamos. Recordará usted que vinimos a buscar una prueba de la inocencia de Ellis. Pues ya la tenemos. Estas cartas demuestran que es inocente del asesinato. Por lo demás, es un perfecto canalla. Pero él no mató a *sir* Bartholomew, fue otro quien cometió el crimen. Seguramente, la misma persona que mató a Babbington. Creo que hasta la policía tendrá que estar de acuerdo con nuestro punto de vista.

—¿Va usted a contarle a la policía todo lo que hemos descubierto? —preguntó *sir* Charles, y su rostro expresó cierto disgusto.

—No veo qué más podemos hacer. ¿Por qué?

—Creo que deberíamos hacer otra cosa —replicó el actor, sentándose en la cama—. De momento, sabemos algo que todo el mundo ignora. La policía busca a Ellis. Cree que es el asesino. Todos conocen las sospechas de la policía. Y entretanto, el verdadero criminal está muy tranquilo. No se preocupa por nada ni se pone en guardia. ¿No sería una lástima cambiar ese estado de cosas? ¿No tenemos así mayor oportunidad de descubrir al culpable? Quiero decir que podríamos descubrir qué clase de lazo unía a Babbington con alguna de esas personas. Ninguna de ellas sabe que se ha asociado esta última muerte a la de Babbington. No sospechan nada. Por tanto, es una oportunidad magnífica.

—Comprendo lo que quiere usted decir. Pero, de todas maneras, creo que no debemos aprovechar esa oportunidad. Nuestra obligación es confiar a la policía el descubrimiento. No tenemos derecho a ocultarlo.

Sir Charles lo miró, burlón.

—Tiene usted madera de buen ciudadano, Satterthwaite. Pero yo no lo soy y, por lo tanto, no tendré ningún escrúpulo en reservarme mi descubrimiento durante un par de días. ¿No le parece? ¡Solo un par de días!

—Tenga usted en cuenta que Johnson es amigo mío y que ha sido muy amable con nosotros.

—Todo eso es verdad. Pero, al fin y al cabo, a nadie más que a mí se le ocurrió mirar debajo de la estufa. Esta idea no se les hubiese ocurrido nunca a ninguno de esos cabezotas que se llaman agentes. Pero, en fin, sea como usted quiera. ¿Dónde cree que está ahora Ellis?

—Supongo que consiguió lo que deseaba. Le pagaron para que desapareciese y ha desaparecido.

—Sí, creo que esa es la explicación. No me gusta nada este cuarto, Satterthwaite. Salgamos.

Capítulo VII

Plan de campaña

Sir Charles y Satterthwaite llegaron a Londres al día siguiente por la tarde. La entrevista con el coronel se llevó a cabo con mucho tacto. Crossfield no se mostró muy satisfecho al saber que «unos caballeros» habían encontrado lo que él y sus ayudantes no habían sabido ver antes. Tuvo sus dificultades para salvar las apariencias.

—Muy meritorio. Reconozco que nunca se nos ocurrió mirar debajo de la estufa. Si he de ser sincero, les diré que me extraña que se les ocurriese a ustedes.

Los dos amigos no entraron en detalles de cómo se les había ocurrido. «Fue husmeando en la habitación», explicó simplemente *sir* Charles.

—Lo que han encontrado no me sorprende —prosiguió el inspector—. Si Ellis no era culpable del crimen, era lógico suponer que, de un modo u otro, su desaparición obedeciera a alguna causa, y he pensado en la posibilidad de un chantaje.

Una cosa lograron con su descubrimiento y fue que Johnson se pusiera en comunicación con la policía de Loomouth. Se iba a hacer una investigación sobre la muerte de Stephen Babbington.

—Si el párroco murió también envenenado con nicotina, hasta Crossfield tendrá que convenir en que las dos muertes están relacionadas entre sí —afirmó *sir* Charles, mientras regresaban a Londres.

Todavía estaba un poco disgustado por haber tenido que entregar su descubrimiento a la policía.

Satterthwaite lo había consolado asegurándole que esa información no sería hecha pública o divulgada a la prensa.

—La persona culpable no tiene que sospechar nada. La caza de Ellis debe continuar.

Sir Charles tuvo que darle la razón.

Al llegar a Londres, le dijo a Satterthwaite que iba a ponerse en contacto con Egg. La carta de la muchacha tenía la dirección de Belgrave Square y esperaba encontrarla allí.

Satterthwaite aprobó su decisión. Él también deseaba ver a Egg. Así pues, los dos amigos convinieron en telefonearla tan pronto como llegasen a Londres.

Egg estaba todavía en la ciudad. Ella y su madre seguían en casa de unos amigos y no volverían a Loomouth hasta la semana siguiente. Los dos hombres convencieron fácilmente a la muchacha para que fuera a cenar con ellos.

—No creo que quiera venir aquí —dijo *sir* Charles echando una mirada a su elegante piso—. A su madre no le gustaría. Claro que la señorita Milray podría cenar con nosotros, pero preferiría que no. Confieso, si he de ser sincero, que la señorita Milray me carga un poco. Es una mujer tan eficiente en todo que me produce un complejo de inferioridad.

Satterthwaite sugirió que podrían cenar en su casa. Al fin, decidieron ir al Berkeley y, si a Egg no le gustaba, podrían ir a cualquier otro sitio.

La joven estaba más delgada. Sus ojos parecían agrandados por las ojeras, pero su encanto era mayor que nunca.

Lo primero que le dijo a *sir* Charles fue:

—Estaba segura de que vendría.

Su tono significaba: «Ahora que ha venido, todo irá bien».

Satterthwaite pensó: No estabas segura de que volviese, no lo estabas. ¡El miedo que habrás pasado! Y respecto a él, se dijo: ¿No se da cuenta este hombre? Los actores son lo suficientemente presuntuosos para… ¿No se da cuenta de que la chica está loca por él?

Aquella era una situación extraña. No le cabía la menor duda de que *sir* Charles estaba locamente enamorado de la joven. Ella le correspondía, y el lazo que les unía era un crimen, un repugnante doble crimen.

Durante la cena, se habló poco. *Sir* Charles contó algunas anécdotas de sus viajes por el extranjero. Egg habló de Loomouth.

Satterthwaite trataba de vez en cuando de animar la conversación cuando languidecía. Después de cenar, fueron a casa de Satterthwaite.

Estaba situada en Chelsea Embankment. Era una casa grande que contenía muchas y variadas obras de arte. Había cuadros, esculturas, porcelanas chinas, objetos prehistóricos, estatuillas de marfil, miniaturas y muebles Chippendale y Hepplewhite legítimos, todo lo cual daba una sensación agradable.

Egg no vio ni se fijó en nada. Dejó su abrigo sobre una silla y exclamó:

—¡Por fin! Ahora cuéntemelo todo.

Escuchó con gran interés el relato que le hizo *sir* Charles de sus aventuras en Yorkshire, conteniendo la respiración al llegar al momento en que encontraron las cartas.

—De lo que ocurrió después, solo podemos hacer conjeturas —terminó *sir* Charles—. Lo más probable es que Ellis recibiese el dinero que pedía por su silencio y que le facilitaran la huida.

—¡Oh, no! —exclamó Egg—. No lo entienden. Ellis ha muerto.

Los dos hombres la miraron sorprendidos, pero ella reiteró su afirmación.

—¡Claro que ha muerto! Por eso ha desaparecido sin dejar ningún rastro. Sabía demasiado y lo mataron. Ellis es seguramente la tercera víctima.

Aunque a ninguno de los dos hombres se le había ocurrido, tuvieron que admitir aquella posibilidad, ya que no era del todo absurda.

—Pero, veamos, mi querida niña —dijo *sir* Charles—. Está muy bien decir que Ellis ha muerto. Sin embargo, ¿dónde está el cuerpo? Un hombre de la corpulencia del mayordomo no se esconde así como así.

—No sé dónde estará su cuerpo. Hay mil sitios donde podría estar enterrado.

—No sé —murmuró Satterthwaite—, no sé…

—Sí, mil lugares —repitió Egg—. Nadie ha mirado en el desván. Hay muchos desvanes a los que nadie sube nunca. Es probable que esté metido en alguno de los baúles del desván.

—Poco probable, aunque de todas formas, es posible —admitió *sir* Charles—. Pero eso solo sería retrasar su descubrimiento.

—Los olores van hacia arriba, no hacia abajo. Se puede notar antes que hay un cuerpo en descomposición en la bodega que en el desván. Y aun así, durante un tiempo se atribuiría el olor a una rata muerta.

—Si su teoría se confirma —dijo Cartwright—, indicaría que el asesino es un hombre. Una mujer no puede llevar un cuerpo de un lado a otro de la casa. Aún para un hombre sería una verdadera demostración de fuerza.

—También hay otras posibilidades. Ya, sabe usted que hay un pasadizo secreto. La señorita Sutcliffe lo dijo y el mismo *sir* Bartholomew prometió que me lo enseñaría. Puede que el asesino, después de entregarle el dinero a Ellis, le indicara aquel camino para salir de la casa y, una vez dentro del pasadizo, lo mató. Una mujer puede hacerlo perfectamente. Tal vez lo apuñaló por la espalda o algo por el estilo. Luego no tendría más que dejar el cuerpo allí y marcharse. Nadie se enteraría jamás de nada.

Sir Charles movió la cabeza en señal de duda, pero ya no discutió la teoría de Egg. No le pareció inverosímil.

Satterthwaite estaba seguro de que a *sir* Charles le había asaltado la misma sorpresa cuando encontró las cartas en la habitación de Ellis. Recordó el estremecimiento de su amigo. Sin duda, en aquel momento se le ocurrió la idea de que Ellis pudiera haber muerto.

Si el mayordomo ha muerto es que nos hallamos ante un personaje peligroso… sí, muy peligroso, pensó Satterthwaite mientras un estremecimiento también le recorría el cuerpo. El que había matado tres veces no vacilaría en hacerlo una cuarta vez. Por lo tanto, Egg, *sir* Charles y él estaban en peligro. Si averiguaban demasiadas cosas…

La voz de *sir* Charles le arrancó de sus lúgubres pensamientos.

—Hay algo en su carta que no he comprendido bien, Egg. Dice usted que Oliver está en peligro, que la policía sospecha de él, y no veo la razón.

A Satterthwaite le pareció que Egg se turbaba y hasta la vio enrojecer.

¡Ah, ah!, se dijo. ¡A ver cómo salimos de esta, jovencita!

—Fue una tontería por mi parte —murmuró la joven—. Estaba inquieta. Pensé que, dada la manera en que llegó Oliver allí aquel

día, la policía podía creer que se trataba de un ardid y sospecharía de él.

Sir Charles aceptó de buen grado aquella explicación.

—Sí, comprendo.

—¿Se trataba realmente de un ardid? —preguntó Satterthwaite.

—¿Qué quiere usted decir?

—Fue un accidente muy extraño y pensaba que, de tratarse en efecto de un ingenioso ardid, usted seguro que lo sabría.

—No lo sé. No pensé nunca en ello. Pero ¿por qué, de no ser verdad, tenía Oliver que pretender que había sufrido un accidente?

—Tal vez tuvo alguna razón —intervino *sir* Charles, sonriendo —. Desde luego, una razón natural.

De nuevo, Egg enrojeció.

—¡Oh, no! ¡No!

Cartwright suspiró.

Seguramente, pensó Satterthwaite, había interpretado mal aquel rubor.

Sir Charles parecía más triste y viejo cuando habló de nuevo.

—Entonces, si nuestro amigo no corre ningún peligro, ¿qué pinto yo en todo esto?

Egg se acercó a él y le cogió la mano.

—¿Verdad que no va usted a marcharse otra vez? Tiene que descubrir la verdad. Solo usted es capaz de descubrirla.

Estaba excitadísima. Su viveza juvenil contrastaba con la grave majestuosidad de la estancia.

—¿Cree usted en mí? —preguntó el actor conmovido.

—¡Sí, sí! Nosotros descubriremos toda la verdad, usted y yo.

—¿Y Satterthwaite?

—¡Sí, claro! Y el señor Satterthwaite —añadió Egg sin mucha convicción.

Satterthwaite sonrió. Tanto si la muchacha pensaba incluirle como si no, él no pensaba quedarse al margen del asunto. Le encantaban los misterios y le gustaba sobremanera observar la naturaleza humana. Además, tenía debilidad por los enamorados. Y los tres gustos podrían verse satisfechos en aquel caso.

Cartwright se sentó. Su voz cambió de tono. En aquel momento, era el director que dirigía una película de misterio.

—Ante todo hemos de aclarar la situación. ¿Creemos o no que la

misma persona mató a Babbington y a Strange?

—Sí —contestó Egg.

—Sí —repitió Satterthwaite.

—¿Creemos que el segundo crimen es consecuencia del primero? ¿Es decir, que Strange fue asesinado para impedir que revelara algo acerca del primer asesinato o sus sospechas?

—Sí —contestaron Egg y Satterthwaite al unísono.

—Entonces hemos de investigar el primer crimen, no el segundo.

Egg asintió.

—En mi opinión, mientras no descubramos el motivo del primer asesinato, no daremos con el asesino. Esto será muy difícil. Babbington era un hombre muy bondadoso. Parece imposible que tuviese un solo enemigo. Sin embargo, fue asesinado y debe de existir algún motivo para ello. El motivo es lo que tenemos que descubrir.

Se detuvo unos instantes y luego prosiguió con su voz de siempre:

—¿Qué motivos puede haber para matar a una persona? En primer lugar, la codicia.

—La venganza —murmuró Egg.

—La manía homicida —dijo Satterthwaite—, puesto que *le crime passionel* no cuenta en este caso. Pero se puede también matar por miedo.

Cartwright asintió. Iba tomando nota de todo en un papel.

—¡Eso es! Primero, la codicia. ¿Iba a beneficiarse alguien con la muerte de Babbington? ¿Tenía dinero o alguna esperanza de obtenerlo?

—Me parece muy improbable —contestó Egg.

—A mí también, pero creo que sobre ese punto nos informará mejor la señora Babbington. Luego viene la venganza. ¿Hizo Babbington algo malo a alguien, quizá en su juventud? ¿Se casó con la mujer que deseaba otro? Tendremos que investigar eso también. Sigue ahora la manía homicida. ¿Fueron asesinados Babbington y Tollie por un loco? Creo que esa teoría se cae por su propio peso. Hasta los crímenes de un loco tienen algo razonable. Quiero decir que un lunático puede creerse escogido por Dios para exterminar a todos los médicos o a todos los curas, pero nunca a los dos. Queda, pues, el miedo. A mí, francamente, esa me parece la suposición más

razonable de todas. Babbington sabía algo de alguien a quien conocía y fue asesinado para evitar que contase algo.

—No creo que Babbington conociese nada que pudiese perjudicar a ninguno de los que asistieron a la fiesta —intervino Egg.

—Quizá fuese —dijo *sir* Charles— alguna cosa que ni él mismo supiera que sabía. —Intentó aclararlo un poco mejor—. Es difícil explicar lo que quiero decir. Supongamos, por ejemplo (es solo un ejemplo), que Babbington, en cierto tiempo, viera a cierta persona en un lugar determinado. Él no ve ningún motivo para que esa persona no deba estar allí. Pero supongamos que hubiera probado, mediante una coartada, que en esa época estaba a cien millas de aquel lugar. Pues bien, en cualquier momento el viejo Babbington, con la mayor inocencia del mundo, podría destruirla.

—¡Ya comprendo! —interrumpió Egg—. Por ejemplo, que se hubiera cometido un crimen en Londres y Babbington viera al asesino en la estación de Paddington, pero el hombre hubiera probado que no era el criminal con la coartada de que en aquellos momentos estaba en Leeds. Babbington, por lo tanto, estaba en posición de echar por tierra la coartada.

—¡Eso es lo que quiero decir! Desde luego, se trata solo de una suposición. También podría ser que aquella noche viera a alguien a quien conociera con otro nombre.

—Quizá tenga algo que ver con una boda. Los curas casan a infinidad de gente. Podría ser alguien casado con dos mujeres a la vez.

—O acaso se tratase de un nacimiento o de una muerte —sugirió Satterthwaite.

—Hay un abanico muy amplio de posibilidades. Lo mejor será empezar a la inversa. Hagamos una lista para saber quiénes estaban en la fiesta de *sir* Charles y quiénes en la de *sir* Bartholomew —dijo Egg.

Cogió el papel y el lápiz que tenía Cartwright.

—Los Dacres estaban en las dos. Aquella mujer con cara de pasa, ¿cómo se llama…? ¡Ah, sí! Wills. La señorita Sutcliffe…

—A Angela déjela aparte —le interrumpió *sir* Charles—. La conozco desde hace muchos años.

Egg le miró, disgustada.

—No podemos hacer eso. No hay que descartar a las personas que conocemos. Tenemos que ser como los profesionales. Además, yo no sé nada de Angela Sutcliffe. Lo mismo pudo haber sido ella que cualquier otro. Es más, me parece más sospechosa que los otros. Todas las actrices suelen tener algo turbio en su pasado.

Miró retadora a *sir* Charles.

—Entonces —preguntó el actor—, ¿tampoco excluiremos a Manders?

—¿Cómo iba a ser Oliver el criminal? Conocía desde hace mucho tiempo al señor Babbington.

—Estuvo en las dos fiestas y su llegada a casa de *sir* Bartholomew es un poco extraña, casi diría que algo más que sospechosa.

—Perfectamente, entonces también añadiré el nombre de mamá y el mío, así seremos seis sospechosos.

—Yo no creo…

—Hemos de hacer las cosas bien o no hacerlas.

La furia brilló en los ojos de la joven.

Satterthwaite trató de imponer paz ofreciéndoles una copa.

Cartwright se fue a un rincón y se puso a contemplar el busto de un negro. Egg se acercó a Satterthwaite y le cogió por un brazo.

—He sido una estúpida al no dominarme —murmuró—. Soy una imbécil. Pero ¿por qué excluir a esa mujer? ¿Tan seguro está de su inocencia? ¡Dios mío! ¿Por qué diablos seré tan celosa?

Satterthwaite le estrechó la mano sonriendo.

—Los celos son contraproducentes, hija mía. Si alguna vez los siente, procure no demostrarlos. A propósito, ¿cree usted que puede sospecharse del joven Manders?

Egg hizo una mueca infantil que desde luego disipaba las dudas.

—¡Claro que no! Si lo he dicho ha sido para no alarmarle. —Miró a *sir* Charles, que seguía estudiando con atención la escultura del negro—. No quiero que crea que voy detrás de él, pero tampoco quiero que suponga que estoy enamorada de Oliver porque no lo estoy. ¡Qué difícil es esto! Ya está de nuevo con su: «Le ruego, mi querida niña». No lo soporto.

—Tenga paciencia —le aconsejó Satterthwaite—. Ya sabe que al final siempre se arregla todo.

—Yo no soy paciente. A mí me gusta conseguir las cosas

inmediatamente, o lo antes posible.

Satterthwaite se echó a reír. *Sir* Charles se volvió hacia ellos.

Ultimaron un plan de campaña. *Sir* Charles volvería a Crow's Nest, para la cual todavía no había encontrado comprador. Egg y su madre regresarían a su casa antes de lo que pensaban. La señora Babbington seguía viviendo en Loomouth. Obtendrían toda la información que necesitaban y podrían empezar a actuar de acuerdo con los datos conseguidos.

—Tendremos éxito —exclamó Egg—. Estoy segura.

Se inclinó hacia Cartwright y levantó su copa.

—Brindemos por nuestro éxito —propuso.

Lentamente, muy lentamente, con los ojos fijos en los de Egg, *sir* Charles se llevó la copa a los labios.

—Por el éxito y por el futuro.

TERCER ACTO

DESCUBRIMIENTO

Capítulo I

La señora Babbington

La señora Babbington se había trasladado a una casa de pescadores cerca del puerto. Esperaba a una hermana que llegaría de Japón dentro de seis meses. Hasta entonces, no podía hacer ningún plan para el futuro. Dio la casualidad de que la casa estaba desocupada y la alquiló por seis meses. La conmoción que recibió por la muerte de su marido fue demasiado brusca y no tuvo fuerzas para marcharse de Loomouth. Stephen Babbington y ella habían vivido en el pueblo durante diecisiete años. Todo aquel tiempo había transcurrido feliz y apacible para ellos, a pesar del dolor que les produjo la muerte de su hijo Robin. En cuanto a sus demás hijos, Edward estaba en Ceilán; Lloyd, en Sudáfrica y Stephen era tercer oficial en el *Angolia*. Escribían a su madre con frecuencia, pero no estaban en disposición de ofrecerle un hogar ni su compañía. Margaret Babbington estaba, pues, muy sola.

Lo que no significa que estuviese inactiva. Siempre estaba ocupada en la parroquia porque el nuevo vicario era soltero, y el resto del día lo pasaba en el jardín de su casa, cuidando las plantas. Era una mujer para quien las flores formaban parte de su vida.

Una tarde, mientras trabajaba en el jardín, oyó que abrían la verja y, al alzar la mirada se encontró con Cartwright y Egg.

Margaret no se sorprendió al ver a Egg. Sabía que la muchacha y su madre tenían que volver pronto, pero sí le extrañó verla acompañada de *sir* Charles. Había corrido el rumor de que se había ido del pueblo para siempre. Los periódicos publicaron la noticia de su marcha al sur de Francia. En el jardín de Crow's Nest se veía un letrero que rezaba: EN VENTA. Nadie, pues, esperaba el regreso de *sir*

Charles.

La señora Babbington apartó un mechón que le caía sobre la sudorosa frente y luego se miró las manos llenas de tierra.

—Siento no darles la mano. Ya sé que debería trabajar con guantes. Algunas veces me los pongo, pero siempre acabo quitándomelos. Las cosas se hacen mucho mejor con las manos desnudas.

Les hizo entrar en la casa. El salón era pequeño, pero confortable. En las paredes colgaban fotografías y por todas partes se veían jarrones con crisantemos de diversos colores.

—¡Es una sorpresa verle a usted por aquí, *sir* Charles! Creí que se había marchado de Crow's Nest para siempre.

—Yo también lo creía, señora Babbington, pero a veces el destino es más fuerte que nosotros.

La viuda no contestó. Se volvió hacia Egg, quien se anticipó a la pregunta.

—No hemos venido solo de visita de cortesía. *Sir* Charles y yo tenemos que decirle algo muy importante. No quisiéramos apenarla.

La mujer miró muy seria a sus dos visitantes.

—Ante todo —dijo Cartwright—, me interesa saber si ha recibido usted alguna comunicación del Ministerio del Interior.

La señora Babbington asintió.

—Bueno, eso hará menos penoso lo que tenemos que decirle.

—¿Han venido ustedes por la orden de exhumación?

—Sí. Comprendo que para usted debe de ser una cosa muy triste.

El tono simpático de Cartwright serenó a la viuda.

—No crea usted que me emociona demasiado. Para mucha gente, la idea de la exhumación es algo espantoso. Sin embargo, no es el cuerpo muerto lo que importa. Mi pobre marido está ahora en un lugar mucho más apacible, donde nadie turbará su reposo. No, no ha sido eso lo que me ha conmovido, sino la idea, la terrible idea de que Stephen no muriese de muerte natural. ¡Parece imposible!

—Comprendo que le suceda esto. A nosotros nos pasó lo mismo al principio.

—¿Qué quiere decir con lo de «al principio», *sir* Charles?

—Pues que la misma noche en que murió su marido, sospeché que aquella muerte no era natural. Sin embargo, como a usted, la

idea me pareció tan descabellada y absurda que la deseché inmediatamente.

—Yo también lo pensé —intervino Egg.

—¿Tú también? —La señora Babbington miró, extrañada, a la joven—. ¿Tú pensaste que alguien podía haber asesinado a mi marido?

Era tan grande la incredulidad que se reflejaba en su voz, que ninguno de los dos visitantes sabía cómo proseguir. Al fin, Cartwright volvió a tomar la palabra.

—Como usted sabe, señora Babbington, me marché al extranjero. Me encontraba en el sur de Francia, cuando leí en los periódicos que mi amigo *sir* Bartholomew Strange había muerto en circunstancias semejantes a las de su marido. Además, recibí una carta de la señorita Lytton Gore contándomelo todo.

Egg asintió.

—Se celebraba una fiesta. Egg estaba en ella y dice que ocurrió todo exactamente igual. Murió a los dos o tres minutos.

Margaret meneó la cabeza desconsolada y lentamente.

—No puedo comprenderlo. ¡*Sir* Bartholomew era un hombre tan bueno! ¿Quién desearía ningún mal a esos dos hombres? Tiene que ser una equivocación, no cabe duda.

—Se ha comprobado, *sir* Bartholomew murió envenenado.

—Entonces, ha sido cosa de un loco.

—Señora Babbington, quiero desentrañar el misterio que rodea a esas dos muertes. Quiero descubrir la verdad. Creo, pues, que no hay tiempo que perder. En cuanto la noticia de la exhumación se haga pública, nuestro criminal estará alerta. Supongamos, para ahorrarnos tiempo, que el resultado de la autopsia es que su marido murió envenenado. ¿Sabían ustedes algo sobre el empleo de la nicotina pura?

—Yo empleo una solución de nicotina para rociar los rosales. No sabía que fuese veneno.

—Supongamos que en los dos casos se empleara el alcaloide puro. Los envenenamientos por nicotina no son corrientes.

—No sé ni una palabra de eso. Sin embargo, creo que los grandes fumadores pueden terminar así.

—¿Fumaba su marido?

—Sí.

—Ahora, escúcheme bien. Usted ha demostrado incredulidad ante la sugerencia de que alguien pudiera desearle mal alguno a su marido. ¿Quiere decir con eso que no tenía ningún enemigo?

—Estoy segura de que Stephen no tenía enemigos. Todo el mundo le quería. A veces, la gente se burlaba un poco de él. —Sus ojos se humedecieron—. ¡Le asustaban tanto las innovaciones! Pero todo el mundo le quería. Era imposible no querer a Stephen.

—Supongo que su marido no habrá dejado mucho dinero.

—No, casi nada. Stephen no era ahorrador. Enseguida lo gastaba todo. Yo siempre le reñía por eso.

—¿Tenía esperanzas de recibir alguna herencia? ¿Era, acaso, heredero de alguna propiedad?

—¡Oh, no! Stephen no tenía apenas familia, solo una hermana que está casada con un sacerdote en Northumberland, pero andan mal de dinero. Todos los demás murieron.

—No parece, pues, que haya nadie que se beneficiara económicamente con su muerte.

—No, desde luego.

—Volvamos otra vez a lo de los enemigos. Usted dice que no tenía ninguno, pero probablemente pudo tenerlos de joven.

—Lo creo muy improbable. Mi marido no era de naturaleza pendenciera. Se llevaba bien con todo el mundo.

—Perdone usted la pregunta. —*Sir* Charles carraspeó—. Cuando se casó con usted, ¿la quería algún otro hombre?

Hubo un perceptible parpadeo en los ojos de la viuda.

—Stephen era el vicario auxiliar de mi padre. Fue el primer hombre joven que vi cuando llegué a casa de regreso del colegio. Nos enamoramos enseguida. Estuvimos comprometidos durante cuatro años. Luego se fue a Kent y pudimos casarnos. Nuestro amor fue muy sencillo y muy feliz.

Ahora le tocó a Egg interrogarla.

—¿Cree usted, señora Babbington, que su marido había visto, antes de la fiesta, en alguna otra ocasión, a alguno de los invitados de *sir* Charles?

—¡Claro! Puesto que estaban ustedes, su madre y el joven Oliver Manders.

—Sí, pero quiero decir a alguno de los demás.

—Cinco años atrás habíamos visto los dos a Angela Sutcliffe en

un teatro de Londres. Tanto Stephen como yo estábamos muy emocionados al saber que íbamos a verla de cerca.

—¿No la volvieron a ver después?

—No. Nunca habíamos tenido ocasión de tratar a ningún actor o actriz hasta que el señor Cartwright vino aquí, lo que causó mucho revuelo. No creo que *sir* Charles alcance a imaginar lo que su llegada aquí significó: un soplo de romanticismo en nuestras vidas.

—¿No conocía al capitán y a la señora Dacres?

—¿Aquel hombre que solo hablaba de caballos y la señora que llevaba un traje tan bonito? No. Ni tampoco a la otra mujer, esa que escribe obras de teatro. ¡Pobre muchacha, desentonaba!

—¿Está usted segura de que no había visto antes a ninguno de los invitados?

—Estoy completamente segura, como también lo estoy de que Stephen tampoco sabía quiénes eran. Siempre habíamos ido juntos a todas partes. No salíamos el uno sin el otro.

—¿Él no le dijo nada antes, nada en absoluto, de las personas que iban a encontrar en casa de *sir* Charles o bien cuando las vio? —insistió Egg.

—Antes no me dijo nada, excepto que esperaba pasar una velada divertida. Cuando llegamos allí, no tuvo tiempo.

El rostro de la mujer se descompuso.

—Perdóneme usted —dijo Cartwright rápidamente— por molestarla de esta manera. Pero es que estamos convencidos de que tiene que haber algún motivo. Si pudiéramos descubrirlo. Tiene que haber una razón que justifique ese horrible y absurdo crimen.

—Lo comprendo. Si fue un asesinato, debe existir algún motivo. Pero no lo conozco ni me imagino cuál puede ser.

Durante unos minutos, reinó un profundo silencio en el salón. Luego, Charles preguntó:

—¿Puede usted hacerme un breve resumen de la vida de su marido?

La mujer tenía una memoria privilegiada para recordar fechas. Las notas que tomó Cartwright fueron las siguientes:

Stephen Babbington, nacido en Islington, Devon, en 1868. Estudió en el colegio de St. Paul y después en Oxford. Recibidas las órdenes menores, ocupó una plaza en la parroquia de Hoxton, en 1891. Fue ordenado sacerdote en 1892. Desde 1894 a 1899 ejerció

como vicario de Islington, Surrey, como auxiliar del reverendo Vernon Lorrimer. Se casó con Margaret Lorrimer en 1899 y pasó a ocupar la parroquia de Gilling, Kent. En 1916 fue trasladado a la de St. Petroch, Loomouth.

—Espero que esto nos sirva para empezar. Creo que donde acaso obtengamos algo es en Gilling. Antes de ocupar esa parroquia, me parece muy improbable que anteriormente su marido llegara a conocer a ninguno de los que fueron invitados a mi fiesta.

La señora Babbington se estremeció.

—¿Cree usted de veras que alguno de ellos…?

—No me atrevo a pensar nada. Bartholomew vio y sospechó algo, y murió de la misma manera, y cinco…

—Siete —corrigió Egg.

—Sí, siete de los invitados estaban presentes también. Uno de ellos debe ser el culpable.

—¿Por qué? ¿Qué interés tendría ninguno de ellos en matar a Stephen?

—Eso —dijo *sir* Charles— es lo que estamos tratando de averiguar.

Capítulo II

Lady Mary

Satterthwaite había vuelto a Crow's Nest con *sir* Charles. Mientras su anfitrión y Egg iban a visitar a la señora Babbington, él tomaba el té con *lady* Mary.

La dama se sentía atraída por Satterthwaite. A pesar de sus exquisitos modales, era una mujer de criterios muy definidos sobre los que le gustaban o los que no.

Satterthwaite tomaba té chino en una taza de porcelana de Dresde, mientras comía un minúsculo emparedado y charlaba. En su última visita, descubrieron que tenían varias amistades en común. Aquella tarde la conversación empezó por ellas, pero, poco a poco, se encauzó por caminos más íntimos. Satterthwaite era una persona muy simpática que escuchaba con atención las preocupaciones de los demás, sin hablar de las suyas. En su anterior visita, *lady* Mary ya encontró natural hablarle de lo mucho que le preocupaba el porvenir de su hija y ahora le hablaba como si se tratase de un amigo de toda la vida.

—Egg es muy testaruda. Cuando una cosa se le mete en la cabeza, se entrega a ella en cuerpo y alma. No me gusta lo más mínimo que se enrede en este triste asunto. Cuando se lo digo se echa a reír, pero, la verdad, no me parece propio de una señorita.

A medida que hablaba, iba enrojeciendo. Sus ojos bondadosos e ingenuos miraban a Satterthwaite como pidiéndole ayuda.

—Comprendo lo que usted quiere decir. Si le he de ser sincero, a mí tampoco me gusta. Ya sé que eso es sencillamente un prejuicio pasado de moda, pero no puedo evitarlo. Sin embargo, no debemos esperar que los jóvenes se queden en casa y se estremezcan ante los

crímenes y violencias propios de esta época permisiva en que nos ha tocado vivir.

—A mí no me gusta pensar en asesinatos. Nunca me imaginé, ni hubiera soñado nunca que me vería mezclada en un suceso así. ¡Fue espantoso! —Se estremeció—. ¡Pobre *sir* Bartholomew!

—No le había tratado mucho, ¿verdad?

—Solo lo había visto dos veces. La primera, hace un año, cuando vino a pasar un fin de semana con *sir* Charles. La segunda fue aquella terrible noche en que murió el pobre Babbington. Cuando recibí la invitación para asistir a su fiesta, me quedé sorprendidísima. Acepté por Egg. ¡A ella le gustan tanto esas cosas! ¡La pobre tiene tan poca vida social! Además, estaba últimamente un poco callada y no parecía sentir interés por nada. Pensé que le convendría asistir a la fiesta.

Satterthwaite asintió con un suave gesto.

—Cuénteme algo de Oliver Manders. Ese joven me interesa bastante.

—Creo que es un chico inteligente. La vida no ha sido fácil para él. —*Lady* Mary enrojeció y, en respuesta a la interrogadora mirada del señor Satterthwaite, continuó—: Sus padres no estaban casados.

—¿De veras? No tenía la menor idea de ello.

—Aquí todo el mundo lo sabe. De no ser así, no le diría a usted nada. La anciana señora Manders, la abuela de Oliver, vivía en Dunboyne, esa casa tan grande de la carretera de Plymouth. Su marido era abogado. Tuvieron un hijo y una hija. El hijo se fue a Londres e ingresó en una empresa importante. Hoy en día es un hombre rico. La hija, una muchacha muy hermosa, se enamoró locamente de un hombre casado. Yo la reñí muchas veces. Al final, después de un gran escándalo, huyeron juntos. La mujer de él no quiso divorciarse. La muchacha murió tras el nacimiento de Oliver, que fue recogido por su tío de Londres. Él y su mujer no tenían hijos. El muchacho repartía su tiempo entre ellos y su abuela. Las vacaciones de verano las pasaba todos los años aquí. A mí siempre me ha dado mucha lástima. Creo que esos modales suyos tan afectados están, en gran parte, motivados por su nacimiento.

—No me extrañaría. Se las da de divino, alardeando constantemente de su superioridad. Presiento que actúa así porque en su interior se siente inferior a los demás.

—Es muy extraño.

—El sentimiento de inferioridad es uno de los más complejos. El afán de crearse una personalidad a veces suele estar detrás de muchos crímenes.

—Todo eso parece muy extraño —repitió ella.

Satterthwaite la miró. Le gustaba su figurilla graciosa, sus ojos de un gris suave y la ausencia absoluta de todo maquillaje. Entonces pensó: De joven debió de ser una belleza, pero no una belleza llamativa como la de la rosa, sino más bien la de una modesta y encantadora violeta, ocultando su dulzura con decoro.

Poco a poco fue recordando incidentes de su propia juventud y, sin darse cuenta, empezó a hablar del único amor que había tenido. Muy poca cosa es un solo amor para la juventud moderna, que los tiene a docenas, pero para él era algo muy dulce.

Le habló de la belleza de la muchacha y de una excursión al campo. Se habían sentado en un prado cubierto de margaritas y estaba dispuesto a declarársele, creyendo que ella compartía sus sentimientos. Pero, mientras jugueteaban con las flores, la joven le confió que amaba a otro. Contuvo entonces las palabras que iban a salir de su corazón y, desde aquel momento, solo fue «el amigo fiel» de su adorada.

No fue una gran pasión, pero se ajustaba al ambiente de cretonas y porcelana que se respiraba en el saloncito de *lady* Mary.

Luego ella habló de su propia vida, de su vida de casada, que no había sido nada feliz.

—Yo, como todas las muchachas, fui una loca. De jóvenes, todas creemos que nadie sabe las cosas mejor que nosotras. Se ha escrito mucho sobre la intuición femenina. No creo que exista tal intuición. Nada hay que prevenga a las muchachas contra cierta clase de hombres. Sus padres les advierten, sí, pero ninguna hace caso. Aunque parezca extraño, lo cierto es que a las muchachas les gustan los hombres de vida turbulenta. Todas piensan lo mismo, que su amor los reformará.

Satterthwaite asintió.

—¡De joven se sabe tan poco de la vida! Cuando se adquiere experiencia, es demasiado tarde y entonces ya no hay remedio.

La dama lanzó un suspiro.

—Sí, fue culpa mía —continuó—. Mi familia me aconsejó que no

me casara con Ronald. Era de buena cuna, pero tenía muy mala reputación. Mi padre afirmó que era un bala perdida. No le creí. Pensé que lograría reformarlo.

Permaneció pensativa unos instantes, como reviviendo su pasado.

—Ronald era un hombre fascinador. Sin embargo, mi padre tenía toda la razón, como se demostró muy pronto. Aunque sea una expresión pasada de moda, le diré que me destrozó el corazón. Sí, me lo destrozó. No sé qué hubiese sucedido si no hubiera muerto.

Satterthwaite, siempre interesado en las vidas ajenas, carraspeó con emoción.

—Sé que no debo decir una cosa así, pero es verdad. Cuando murió a consecuencia de una pulmonía, sentí un gran alivio, no porque no lo quisiese, sino que, por el contrario, lo amé hasta el último momento, pero ya no me hacía ilusiones. Además, tenía a Egg… —Su voz se hizo más ahogada—. ¡Era una cosa tan graciosa! ¡Estaba gordísima! Había que verla rodando por el suelo cada vez que intentaba ponerse de pie: igual que un huevo. De allí le viene el nombre de Egg.

Hizo otra pausa y continuó.

—He leído algunos libros de psicología en estos últimos años que me han tranquilizado. Según parece, aunque queramos, no somos capaces de hacer nada para cambiarlo, cuando en nosotros hay como una especie de mancha o de locura. Por ejemplo, de niño, Ronald robó dinero en el colegio, un dinero que no necesitaba. Casos así los hay en las familias más decentes. Ahora comprendo que no podía hacer nada por cambiar. Había nacido con aquella tara.

Lady Mary se secó los ojos con un pañuelito.

—Pero yo lo ignoraba —siguió la dama—. Yo creía entonces que cada persona podía y sabía distinguir entre el bien y el mal. Ahora comprendo que no es así.

—El alma humana es un gran misterio —opinó Satterthwaite—. Por ejemplo, si usted y yo dijéramos exaltados: «¡Cómo odio a esa persona! ¡Ojalá se muera!», la idea desaparecería de nuestras mentes tan pronto como se apagaran las palabras. En cambio, en otras personas la idea se convierte en una obsesión, intensificando aquel deseo.

—Me temo que esto es demasiado profundo para mí.

—Lo siento, creo que he hablado de forma muy técnica.

—¿Quiere usted decir que la gente joven se controla con mucha dificultad hoy en día?

—No, no, no quería decir esto. Un poco menos de control es una buena cosa en su conjunto. Supongo que está pensando en la señorita Egg.

—Creo que sería mejor que la llame Egg.

—Gracias. Llamarla señorita Egg suena un poco ridículo.

—Egg es una criatura impulsiva y, una vez se le ha metido algo en la cabeza, nada puede detenerla. Como le he dicho antes, me disgusta mucho que se mezcle en este asunto, pero no quiere hacerme caso ni me escucha.

Satterthwaite sonrió ante el tono de *lady* Mary y pensó para sí: Me pregunto si sospecha ni por un instante que todo ese interés de Egg por el crimen no es más que una nueva variante del viejo juego entre el macho y la hembra. Se horrorizaría de saberlo.

—Egg dice —siguió ella— que el señor Babbington también murió envenenado. ¿Cree usted que es verdad, o se trata de una fantasía de Egg?

—Eso se sabrá después de la exhumación.

—¿Van a desenterrarlo? —La dama se estremeció—. ¡Pobre señora Babbington, será terrible para ella! No llego a imaginarme nada más espantoso y macabro para una mujer.

—Supongo que usted conocía íntimamente a los Babbington, ¿verdad, *lady* Mary?

—Sí, ¡claro!, somos… éramos muy amigos.

—¿Sabe de alguien que tuviera algún resentimiento contra él?

—No.

—¿No habló nunca él al respecto?

—No.

—¿El matrimonio se llevaba bien?

—Estaban muy compenetrados. Eran felices. No tenían mucha salud, sobre todo el señor Babbington, que padecía artritis. Esas eran sus únicas preocupaciones.

—¿Y Oliver Manders? ¿Cómo se llevaba con el párroco?

—Verá… —*Lady* Mary dudó un momento—. Los Babbington sentían una gran compasión por Oliver. Durante las vacaciones, el

muchacho pasaba mucho tiempo en la rectoría jugando con los hijos del párroco, aunque no creo que se llevaran muy bien. Oliver no era simpático. Alardeaba demasiado del dinero que tenía y de lo bien que se lo pasaba en Londres. A los niños eso no les gusta.

—¿Y luego, cuando se hizo mayor?

—No creo que los de la rectoría le vieran mucho. Un día se encontraron en mi casa Oliver y el señor Babbington. Manders se portó brutalmente con el capellán. De eso hace dos años.

—¿Qué ocurrió?

—Oliver atacó el cristianismo. El señor Babbington le escuchó, paciente. Pero aquello, en lugar de calmar a Oliver, le irritó más. «Todos ustedes, los religiosos», dijo, «me miran mal porque mis padres no estaban casados. Seguro que me llaman hijo del pecado. Pues bien, yo admiro a los que defienden sus convicciones y no se preocupan de lo que piensen un puñado de hipócritas y de curas». El señor Babbington no contestó. Oliver continuó: «No me quiere contestar, ¿verdad? El clero y las supersticiones son los culpables del atraso de mucha gente. Quisiera borrar del mapa todas las iglesias del mundo». El señor Babbington sonrió y dijo: «¿Y a los pastores también?». Creo que fue la sonrisa lo que más le irritó a Oliver. Al comprender que no le tomaban en serio, exclamó: «Odio a la Iglesia, su hipocresía, todo…». El señor Babbington le interrumpió, sonriendo. Tenía una sonrisa muy dulce. «Mira, muchacho, aunque limpiases de iglesias el mundo entero, aún tendrías que reconocer que existe Dios mal que te pese».

—¿Qué contestó Manders?

—Pareció confundido. Pero luego, dominándose, siguió con sus burlones modales: «Creo que todas las cosas que he dicho no son fáciles de asimilar para los de su generación».

—A usted no le es simpático el joven Manders, ¿verdad, *lady* Mary?

—Me da mucha pena.

—Pero no le gustaría que se casara con Egg, ¿verdad que no?

—¡Oh, no!

—¿Por qué?

—Porque… porque no es un muchacho bueno y porque…

—Siga usted.

—No sé, porque hay algo en él que no comprendo. Algo frío.

Satterthwaite la miró pensativo unos instantes y al fin preguntó:

—¿Qué es lo que pensaba de él *sir* Bartholomew? ¿Lo nombró alguna vez?

—Dijo, ahora recuerdo, que Manders era un caso digno de estudio. Le recordaba a un paciente que estaba en su sanatorio. Yo le dije que Oliver parecía gozar de una perfecta salud, pero él me contestó: «Sí, su salud es excelente, pero si sigue corriendo en su motocicleta, pronto dejará de serlo». —Hizo una pausa y añadió—. Creo que *sir* Bartholomew tenía fama de ser un neurólogo excelente.

—A mí me resultaba muy simpático.

—¿Le dijo a usted algo sobre la muerte de Babbington?

—No.

—¿La aludió alguna vez?

—Creo que no.

—Sé que será difícil para usted contestarme a la pregunta que voy a hacerle, ya que no lo conocía íntimamente. ¿Cree usted que *sir* Bartholomew tenía alguna preocupación la noche de su muerte?

—Parecía estar de muy buen humor. Al ir a cenar, me dijo que aquella noche me daría una sorpresa.

—Y se la dio, ¿verdad?

Poco después se despidieron.

Camino de Crow's Nest, Satterthwaite iba pensando en aquellas palabras.

¿Cuál sería la sorpresa que *sir* Bartholomew tenía preparada a sus invitados?

¿Sería tan grata como él pretendía?

¿O tras aquella aparente alegría se escondía un propósito determinado? ¡Quién sabe!

Capítulo III

Reaparición de Hércules Poirot

—Seamos sinceros —dijo *sir* Charles—, ¿hemos conseguido algo?

Era un consejo de guerra. Cartwright, Satterthwaite y Egg se encontraban en la sala camarote. En la chimenea ardía un alegre fuego. Fuera bramaba el vendaval. Satterthwaite y Egg contestaron a la pregunta.

—No —dijo Satterthwaite.

—Sí —respondió Egg.

Charles miró primero a uno y después al otro. Satterthwaite indicó que la joven debía hablar primero.

La muchacha permaneció silenciosa unos instantes, mientras ponía en orden sus pensamientos.

—Estamos más cerca de la meta que antes —opinó—. Estamos más cerca porque no hemos descubierto nada. Esto sonará a desatino, pero no lo es. Lo que quiero decir es que teníamos algunas ideas vagas y ahora, en cambio, sabemos que algunas de esas ideas son falsas.

—Proceso de eliminación —intervino *sir* Charles.

—Eso es.

Satterthwaite carraspeó. Le gustaba dejar las cosas claras.

—El móvil de la codicia podemos descartarlo definitivamente. Diré, como en las novelas de misterio, que no se ve por ninguna parte quién podría obtener algún provecho de la muerte de Babbington. La venganza también parece estar fuera de lugar. Aparte de su carácter bondadoso y apacible, dudo que tuviese la suficiente importancia para crearse enemigos. Por lo tanto, volvemos a aquella idea vaga del principio: el miedo. Con la muerte

del clérigo alguien intentaba protegerse.

—Me parece lo más lógico —convino Egg.

Satterthwaite estaba encantado consigo mismo. *Sir* Charles tenía el aspecto de estar un poco disgustado. Él era la figura principal en aquel asunto y no un invitado.

—Lo interesante es decidir ahora lo que tenemos que hacer —continuó Egg—. ¿Vamos a seguirles la pista a todos o qué? ¿Nos disfrazamos para hacerlo?

—Mi querida niña, estoy harto de disfrazarme de cien maneras en el teatro.

—¿Entonces qué…? —empezó Egg.

Pero se abrió la puerta y Temple anunció:

—El señor Hércules Poirot.

El detective entró sonriente y saludó a los tres.

—¿Me permiten asistir a esta reunión? Porque, si no me equivoco, se trata de una reunión, ¿verdad?

—Nos alegramos mucho de tenerle aquí —dijo *sir* Charles, repuesto de la sorpresa y, después de estrechar la mano de su amigo, le hizo sentar en un sillón—. ¿De dónde ha salido usted tan de repente, *monsieur* Poirot?

—Verá: fui a ver a mi amigo, el señor Satterthwaite a Londres. Allí me dijeron que estaba en Cornualles. *Eh bien*, saltaba a la vista dónde había ido. Entonces cogí el primer tren para Loomouth y aquí me tienen sin previo aviso.

—Pero ¿por qué ha venido? —preguntó Egg—. Vamos, quiero decir… —continuó, comprendiendo lo descortés de sus palabras—, si ha venido usted por alguna razón particular.

—He venido para admitir un error —respondió. Miró sonriente a *sir* Charles y, abriendo los brazos, empezó—: *Monsieur*, fue en esta misma habitación en la que usted confesó que no estaba satisfecho. Y yo, pensando que era debido a su temperamento dramático, me dije: Como es un gran actor, a toda costa quiere que haya un drama. Parecía increíble que un caballero como el señor Babbington, viejo y bondadoso, muriera de otra muerte que no fuera la natural. Aún ahora no comprendo cómo pudo administrarse el veneno, ni veo tampoco ningún motivo para ello. Parece absurdo, fantástico. Y lo más extraño es que ha ocurrido otra muerte en circunstancias similares. Por tanto, uno no puede atribuirlas a coincidencias. No,

las dos han de estar ligadas entre sí. Por eso, *sir* Charles, he venido a verle para excusarme, para decirle que yo, Hércules Poirot, estaba equivocado y para pedirle que me admita en sus indagaciones, si ello no le desagrada ni estorba sus planes.

Sir Charles tosió varias veces. Parecía nervioso y turbado.

—Es usted muy amable, *monsieur* Poirot. Pero tal vez perderá su tiempo… yo…

Se detuvo y consultó con la mirada a Satterthwaite.

—Es usted muy amable —empezó este.

—No, no. No es amabilidad. Es curiosidad y también mi orgullo herido. Debo reparar mi falta. Mi tiempo no tiene valor. ¿Para qué viajar? El idioma será distinto, pero la naturaleza humana es la misma en todas partes. Ahora bien, si no soy bienvenido y molesto…

Los dos hombres contestaron a la vez:

—¡Qué ocurrencia!

—¡Claro que no!

—Y *mademoiselle*, ¿qué dice?

Egg permaneció callada un instante. Los tres tuvieron la misma impresión: Egg no deseaba la intervención de Poirot.

Satterthwaite pensó que sabía la razón. Este era un complot privado entre Cartwright y Egg, y a él lo habían tolerado porque pintaba muy poco. ¡Pero Hércules Poirot! ¡Ah! De intervenir él, asumiría el papel principal. Quizá incluso Charles se retiraría. Entonces, los planes de Egg fracasarían.

Miró con simpatía a la joven. Aquellos hombres no la comprendían, pero él, con su sensibilidad casi femenina, se hacía cargo de todo. Egg luchaba por su felicidad. ¿Qué diría?

Pero, al fin y al cabo, ¿qué podía decir? ¿Cómo explicar los pensamientos que asaltaban su cerebro? Váyase, váyase. Solo ha venido a estropearlo todo, no lo quiero aquí.

Egg dijo lo único que podía decir:

—Estamos encantados de tenerle con nosotros.

Capítulo IV

El coordinador

—Bueno —dijo Poirot—. Somos colegas. *Eh bien*, hagan el favor de ponerme *au courant* de la situación.

Escuchó con mucha atención a Satterthwaite, que le fue explicando todos los pasos que habían dado desde su regreso a Inglaterra. Era un narrador muy ameno. Tenía la facultad de crear ambiente. Su descripción de la abadía, de los criados y del jefe de policía fue admirable. Poirot aplaudió calurosamente a *sir* Charles por su descubrimiento de las cartas debajo de la estufa.

—*¡Ah, mais c'est magnifique, ça!* La deducción, la reconstrucción. ¡Perfecto! Hubiera sido usted un gran detective de no ser un gran actor.

Cartwright aceptó con la mayor modestia aquellos aplausos. En su larga y triunfante actuación en los escenarios había aprendido a agradecer los aplausos sin afectación.

—Su observación es también muy atinada —siguió Poirot, dirigiéndose a Satterthwaite—. Me refiero a la extemporánea familiaridad de *sir* Bartholomew con el mayordomo.

—¿Cree usted que tiene alguna importancia el detalle de la señora de Rushbridger?

—Sugiere un sinfín de cosas, ¿no le parece?

Ninguno estaba convencido acerca de aquel sinfín de cosas, pero a nadie le gustaba confesarlo. Por lo tanto, solo se oyó un murmullo de aprobación.

Luego tomó la palabra *sir* Charles. Explicó la visita que Egg y él habían hecho a la señora Babbington y su resultado negativo.

—Bueno, ya está usted al corriente de todo lo que sabemos

nosotros —continuó—. Ahora díganos: ¿qué le parece?

Poirot permaneció callado unos segundos. Finalmente, dijo:

—¿Sería usted capaz de recordar, *mademoiselle*, de qué tipo eran las copas de oporto que *sir* Bartholomew tenía en su mesa aquel día?

Egg meneó la cabeza y en aquel momento intervino Cartwright.

—Yo puedo decírselo.

Se dirigió a un armario y sacó una copa de cristal tallado.

—Eran casi iguales a estas, un poco más redondas. Las adquirió en la subasta del viejo Lammersfield. Me gustaron mucho y, como le sobraban algunas, me las regaló. Son bonitas, ¿verdad?

Poirot cogió una y la miró atentamente.

—Sí —murmuró—, son muy bonitas. Ya me figuraba que serían de este estilo.

—¿Por qué? —preguntó Egg.

Poirot la miró sonriente y no contestó a su pregunta.

—Sí, la muerte de *sir* Bartholomew es fácil de explicar, pero la de Babbington ya no lo es tanto. ¡Ah, si hubiera sido al revés!

—¿Qué quiere usted decir con eso? —preguntó Satterthwaite.

—Fíjese bien. *Sir* Bartholomew era un médico célebre. Por lo tanto, hay un abanico enorme de razones para su muerte. Un médico conoce secretos, amigo mío, secretos importantísimos. Además, su profesión le da cierto poder. Imagínese a un paciente que está al borde de la locura. Bastará una sola palabra del médico para que se le encierre para toda la vida. ¡Matarlo! ¡Qué tentación para un cerebro enfermo! Un médico también puede sospechar de la súbita muerte de uno de sus pacientes. ¡Sí! Encontraríamos un sinfín de motivos que explicasen lógicamente el asesinato de un médico. Por eso, como he dicho, si hubiera sido al revés, si *sir* Bartholomew hubiese muerto antes que Babbington, entonces el párroco quizá hubiera sospechado algo sobre el primer asesinato. Claro que los casos no se presentan como uno quisiera. Hay que tomarlos como vienen. Hace días se me ocurrió una cosa: que la muerte de Babbington fuera un accidente, o sea, que el veneno, si se trataba de veneno, estuviera destinado a Strange, pero que, por equivocación, lo bebiera el párroco.

—Es una idea muy ingeniosa —dijo *sir* Charles. Su rostro, que se había iluminado al empezar a hablar el detective, se ensombreció

otra vez—. Sin embargo, no creo que se trate de un error. Babbington entró en esta habitación cuatro minutos antes de sentirse enfermo. Durante ese tiempo, lo único que tomó fue medio cóctel y, en ese cóctel no había nada.

Poirot le interrumpió:

—Sí, ya me lo ha contado usted, pero supongamos que había algo en ese cóctel. ¿No es probable que estuviera destinado a *sir* Bartholomew en lugar de a Babbington?

—Nadie que conociera íntimamente a Tollie hubiese intentado envenenarlo con un cóctel.

—¿Por qué?

—Porque nunca los probaba.

—¿Nunca?

—Nunca.

Poirot hizo un gesto de disgusto.

—¡Qué fastidio! Todo sale mal. Nada tiene sentido.

—Además —siguió *sir* Charles—, no veo cómo podría cometerse la equivocación de tomar una copa por la otra. Temple las llevaba en una bandeja y cada cual cogía la que más le gustaba.

—Es verdad. Uno no puede forzar a tomar una copa como el prestidigitador fuerza que se coja una carta. ¿Cómo es esa Temple? Es la criada que me abrió la puerta, ¿verdad?

—Sí. Hace tres o cuatro años que está a mi servicio. Una muchacha muy simpática que sabe bien cuál es su obligación. No sé en qué casa trabajó antes, pero la señorita Milray lo debe saber.

—La señorita Milray es su secretaria, ¿no?

—Sí.

—He cenado varias veces con usted, pero aquella fue la primera vez que la vi.

—Corrientemente no cena con nosotros. Pero aquella noche éramos trece.

Cartwright le explicó lo ocurrido y Poirot lo escuchó con gran atención.

—Fue a petición propia que asistió a la cena.

—Comprendo. —Guardó silencio unos segundos. Después preguntó—: ¿Podría hablar con Temple?

—¡Claro que sí!

Sir Charles tocó un timbre. A los pocos momentos, entraba la

camarera.

—¿Llamaba usted, señor?

Temple era una muchacha alta, de unos treinta y dos años. Tenía cierta elegancia. El pelo bien peinado brillaba a la intensa luz de las lámparas, pero no era bonita. Sus modales eran reposados.

—*Monsieur* Poirot desea hacerle algunas preguntas.

Temple dirigió una mirada de superioridad a Poirot.

—Estábamos hablando de la noche en que el señor Babbington murió aquí mismo —dijo el detective—. ¿Recuerda usted aquella noche?

—¡Ya lo creo!

—Me gustaría saber exactamente cómo se sirvieron los cócteles. ¿Los preparó usted misma?

—No, señor. *Sir* Charles lo hace siempre. Yo traje las botellas: el vermut, la ginebra y todo lo demás.

—¿Dónde las colocó?

—En aquella mesa. —Señaló la mesa situada junto a la pared—. La bandeja con las copas quedó aquí. Cuando *sir* Charles terminó de preparar los cócteles, él mismo llenó las copas. Luego, yo cogí la bandeja y fui ofreciendo los cócteles a los invitados.

—¿Estaban todos los cócteles en la bandeja?

—*Sir* Charles ofreció uno a la señorita Lytton Gore. Como en aquel momento estaba hablando con ella, cogió uno para cada uno. El señor Satterthwaite vino a buscar uno para otra señora, la señorita Wills creo que era.

—Es verdad —dijo Satterthwaite.

—Los demás se quedaron en la bandeja. Me parece recordar que todos tomaron, menos *sir* Bartholomew.

—¿Sería usted tan amable, Temple, de repetir la forma en que los fue ofreciendo? Sustituiremos a los invitados por cojines. Yo estaba aquí, la señorita Sutcliffe allí.

Con la ayuda de Satterthwaite, se reconstruyó la escena. Satterthwaite era muy observador y recordaba a la perfección dónde estaba cada uno de los invitados. Luego, Temple fue pasando ante cada uno de los invitados, como aquella noche. Primero, la señora Dacres; luego, la señorita Sutcliffe y Poirot; después, el señor Babbington, *lady* Mary y el señor Satterthwaite, que estaban juntos.

Todo coincidía con la declaración de Satterthwaite. Temple se

retiró.

—¡Nada! —exclamó Poirot—. ¡No hay manera de descubrir nada! Temple es la única persona que tuvo en sus manos los cócteles, pero le era imposible manipularlos y, además, como ya he dicho antes, no se puede obligar a nadie a coger una copa determinada.

—Instintivamente se coge siempre la que está más cerca de uno —dijo *sir* Charles.

—Eso sería posible presentando la bandeja al principio, pero luego es poco fiable. Las copas están todas juntas y uno no se fija en la que está más o menos cerca. No, no debió ser utilizado un método tan al azar. Dígame, señor Satterthwaite, ¿Babbington dejó su copa en algún sitio, o la conservó en la mano?

—La dejó en la mesa.

—¿Se acercó alguien a ella?

—No, yo era quien estaba más cerca y le aseguro que no eché nada en su copa. Aunque nadie me hubiera visto, no lo hubiese hecho.

Satterthwaite hablaba secamente. Poirot se apresuró a excusarse.

—¡No, no, no le estoy acusando! *Quelle idee*! Solo quiero asegurarme de todos los hechos. Según el análisis que se hizo, no había nada en la copa. Se hicieron tres pruebas, siempre con el mismo resultado. Sin embargo, el señor Babbington no comió ni bebió nada más, de modo que, si fue envenenado con nicotina, lo sería momentos antes de llegar a la fiesta porque ese veneno es rapidísimo. ¿Se da usted cuenta de hacia dónde nos conduce esto?

—A ningún sitio, maldita sea —exclamó *sir* Charles.

—No, eso no. Sugiere una idea monstruosa, que espero no resulte cierta. No, claro que no puede ser, la muerte de *sir* Bartholomew lo demuestra. Sin embargo…

Se quedó pensativo. Los demás le miraban intrigados. Al final, levantó la cabeza.

—Comprenden lo que quiero decir, ¿verdad? La señora Babbington no estaba en la abadía de Melfort, por lo cual queda libre de toda sospecha.

—¿La señora Babbington? Pero si a nadie se le ha ocurrido que fuera culpable.

—¿No? ¡Es curioso! Esa idea se me ocurrió hace un momento. Si

no fue envenenado con el cóctel, tuvo que serlo pocos minutos antes de entrar en la casa. ¿De qué manera pudo hacerse eso? ¿Una píldora? Quizá para la digestión. Pero ¿quién tendría un motivo que nadie sospechara? Solo su mujer.

—¡Pero si se adoraban! —gritó Egg, indignada.

Poirot le sonrió afectuoso.

—Yo, *mademoiselle*, veo las cosas sin ninguna idea preconcebida. Sepa que en el transcurso de mi profesión he conocido cinco casos de mujeres asesinadas por sus enamoradísimos maridos, y veintidós de maridos asesinados por sus amantísimas esposas. *Les femmes* guardan mejor las apariencias.

—Creo que es usted horrible —afirmó Egg—. Conozco a los Babbington y sé que no son de esa clase. ¡Es monstruoso!

—El crimen es siempre monstruoso, *mademoiselle* —señaló Poirot y en su voz había cierta dureza. Luego, siguió en un tono más suave—: Pero estoy seguro de que la señora Babbington no es culpable. Recuerden ustedes que no estaba en la abadía de Melfort. No, como ha dicho *sir* Charles, el culpable es uno de los que estaban presentes en ambas fiestas, uno de los siete de su lista.

Se hizo un largo silencio.

—¿Cómo nos aconseja usted que actuemos? —preguntó Satterthwaite.

—Ustedes ya deben de tener un plan.

Cartwright carraspeó.

—Lo único factible es un proceso por eliminación. Mi opinión es que cojamos una a una a las personas de la lista y las consideremos culpables hasta que se demuestre, sin que haya lugar a duda, que son inocentes. Es decir, que tenemos que empezar como si estuviéramos convencidos de que entre esa persona y Babbington existía algún nexo de unión. Debemos aguzar todo nuestro ingenio para descubrir qué clase de nexo es ese. Si no lo hallamos, pasaremos a la siguiente.

—Eso está bien psicológicamente —aprobó Poirot—. ¿Qué métodos emplearán?

—Todavía no lo hemos discutido. Cuando íbamos a hacerlo, llegó usted. Quizá podría…

Poirot levantó una mano.

—A mí no me pidan actividad física. La convicción de toda mi

vida es que los problemas se resuelven mejor con el pensamiento. Déjenme a mí la coordinación de sus informes. Continúen sus investigaciones, que *sir* Charles dirige tan bien.

Y yo, ¿qué?, pensó Satterthwaite. ¡Estos actores! Siempre en primer lugar, interpretando el protagonista.

—De cuando en cuando —siguió Poirot—, quizá necesiten la opinión de lo que podríamos llamar el consultor. Yo seré el consultor. ¿Le gusta así, *mademoiselle*?

—Mucho. Estoy segura de que su experiencia nos será de mucha utilidad.

Su rostro reflejaba el profundo alivio que sentía. Miró su reloj y lanzó una exclamación.

—Tengo que marcharme. Mamá estará alarmada.

—La acompañaré en el coche —dijo *sir* Charles.

La pareja abandonó la habitación.

Capítulo V

Reparto del trabajo

—Ya ve usted que el pez ha picado —dijo Poirot.

Satterthwaite, que estaba mirando la puerta que acababa de cerrarse detrás de Egg y su compañero, se volvió hacia Poirot que sonreía con cierta sorna.

—Sí, sí, no lo niegue. Aquel día, en Montecarlo, usted me enseñó el cebo, ¿no es verdad? Me señaló la noticia esperando que despertara mi curiosidad, que me interesara enseguida por el asunto.

—Es verdad —confesó Satterthwaite—, pero creía que mi ardid había fallado.

—No, no, usted no falló. Es usted un perspicaz conocedor de la naturaleza humana, amigo mío. Yo me estaba aburriendo. Empleando las mismas palabras que el chiquillo que jugaba junto a nosotros: «No tenía nada que hacer». Usted llegó en el momento psicológico. Y a propósito, ¡cuántos crímenes tienen su explicación en ese momento psicológico adecuado! El crimen y la psicología van cogidos del brazo. Pero volvamos a lo nuestro. Este es un crimen muy interesante. Me tiene desconcertado por completo.

—¿Qué crimen, el primero o el segundo?

—No hay más que uno. Lo que usted llama primero y segundo no son más que las dos partes del mismo crimen. La segunda es sencillamente el motivo, el medio adoptado.

Satterthwaite le interrumpió:

—Sin embargo, el segundo asesinato presenta la misma dificultad que el primero. No se encontró veneno en los vinos y la comida fue la misma para todos.

—No. Es muy distinto. En el primer caso, nadie parece haber envenenado a Stephen Babbington. Si *sir* Charles hubiera deseado envenenar a cualquiera de sus invitados, hubiera podido hacerlo, pero nunca a uno determinado. Temple tuvo la oportunidad de echar algo en la última copa de la bandeja, pero la de Babbington no fue la última. No, el asesinato del clérigo resulta tan imposible, que hasta creo que no es verdad. En ese caso, quizá murió de muerte natural. En fin, eso lo sabremos pronto. El segundo caso es distinto. Cualquiera de los invitados, o el mayordomo o la camarera, pudieron envenenar a *sir* Bartholomew porque eso no presentaba ninguna dificultad.

—No comprendo… —empezó Satterthwaite, interrumpiéndose.

—Se lo demostraré dentro de poco con un sencillo experimento. Ahora pasemos a otro asunto más importante. Es preciso, y estoy seguro de que usted ya se habrá dado cuenta, de que yo no interprete el papel de ladrón usurpador de laureles.

—Quiere usted decir… —dijo Satterthwaite sonriendo.

—Que *sir* Charles debe representar el papel principal. Él está acostumbrado. Además, hay otra persona que lo desea. ¿No es verdad?

—A *mademoiselle* no le ha gustado que usted interviniera en este asunto.

—¡Ah! Eso saltaba a la vista. Soy de una naturaleza sumamente susceptible. Quiero ayudar a los enamorados, no quiero estorbarles. Usted y yo, amigo mío, trabajaremos juntos en este asunto para honor y gloria de Charles Cartwright, ¿verdad? Cuando el oscuro caso esté resuelto…

—Si se resuelve —murmuró Satterthwaite.

—Se resolverá. Yo nunca fallo.

—¿Nunca?

—En ocasiones —replicó el detective con dignidad—, he tardado algo en hacerme cargo de las cosas. No he percibido la verdad tan pronto como debía.

—¿Pero no ha fallado nunca del todo?

La insistencia del otro era pura curiosidad.

—*Eh bien*. Una vez. Hace mucho tiempo, en Bélgica, pero no hablemos de ello.

Una vez satisfecha su curiosidad, Satterthwaite se apresuró a

cambiar de tema.

—Decía usted que, cuando el caso esté resuelto, nuestro amigo…

—*Sir* Charles se llevará toda la fama. Eso es esencial. Yo no habré sido más que un piñón de los engranajes. Cuando sea necesario, diré una palabra, solo una palabrita. No deseo honor ni fama. Ya soy bastante famoso.

Satterthwaite le observó con interés. Le divertía la vanidad del detective. Pero no cometió el error de interpretarla como simple fanfarronería. Los ingleses no suelen vanagloriarse de las cosas que hacen bien, de la misma manera que son indulgentes con las que hacen mal. En cambio, los latinos tienen una visión más lógica de su capacidad y, cuando se reconocen inteligentes, no ven por qué tienen que ocultarlo.

—Me gustaría saber qué espera sacar de este asunto. ¿Es la emoción de la caza lo que le impulsa a intervenir en él?

Poirot meneó la cabeza.

—No, no es eso. Como el *chien de chasse*, sigo el rastro, me excito y, una vez estoy sobre la pista, ya no me pueden desviar de ella. Todo eso es cierto, pero hay más: Es… ¿cómo se lo diría…?, una especie de pasión por la verdad. No hay nada en el mundo tan interesante ni tan hermoso como la verdad.

Poirot cogió el papel en el que Satterthwaite había anotado los siete nombres y los leyó en voz alta:

—Señora Dacres, capitán Dacres, señorita Wills, señorita Sutcliffe, *lady* Mary Lytton Gore, señorita Lytton Gore y Oliver Manders. Muy interesante, ¿verdad?

—¿Qué?

—El orden en que están colocados los nombres.

—No creo que haya nada interesante en ello. No hemos hecho más que escribirlos tal como se nos han ido ocurriendo, sin ningún orden especial.

—Precisamente por eso. La lista está encabezada por la señora Dacres. De lo cual deduzco que es la persona sobre la que recaen más sospechas de ser el criminal.

—No es la más sospechosa. Al contrarío, es la menos verosímil.

—Entonces, esta frase quizá lo exprese mejor: es la persona que todos ustedes preferirían como autora del crimen.

Satterthwaite abrió la boca, pero al ver la sonrisa burlona de

Poirot, varió lo que estaba a punto de decir.

—Quizá tenga usted razón. Sin darnos cuenta, tal vez hayamos pensado eso.

—Quisiera preguntarle a usted algo.

—Adelante.

—Por lo que ustedes me han dicho, he comprendido que *sir* Charles y la señorita Lytton Gore fueron juntos a interrogar a la señora Babbington.

—Sí.

—¿Usted no los acompañó?

—No, tres hubiéramos sido demasiados.

—Además, quizá sus inclinaciones le llevaron a otro sitio. Tiene usted, como se dice, cosas más importantes que hacer. ¿Adónde fue usted, señor Satterthwaite?

—Estuve tomando el té con *lady* Mary Lytton —contestó Satterthwaite con cierta aspereza.

—¿De qué hablaron?

—Tuvo la bondad de confiarme algunos de los sinsabores que le ocasionó la vida matrimonial.

En pocas palabras, le resumió la historia de la dama. Poirot asintió, comprensivo.

—¡Así es la vida! La muchacha idealista que se casa con una mala cabeza sin querer hacer caso de nadie. ¿No hablaron de nada más? ¿No aludieron por casualidad al señor Manders?

—Sí, hablamos de él.

—¿Qué fue lo que descubrió usted?

Satterthwaite repitió lo que le había contado *lady* Mary.

—¿Qué le ha hecho suponer que hablamos de él? —preguntó.

—Estaba seguro de que usted había ido allí por esa razón. ¡Oh, sí, no proteste! Usted puede desear que los criminales sean la señora Dacres o su marido, pero cree que fue el joven Manders quien quizá cometió esos asesinatos. —Acalló la protesta de Satterthwaite—. Sí, sí. Usted es reservado por naturaleza. Tiene sus ideas, pero le gusta reservárselas. Eso hace que me sea más simpático. Yo soy igual.

—No sospecho de ese joven. ¡Es absurdo! Pero sí deseaba saber algo más.

—¡Lo que le digo! Instintivamente, usted lo ha escogido a él. Yo también me intereso por ese joven. Me interesé por él la noche de la

fiesta porque vi…

—¿Qué vio usted? —preguntó Satterthwaite ansioso.

—Vi que había dos personas, quizá más, que interpretaban un papel. Una de ellas era *sir* Charles. Representaba el papel de marino, ¿no es verdad? Es una cosa naturalísima. Un gran actor no deja de serlo aunque se retire de la escena. Pero el joven Manders también fingía, dándoselas de hastiado de todo cuando, por el contrario, tiene una gran vitalidad. Por eso, amigo mío, me fijé en él.

—¿Cómo ha sabido que me preocupaba por ese muchacho?

—Por muchos detalles. Se interesó usted por el accidente que le llevó aquella noche a la abadía de Melfort. No fue con *sir* Charles y la señorita Lytton Gore a ver a la señora Babbington. ¿Por qué? Sencillamente, porque deseaba seguir algún rastro sin llamar la atención. Fue a casa de *lady* Mary para hacer averiguaciones sobre alguien. ¿Quién? Solo podía ser una persona que viviera, o hubiese vivido allí: Oliver Manders. Luego está lo más característico de todo: haber puesto su nombre al final de la lista. Es su favorito y quiere reservárselo para usted solo.

—¡Pobre de mí! ¿Así soy yo?

—*Précisément*. Es usted muy agudo y, además, es muy observador, pero le gusta guardarse los resultados de sus observaciones. Sus opiniones sobre la gente constituyen para usted una colección privada. No las exhibe ante los demás.

—Yo creo… —empezó Satterthwaite, pero fue interrumpido por el regreso de *sir* Charles.

El actor entró con paso alegre y juvenil.

—¡Brrr! ¡Qué nochecita!

Se preparó un *whisky*.

Satterthwaite y Poirot declinaron la bebida que les ofrecía.

—Bueno —empezó Cartwright—, ultimemos nuestro plan de campaña. ¿Dónde está la lista, Satterthwaite? ¡Ah! Gracias. Ahora, *monsieur* Poirot, voy a pedir la opinión del consultor. ¿Cómo hemos de repartir los trabajos preparatorios?

—¿Qué sugiere usted, *sir* Charles?

—Yo creo que sería conveniente repartir los sospechosos entre nosotros. División del trabajo. Primero está la señora Dacres. Egg parece la más indicada para hacerse cargo de esa señora. Seguramente cree que alguien tan elegante no recibirá un trato

imparcial de ningún caballero. Parece una buena idea abordarla desde el punto de vista comercial. Satterthwaite y yo podemos hacer otro intento si lo consideramos conveniente. Tenemos luego al señor Dacres. Conozco a algunos de sus compinches y creo que conseguiré sacar algo de ellos. Luego está Angela Sutcliffe.

—El más indicado para entrevistarse con ella es usted, Cartwright —dijo Satterthwaite—. La conoce mejor que nadie.

—Sí, por eso mismo preferiría que otro se encargara. Ante todo —sonrió tristemente—, podrían acusarme de no poner todo el interés necesario. Además se trata de una amiga, ¿comprenden?

—*Parfaitement, parfaitement*, es por delicadeza. Es comprensible. Satterthwaite le reemplazará en la tarea.

—*Lady* Mary y Egg quedan descartadas, desde luego. En cuanto al joven Manders, su presencia en la fiesta de Tollie fue accidental. Sin embargo, supongo que debemos incluirlo.

—Satterthwaite se encargará del joven Manders —dijo Poirot—. Pero creo, *sir* Charles, que se ha olvidado usted de un nombre. Ha pasado por alto a la señorita Muriel Wills.

—¡Ah, sí! Entonces, ya que Satterthwaite se encarga de Manders, yo tomaré por mi cuenta a la señorita Wills. ¿Conforme? ¿Nada más, *monsieur* Poirot?

—No, no. Ahora bien, me gustaría conocer los resultados que obtengan.

—Eso no hay ni que decirlo. ¡Otra idea! Si consiguiéramos fotografías de todos los sospechosos, podríamos usarlas para hacer averiguaciones en Gilling.

—Excelente idea —aprobó Poirot—. Hay algo más. ¡Ah, sí! Su amigo *sir* Bartholomew no bebía cócteles y, en cambio, bebía oporto. ¿Cómo es eso?

—Tenía verdadera debilidad por el oporto.

—Me sorprende que no notase nada extraño en el gusto. La nicotina pura tiene un gusto fuerte y muy desagradable.

—Recuerde usted —le interrumpió *sir* Charles—, que no había el menor rastro de nicotina. El contenido de los vasos fue analizado.

—¡Es verdad! ¡Qué tonto soy! Sin embargo, la tomó y la nicotina tiene muy mal gusto.

—No sé lo que puede importar eso —opinó el actor—. La primavera pasada, Tollie estuvo muy mal de un catarro, a

consecuencia del cual le quedaron un poco atrofiados el paladar y el olfato.

—¿Ah, sí? Eso es muy interesante. Simplifica considerablemente las cosas.

Cartwright se dirigió hacia la ventana y miró unos instantes hacia fuera.

—Todavía dura la tormenta. Voy a enviar a buscar sus maletas, *monsieur* Poirot. El Rose and Crown está muy bien para los artistas entusiastas, pero creo que usted preferirá una habitación más higiénica y una cama más confortable.

—Es usted muy amable, *sir* Charles.

—Nada de eso. Ahora mismo daré las órdenes oportunas.

Salió de la habitación.

Poirot miró a Satterthwaite.

—¿Quiere que le dé un consejo?

—Sí.

Poirot se acercó y le dijo en voz baja:

—Pregúntele a Manders por qué fingió un accidente. Dígale que la policía sospecha de él y fíjese bien en qué contesta.

Capítulo VI

Cynthia Dacres

Los salones de exhibición de la casa de modas Ambrosine Ltd. eran muy simples en apariencia. Las paredes eran de un blanco marfil que hacía juego con una gruesa alfombra central de un colorido casi neutro, así como los cortinajes y tapicerías. Los cromados brillaban por todas partes y una de las paredes destacaba por su diseño geométrico azul intenso y amarillo limón. La decoración era obra de Sydney Sandford, el más reciente y joven decorador del momento.

Egg, sentada en un sillón de diseño muy moderno, que recordaba el de un dentista, miraba indiferente el desfile de las modelos, a cual más bonita. Quería demostrar que, para ella, cincuenta o sesenta libras (el precio de uno de aquellos vestidos) era una fruslería.

A su lado, la señora Dacres, tan maravillosamente irreal como siempre, le hacía la propaganda, como dijo Egg más tarde.

—¿Le gusta este? Los lazos en los hombros son muy graciosos, ¿verdad? Además, la línea del pecho queda realzada con delicadeza. No, en ese rojo no lo tengo, pero debo tenerlo en un nuevo color, como el mostaza, que le gustará. ¿Le gustaría un color burdeos? Un poco absurdo, ¿no? Demasiado estridente y ridículo. Los vestidos simplemente no deben ser demasiado serios.

—Es muy difícil decidirse. Nunca había podido comprarme un vestido bueno hasta ahora, siempre habíamos estado mal de dinero. Recuerdo lo maravillosa que estaba usted aquella noche en Crow's Nest y pensé: Ahora que tengo dinero para gastar, iré a ver a la señora Dacres para que me aconseje. ¡No sabe usted lo que la admiré aquella noche!

—Querida, es usted muy amable. A mí me encanta vestir a la juventud. ¡Es tan importante que las muchachas no vistan de forma vulgar! Supongo que entiende lo que quiero decir.

Tú sí que no tienes nada de vulgar, pensó Egg.

—Usted tiene mucha personalidad —continuó Dacres—. Debe llevar algo que no sea vulgar. Yo le aconsejo trajes sencillos, que apenas destaquen, ¿comprende? ¿Desea usted varios modelos?

—Quisiera comprar cuatro trajes de noche y un par de tarde, además de uno o dos informales, o algo así.

La melosidad de la señora Dacres aumentó. Por fortuna, no sabía que el saldo de la cuenta de Egg en aquel momento era exactamente de quince libras y doce chelines, y que tenían que durarle hasta diciembre.

Nuevas muchachas desfilaron ante Egg. En los intervalos de conversación sobre la moda, Egg introducía otros temas.

—Supongo que no habrá usted vuelto a Crow's Nest, ¿verdad?

—No, no podría. ¡Me impresionó tanto! Aquello fue terrible. Siempre he pensado que Cornualles está tan lleno de arte. No puedo resistir a los artistas. Son siempre tan raros.

—Fue un asunto demoledor, ¿no cree? El pobre señor Babbington era tan entrañable.

—Una pieza de época, yo lo imagino así —contestó la señora Dacres.

—Había visto anteriormente al señor Babbington, ¿verdad?

—¿El anciano que murió? No, creo que no.

—Me parece recordar que él me dijo que la había visto a usted, no en Cornualles, sino en un pueblo llamado Gilling.

—¿Gilling? —La mirada de la señora Dacres era vaga—. No, Marcelle —añadió dirigiéndose a una empleada—, el modelo de Jenny, *Petit scandale*, es el que he pedido y después aquel otro azul Patou.

—¿No le parece extraordinario que asesinaran a *sir* Bartholomew?

Pero la señora Dacres, atenta solo a su negocio, continuó:

—¡Querida, fue algo que no se puede describir! A mí me ha venido de perlas. Toda clase de mujeres horribles vienen a encargarse vestidos solo por la sensación de ver a alguien que estaba presente en el momento del crimen. Este modelo azul Patou

es perfecto para usted. Fíjese en todos estos inútiles y ridículos volantes, hacen que sea adorable. Juvenil sin que llegue a cansar. Sí, la muerte del pobre *sir* Bartholomew ha sido un regalo del cielo para mí. Existe la remota posibilidad de que yo sea la asesina. He procurado que corra el rumor. Vienen unas mujeres gordísimas y me miran con los ojos desorbitados. Y entonces…

Se interrumpió al ver que entraba una norteamericana descomunal, sin duda una cliente importante.

Mientras la recién llegada exponía sus carísimos deseos con toda claridad, Egg se las compuso para marcharse discretamente, diciéndole a la joven que había reemplazado a la señora Dacres que quería reflexionar antes de decidirse.

Cuando salió a Bruton Street, miró el reloj. La una menos veinte. No tardaría en poner en marcha su segundo plan.

Fue dando un paseo hasta Berkeley Square y luego volvió lentamente sobre sus pasos. A la una en punto miraba atentamente el escaparate de una tienda de arte chino.

La señorita Doris Sims salió muy deprisa a Bruton Street y torció en dirección a Berkeley Square. Al pasar por delante de la tienda oyó una voz a su lado.

—Perdone —dijo Egg—, ¿podría hablar con usted momento?

La joven se volvió, sorprendida.

—Es usted una de las maniquíes de Ambrosine, ¿verdad? Me fijé en usted esta mañana. Espero que no se ofenderá si le digo que tiene el tipo más bonito y perfecto que he visto en mi vida.

Doris Sims no se ofendió. Solo estaba un poco extrañada.

—Es muy amable de su parte, *madame*.

—Usted parece tener muy buen carácter —siguió Egg—. Por eso voy a pedirle un favor. ¿Quiere usted venir a comer conmigo al Berkeley o al Ritz y permitirme que le explique de qué se trata?

Doris aceptó sin pensárselo dos veces. Era curiosa y le gustaba comer bien.

Una vez sentadas a la mesa y ordenada la comida, Egg entró en detalles.

—Confío en que no le dirá nada a nadie. Estoy escribiendo un artículo sobre las profesiones femeninas. Quiero que me lo cuente todo sobre el negocio de la moda.

Doris sufrió una pequeña decepción, pero explicó todo lo

referente a las horas de entrada y salida, sueldo, ventajas e inconvenientes de aquel trabajo.

Egg iba tomando nota en una libreta.

—Es usted muy amable. ¡Todo esto es nuevo para mí! Voy corta de dinero y conseguir trabajar en un periódico no me vendría nada mal. Tuve mucha cara —añadió con un tono confidencial—, entrando en la tienda como si fuera a comprar infinidad de modelos. Solo tengo algunas libras que me tienen que durar hasta Navidad. Supongo que la señora Dacres se pondrá como una fiera si llega a enterarse.

—¡Ya lo creo!

—¿Lo hice bien? —preguntó Egg—. ¿Parecía tener dinero?

—Lo hizo usted maravillosamente, señorita Lytton Gore. *Madame* está convencida de que va a comprarle usted muchas cosas.

—Pues me parece que va a sufrir una decepción.

Doris se echó a reír. Disfrutaba con la comida y le caía bien la anfitriona. Puede ser una señorita de la alta sociedad, pero no se da aires. Es de lo más natural, se dijo.

Establecidas unas cordiales relaciones, Egg no tuvo ninguna dificultad en hacer hablar a su compañera sobre su patrona.

—Siempre he creído —comentó Egg—, que la señora Dacres es un mal bicho.

—A ninguna de nosotras nos gusta, pero es muy lista, por supuesto, y tiene cabeza para el negocio. No es como algunas señoras de la alta sociedad que ponen una casa de modas y acaban en la ruina porque las amigas les compran vestidos y no se los pagan. No se fía ni un pelo, pero es bastante justa y tiene muy buen gusto. Sabe lo que es bueno y consigue que la gente se lleve lo que más le conviene a su estilo.

—Supongo que debe ganar un dineral.

En el rostro de Doris apareció una expresión resabiada.

—No soy quien para opinar, ni me gusta el cotilleo.

—Por supuesto. Continúe.

—Pero ya que me lo pregunta, creo que el negocio no va muy bien. Hace poco vino un caballero judío a ver a *madame* y, por otro par de cosas que he visto, me parece que trata de conseguir un préstamo con la esperanza de que el negocio se reanime. A veces, sabe usted, señorita Lytton Gore, tiene un aspecto terrible. Parece

desesperada. No sé qué aspecto tendría sin el maquillaje. No creo que duerma mucho por las noches.

—¿Y su marido?

—¡Es una verdadera calamidad! Es un tipo poco de fiar. No es que lo veamos mucho. Los demás no están de acuerdo conmigo, pero creo que ella todavía le quiere. Por supuesto se han dicho muchas cosas desagradables.

—¿Qué cosas?

—No me gusta repetir los rumores.

—No, claro, hace bien. Pero, entre nosotras…

—Bueno, verá: entre las muchachas han corrido algunos rumores sobre un joven muy rico y algo desquiciado. No exactamente chalado, pero más o menos algo así. *Madame* le iba detrás dispuesta a cazarlo. Quizá él la hubiese sacado del apuro, siempre es fácil obtener dinero de un tonto, pero le recomendaron que hiciera un crucero marítimo, así de repente.

—¿Quién se lo ordenó, un médico?

—Sí, uno de Harley Street. Creo que el mismo médico que asesinaron en Yorkshire, envenenado, según dicen.

—¿*Sir* Bartholomew Strange?

—Sí, ese era su nombre. *Madame* estaba en la fiesta y las chicas dijimos entre nosotras, en broma, claro está, que a lo mejor *madame* lo mató para vengarse. Pero eso es una tontería.

—Sí, desde luego. Son cosas de muchachas. Lo comprendo. Sin embargo, la señora Dacres responde a mi idea de una asesina: dura y desalmada.

—Es muy dura y tiene un mal genio terrible. Cuando se enfada, ninguna de nosotras se atreve a acercarse. Dicen que su marido le tiene miedo. No me extrañaría.

—¿La ha oído usted hablar alguna vez de alguien llamado Babbington, o de Gilling, un pueblo en Kent?

—No recuerdo haber oído nunca esos nombres.

Doris miró el reloj y lanzó una exclamación.

—¡Oh! Tengo que darme prisa. Voy a llegar tarde.

—Adiós y muchas gracias por aceptar la invitación.

—Ha sido un placer para mí, se lo aseguro. Adiós, señorita Lytton Gore. Espero que el artículo sea un éxito. Ya lo leeré.

Puede esperar sentada, pensó Egg mientras pedía la cuenta.

Luego, anotó en la libreta en la que se suponía que escribiría su artículo:

Cynthia Dacres. Probables dificultades financieras. Descrita como persona de «carácter perverso». A un joven (rico) con el cual se cree que tenía una aventura, *sir* Bartholomew le aconsejó un viaje por mar. No mostró ninguna reacción a la mención de Gilling o a la de que Babbington la conocía.

No es gran cosa, se dijo Egg. Hay un posible motivo de asesinato, pero muy endeble. Tal vez *monsieur* Poirot saque algo en limpio. Yo no soy capaz.

Capítulo VII

El capitán Dacres

Egg no había terminado aún su programa del día. Su siguiente misión fue dirigirse a Saint John's House, donde los Dacres tenían un apartamento. Saint John's era un edificio de pisos carísimos. La fachada era suntuosa y los porteros parecían generales de opereta.

La muchacha no entró en el edificio. Se puso a pasear por la acera de enfrente, como si esperara a alguien. Al cabo de una hora, calculó que había andado unas cuantas millas. Eran las cinco y media.

Poco después, un taxi se detuvo ante el edificio y el capitán Dacres se apeó del coche. Egg aguardó tres minutos, luego cruzó la calle y entró en el edificio.

La joven tocó el timbre del número tres. Dacres en persona abrió la puerta. Aún no se había quitado el abrigo.

—¿Cómo está usted? —dijo Egg—. Se acuerda de mí, ¿verdad? Nos encontramos en Cornualles y después en Yorkshire.

—Sí, sí, ya me acuerdo. Presenciamos las dos muertes, ¿no es así? Entre usted, señorita Lytton Gore.

—Quería ver a su esposa. ¿No está?

—Se encuentra en Bruton Street, en la tienda.

—Sí, ya sé. He estado allí esta mañana. Pensé que ya habría vuelto. Perdone usted, seguramente le estoy molestando.

Freddie Dacres se dijo para sí: ¡Qué chica más guapa! ¡Está muy bien!, y luego añadió en voz alta:

—Cynthia no vendrá hasta pasadas las seis. Yo acabo de llegar de Newbury. He tenido un mal día y me he marchado pronto. ¿Quiere usted ir al Seventy Two Club a tomar un cóctel?

Egg aceptó, aunque tenía la sospecha de que Dacres ya había bebido más de la cuenta.

Sentados en la agradable penumbra del Seventy Two Club y mientras probaba su martini, la muchacha comentó:

—Es un lugar muy agradable. No había estado nunca aquí.

Freddie Dacres sonrió, indulgente. Le gustaban las muchachas jóvenes y guapas. Quizá no tanto como otras cosas, pero sí bastante.

—Qué trastorno, ¿verdad? —empezó—. Quiero decir allí, en Yorkshire. Tiene cierta gracia que un médico muera envenenado. ¿Comprende lo que quiero decir? Un médico es alguien que está acostumbrado a envenenar a los demás.

Se rio con estrépito de su propia ocurrencia y pidió otra copa.

—Es usted muy ingenioso. Nunca se me hubiera ocurrido una cosa así.

—Solo era un chiste.

—Es extraño que siempre que nos hemos encontrado haya ocurrido una muerte.

—Sí, muy extraño. ¿Se refiere usted al viejo clérigo que murió en casa de… bueno, de ese actor?

—Sí. Fue muy raro que muriera tan de repente.

—Condenadamente molesto. Te entra un no-sé-qué cuando ves que la gente se muere a tu alrededor. Piensas que «el próximo puedo ser yo» y te dan escalofríos.

—Usted lo conoció antes, en Gilling, ¿no es así?

—¿Dónde está eso? Nunca había visto al viejo antes. Sí, es raro que muriese casi de la misma manera que Strange. No creo que lo asesinaran también.

—¿A usted qué le parece?

—No puede ser. —Dacres meneó la cabeza—. Nadie asesina a un clérigo. A un médico, ya es otra cosa.

—Sí, claro, un médico es algo distinto.

—Desde luego. Es más lógico. Los médicos son unos malditos entrometidos. —Arrastraba las palabras y se inclinó hacia delante —. No hay que dejarles hacer lo que quieren, ¿me comprende?

—No.

—Juegan con la vida de los demás. Tienen demasiado poder. No hay que permitírselo.

—No entiendo muy bien lo que quiere usted decir.

—Mi querida niña, se lo estoy diciendo muy clarito. Consiguen encerrarte, eso es lo que le estoy diciendo, y convierten tu vida en un infierno. Vive Dios que son crueles. Te encierran y no te dan nada de lo que necesitas, por más que llores y supliques. ¡Les importa un pito lo mucho que sufras! Eso es lo que te hacen los médicos. Se lo digo yo que los conozco muy bien.

Su rostro se retorció en una mueca. Las pupilas contraídas miraron un punto más allá de la muchacha.

—Es el infierno, se lo aseguro. ¡Lo llaman una cura! ¡Y encima dicen que están haciendo algo decente! ¡Cerdos!

—¿Acaso *sir* Bartholomew Strange…? —empezó Egg.

—¡*Sir* Bartholomew Strange…, *sir* Farsante! Me gustaría saber qué hacía en aquel hermoso sanatorio. ¡Enfermos de los nervios! Eso es lo que dicen. Entras allí y ya no sales. Y dicen que estás allí por propia voluntad. ¡Por propia voluntad! Solo porque te han pillado cuando ves cosas.

Temblaba como una hoja. De pronto se le aflojó la mandíbula.

—Estoy deshecho. Completamente deshecho.

Llamó al camarero, insistió para que Egg tomara otra copa y, cuando ella la rehusó, pidió una para él.

—Ahora ya estoy mejor —afirmó, después de bebérsela de un trago—. Esto templa los nervios. Es un mal asunto perder el control. No hay que hacer enfadar a Cynthia. Me dijo que no dijese nada —asintió varias veces—. Ni una palabra a la policía. Podrían creer que me cargué al viejo Strange. ¿Se da usted cuenta de que tuvo que ser uno de nosotros? Uno de nosotros lo mató. Es un pensamiento divertido. ¿Quién? Esa es la pregunta.

—Tal vez lo sepa usted.

—¿Por qué dice usted eso? ¿Cómo iba a saberlo?

La miró furioso y con suspicacia.

—No sé nada de eso, ya se lo he dicho. No estaba dispuesto a aceptar esa condenada «cura» suya. No me importa lo que dijera Cynthia. No pensaba hacerlo. Iban detrás de algo…, los dos iban detrás de algo, pero no consiguieron engañarme. Soy un hombre firme, señorita Lytton Gore.

—Lo creo. ¿Sabe usted algo de una tal señora de Rushbridger que está en el sanatorio?

—¿Rushbridger? ¿Rushbridger? Strange dijo algo de ella. ¿Qué

dijo? No recuerdo nada. —Exhaló un suspiro, meneó la cabeza—. Pierdo la memoria, eso es lo que pasa. Tengo enemigos, muchos. Quizá ahora mismo me estén espiando.

Miró, inquieto, a su alrededor. Después se inclinó hacia la joven.

—¿Qué hacía aquella mujer en mi habitación aquel día?

—¿Qué mujer?

—La de la cara de conejo. Escribe obras de teatro. Fue la mañana siguiente de… del crimen. Acababa de desayunar y me dirigía a mi habitación, cuando la vi salir y encaminarse hacia las habitaciones de los criados. Es extraño, ¿verdad? ¿Por qué entró en mi habitación? ¿Qué esperaba encontrar allí? ¿Qué fue lo que hizo? —Se acercó más a Egg—. ¿O cree usted que es verdad lo que dice Cynthia?

—¿Qué es lo que dice la señora Dacres?

—Dice que fue imaginación mía, que vi visiones. —Se rio torpemente—. Siempre estoy viendo visiones extrañas: ratones de color rosa, ranas y cosas por el estilo. Pero ver a una mujer ya es distinto. Yo la vi. Es una mujer extraña. Tiene unos ojos asquerosos, te perforan.

Se recostó en el mullido sofá, parecía dispuesto a dormirse. Egg se levantó.

—Tengo que marcharme. Muchas gracias por todo, capitán Dacres.

—No hay de qué. Encantado. Sí, encantadísimo.

Su voz se fue apagando. Será mejor que me vaya antes de que pierda el conocimiento del todo, pensó Egg.

Pasó de la enrarecida atmósfera del Seventy Two Club al fresco de la tarde.

Beatrice, la camarera, dijo que la señorita Wills había estado husmeando. Ahora, Freddie Dacres venía con la misma historia. ¿Qué buscaba la señorita Wills? ¿Qué encontró? ¿Era posible que supiese alguna cosa del crimen?

¿Habría algo de verdad en las incongruentes palabras de Dacres? ¿Acaso él mismo temía y odiaba secretamente a *sir* Bartholomew?

Era posible.

Pero en todo aquello no aparecía el menor indicio de culpa en el caso de Babbington.

¡A ver si al final resulta que no fue asesinado!, se dijo Egg.

De pronto, contuvo la respiración al ver en los titulares de un periódico: EL RESULTADO DE LA EXHUMACIÓN DE CORNUALLES. Se apresuró a comprar un ejemplar. En aquel momento, tropezó con otra mujer que también iba a hacer lo mismo. Cuando se disculpaba, reconoció a la secretaria de *sir* Charles, la eficiente señorita Milray.

Las dos buscaron ávidamente la noticia. Sí, allí estaba:

«El resultado de la exhumación de Cornualles». Las palabras bailaron ante los ojos de Egg: «El análisis de los órganos: Nicotina».

—¡Así que fue asesinado! —murmuró la joven.

—¡Es terrible, terrible! —dijo la señorita Milray. Se la veía emocionada.

Egg la miró sorprendida. Siempre había considerado a la señorita Milray como a un autómata.

—La noticia me ha trastornado —explicó la señorita Milray—. Lo conocía de toda la vida.

—¿Al señor Babbington?

—Sí. Mi madre vive en Gilling, donde él fue párroco durante muchos años. Por eso me ha impresionado tanto.

—Claro, es natural.

—No sé, no sé qué hacer —murmuró la señorita Milray.

Enrojeció un poco ante la mirada de asombro de Egg.

—Me gustaría escribirle a la señora Babbington. Ahora no me parece… Bueno, no me parece muy… En fin. No sé qué será mejor.

Aquella explicación no fue muy satisfactoria para Egg.

Capítulo VIII

Angela Sutcliffe

—¿Veamos, es usted un amigo, o un poli curioso? Necesito saberlo.

Los ojos de la señorita Sutcliffe brillaron burlones mientras hablaba. Estaba sentada con las piernas cruzadas y el señor Satterthwaite admiraba la perfección de los pies muy bien calzados y los tobillos delicados. La señorita Sutcliffe era una mujer encantadora que nunca se tomaba nada en serio.

—¿Es esa una duda justa? —replicó Satterthwaite.

—¡Claro que sí! ¿Ha venido usted a ver una cara bonita, como dicen los franceses tan encantadoramente, o para sonsacarme lo que sepa de esos crímenes?

—¿Puede dudar de que la primera alternativa sea la acertada? —preguntó Satterthwaite, inclinándose galante.

—Puedo y debo —contestó la actriz con energía—. Usted es una de esas personas que parecen pacíficas, pero, en realidad, les gusta la sangre.

—¡No, no!

—¡Sí, sí! Lo único que no tengo claro es si es un insulto o una cortesía ser considerada una posible asesina. Creo que es más bien un cumplido.

Inclinó la cabeza hacia un lado y sonrió con aquella sonrisa hechicera que nunca fallaba.

Satterthwaite se dijo: ¡Qué criatura más adorable!

—Admito, mi querida señora, que la muerte de *sir* Bartholomew Strange me ha interesado mucho. Como sin duda debe recordar usted, hace un tiempo me vi involucrado en otro caso muy semejante.

Se detuvo, quizá con la esperanza de que ella estuviese al corriente de sus actividades, pero la actriz solo preguntó:

—Dígame una cosa. ¿Hay algo de verdad en lo que dijo aquella chica?

—¿Qué chica y qué dijo?

—La joven Lytton Gore. Esa que está tan chiflada por Charles. (Vaya sinvergüenza ese Charles, seguro que lo consigue). Según ella, aquel simpático viejecito de Cornualles también fue asesinado.

—¿Usted qué cree?

—Bien, sucedió exactamente del mismo modo. Parece una muchacha muy inteligente. Ahora, dígame: ¿va en serio Charles con ella?

—Estoy seguro de que su punto de vista en este asunto tendrá mucho más valor que el mío.

—Es usted la discreción personificada —exclamó la señorita Sutcliffe—. Yo, en cambio, soy muy indiscreta. —Le echó una mirada de reojo—. Conozco muy bien a Charles. Es decir, conozco a los hombres. Charles presenta todos los síntomas de estar sentando la cabeza. Se le ve muy virtuoso. Parece dispuesto a formar una familia en un tiempo récord. ¡Qué aburridos se vuelven los hombres cuando deciden ser formales! Pierden todo su atractivo.

—Muchas veces me he preguntado por qué no se habrá casado *sir* Charles.

—Nunca ha demostrado el menor deseo de casarse. No es un hombre adecuado para el matrimonio. Pero, en cambio, es encantador —suspiró. Un leve temblor agitó sus párpados mientras miraba al señor Satterthwaite—. Hubo un tiempo en que él y yo… ¿Para qué negar lo que todo el mundo sabe? Aquello, mientras duró, fue muy hermoso. A pesar de todo, somos muy buenos amigos. Supongo que es por eso por lo que la muchacha me mira tan fríamente. Sospecha que todavía siento cierta *tendresse* por Charles. ¿La siento? Quizá sí. Pero, de todos modos, todavía no he escrito mis memorias narrando todas mis intimidades, como han hecho muchas de mis amigas. Si lo hiciera, a la muchacha no le gustaría. Se asustaría. Las jóvenes modernas se asustan con facilidad. En cambio, su madre no se asustaría. No se puede asustar a una mujer de la época victoriana. Dicen muy poco, pero siempre piensan lo peor.

—Creo que tiene usted razón al sospechar que Egg desconfía de usted.

La señorita Sutcliffe frunció el entrecejo.

—No estoy muy segura de no sentir celos por ella. Las mujeres somos como las gatas: siempre con las uñas dispuestas. Miau, miau. —Se echó a reír—. ¿Por qué no viene Charles y me explica todo este asunto? Sería demasiado bonito. ¡A lo mejor ese hombre me cree culpable! ¿Me cree usted culpable, señor Satterthwaite?

Se levantó y, extendiendo una mano, recitó:

—«Todos los perfumes de Arabia no purificarían estas manos…». —Se interrumpió—. No, no soy *lady* Macbeth, lo mío es la comedia.

—No hay ningún motivo para creerla a usted culpable.

—Es verdad. Bartholomew me caía bien. Éramos amigos. No tenía ninguna razón para desear su muerte. Precisamente porque éramos amigos, me gustaría tomar parte activa en la persecución del asesino. Dígame si puedo ayudarles en algo.

—Supongo que no habrá usted oído o visto nada que resulte de utilidad.

—No, nada que no haya contado ya a la policía. Los invitados acabábamos de llegar. El asesinato ocurrió la primera noche.

—¿Y el mayordomo?

—Apenas me fijé en él.

—¿Observó algún comportamiento peculiar por parte de los huéspedes?

—No. Claro que aquel joven… ¿cómo se llama…? Ah, sí, Manders, apareció de improviso.

—¿*Sir* Bartholomew dio la sensación de estar sorprendido?

—Sí, creo que sí. Antes de sentarnos a cenar, me dijo que el tipo había inventado un nuevo método de meterse en casa ajena. «En lugar de forzar la puerta, lo que ha hecho ha sido forzar mis vallas».

—*Sir* Bartholomew estaba entonces de muy buen humor, ¿verdad?

—Sí.

—¿Qué hay de ese pasadizo secreto que usted mencionó a la policía?

—Creo que se accedía por la biblioteca. Bartholomew prometió enseñármelo, pero claro, el pobre murió.

—¿Cómo fue que se lo mencionó?

—Estábamos hablando de una reciente adquisición suya, un antiguo secreter de nogal. Le pregunté si había algún cajón secreto. Es una pasión para mí. Él me contestó: «No, que yo sepa no tiene ningún cajón secreto, pero en la casa sí hay un pasadizo secreto».

—¿No nombró a una paciente suya, una tal señora de Rushbridger?

—No.

—¿Conoce un pueblo llamado Gilling, en Kent?

—¿Gilling? No, no lo conozco. ¿Por qué?

—Por si conocía de antes al señor Babbington.

—¿Quién es el señor Babbington?

—El anciano que murió, o fue asesinado, en Crow's Nest.

—¡Ah, el párroco! Ya no me acordaba de su nombre. No, hasta aquella noche nunca lo había visto. ¿Quién le dijo que le conocía?

—Alguien que está bien enterado —respondió Satterthwaite con audacia.

La señorita Sutcliffe parecía divertida.

—¡Pobre hombre! ¿Creen acaso que tenía algún lío con él? Los arcedianos son a veces unos picarones, ¿verdad? Entonces, ¿por qué no lo han de ser también los párrocos? Pero yo debo dejar completamente limpio el recuerdo de ese pobre viejo asegurando que jamás lo había visto antes.

Satterthwaite tuvo que contentarse con aquella declaración.

Capítulo IX

Muriel Wills

El número cinco de Upper Cathcart Road, Tooting, parecía un hogar inapropiado para una escritora satírica. Las paredes de la habitación a la que hicieron pasar a *sir* Charles eran de un color pardusco, como de harina de avena, con un friso de flores. Las cortinas eran de terciopelo rosa. En una de las paredes había varias fotografías. Aquí y allá se veían figurillas de perros de porcelana y el teléfono quedaba oculto bajo una muñeca de pomposas faldas. Completaban el decorado algunas mesitas con objetos de latón de Birmingham, probables imitaciones de Extremo Oriente.

La señorita Wills entró tan silenciosamente que *sir* Charles, ocupado en aquel momento en examinar un ridículo muñeco colocado en el sofá, no la oyó. Al oír su vocecilla diciendo: «¿Cómo está usted, *sir* Charles? ¡Es un verdadero placer!», se volvió con rapidez.

El traje que la escritora llevaba parecía estar colgado de una percha y las medias, por lo arrugadas que estaban, recordaban un acordeón. Calzaba unos zapatos de tacón muy alto.

Sir Charles estrechó su mano, aceptó un cigarrillo y se sentó en el sofá, junto al muñeco. La señorita Wills se acomodó frente a él. El sol que entraba por la ventana hacía brillar sus lentes.

—Ha sido usted muy amable al venir. Mi madre estará muy contenta. Adora el teatro, sobre todo las obras románticas. No hace más que hablar de aquella obra en que usted hacía de príncipe que estudiaba en la universidad. Siempre ve las funciones de tarde y es de las que se pasan todo el rato comiendo bombones.

—¡No sabe usted la alegría que da saber que lo recuerdan a uno!

¡El público es tan olvidadizo!

—Se volverá loca de alegría al conocerlo. El otro día vino la señorita Sutcliffe y mi madre se emocionó con ella.

—¿Estuvo aquí Angela?

—Sí, está ensayando una obra mía. Se titula *El perrito que reía*.

—Ya había leído algo de eso. El título de la obra es muy sugestivo.

—Me encanta que piense eso. A la señorita Sutcliffe le gustó. Es la versión moderna de una canción de cuna: muchas palabras y tonterías sin sentido. Por supuesto, todo gira alrededor del papel de la señorita Sutcliffe. Todo el mundo baila a su compás. Esa es la idea.

—No está mal. El mundo actual es como los alegres versos de una canción: «Y el perrito se rio al descubrir el juego». —Y pensó para sí: Desde luego esta mujer es como el perrito que te mira y se ríe.

El rayo de sol que hacía brillar las gafas de la señorita Wills se apagó y el actor vio sus ojos, de un azul pálido, que le miraban inteligentes.

Esta mujer tiene un endiablado sentido del humor, pensó.

—¿Adivina usted qué me ha traído aquí?

—Supongo que no habrá venido solo para verme.

Sir Charles notó la gran diferencia que había entre la manera de hablar y la manera de escribir de aquella mujer. En el papel, la señorita Wills era ingeniosísima y cínica. Hablando, era astuta.

—En realidad, fue Satterthwaite quien me metió la idea en la cabeza. Se precia de ser un buen observador de caracteres.

—Es muy observador en lo que se refiere a las personas. Observarlas es una afición para él, estoy casi segura.

—Está convencido de que si hubo algo raro en la fiesta de Melfort, usted tuvo que notarlo.

—¿Le ha dicho eso?

—Sí.

—Yo estaba muy interesada, lo admito. Nunca había presenciado un crimen tan de cerca. Una escritora ha de ir tomando nota de todo lo que ve. Por lo tanto, procuro utilizar cualquier cosa como modelo.

—Me imagino que esa es la primera regla.

—Por consiguiente, procuré anotar tantos detalles como me fue posible.

Era la confirmación de las palabras de Beatrice: «Husmeaba por todas partes».

—¿De los huéspedes?

—Sí, de los huéspedes.

—¿Qué descubrió?

Los lentes se movieron.

—No descubrí nada; de lo contrario, ya se lo habría contado a la policía.

—Pero seguramente notaría algo.

—Yo siempre noto algo. No puedo evitarlo.

—¿Qué es lo que notó?

—¡Oh, nada de particular! Hice ciertas observaciones del carácter de algunas personas. ¡La gente es tan interesante! Tan particular, si entiende lo que quiero decir.

—¿Particular? ¿En qué?

—No sé cómo explicarme. Soy muy torpe al explicar las cosas.

—Su pluma es más mortífera que su lengua.

—No es usted muy amable, *sir* Charles, al llamarme mortífera.

—Reconozca usted, señorita Wills, que con una pluma en la mano no tiene piedad de nada ni de nadie.

—Es usted mucho más dañino que yo. ¡Es usted el que está siendo mortífero conmigo!

Es preciso que salgamos de este atolladero en que nos hemos metido, dijo para sí Cartwright.

—¿De manera que no hubo nada en concreto que llamara su atención?

—No, aunque sí note una cosa que debiera haber contado a la policía, pero me olvidé.

—¿Qué fue?

—El mayordomo. Tenía una marca en la muñeca izquierda semejante a una fresa. Me fijé cuando estaba sirviendo la verdura. Supongo que ese detalle podría ser de utilidad.

—De mucha utilidad. La policía está tratando de encontrar a ese hombre. Es usted una mujer admirable. Ni los invitados ni los criados advirtieron esa marca.

—La mayoría de la gente no usa los ojos como es debido.

—¿Me puede usted decir el sitio exacto donde estaba la marca y la forma que tenía?

—¿Quiere usted enseñarme la muñeca?

El actor extendió el brazo.

—Gracias. Estaba aquí —y señaló el lugar con el dedo—. Era del tamaño de una moneda de seis peniques y tenía la forma del mapa de Australia.

—Muchas gracias, me ha quedado claro —dijo *sir* Charles, retirando su brazo.

—¿Cree usted que debería escribir a la policía diciéndoselo?

—¡Claro que sí! Será de gran utilidad para seguir la pista de ese hombre. En las novelas de misterio, el malvado siempre tiene alguna marca identificadora. No creí posible que la vida real se sirviera de tan anticuados y manidos recursos.

—En las novelas es siempre una cicatriz.

—Una señal de nacimiento sirve también para el caso —exclamó Cartwright. Parecía un chiquillo contento—. Lo malo es —continuó — que la mayoría de las personas son un tanto anodinas, no hay nada en ellas que destaque.

La comediógrafa le miró, interrogadora.

—El viejo Babbington, por ejemplo —dijo Cartwright—, tenía una vaga personalidad. Es muy difícil recordarlo.

—Sus manos, sin embargo, eran muy características. Lo que yo llamo unas manos de erudito. Estaban un poco deformadas a causa de la artritis, pero sus dedos eran finos y las uñas bonitas.

—¡Qué observadora es usted! ¡Ah, claro! Lo conocería ya de antes.

—¿Al señor Babbington?

—Sí, recuerdo que él me habló de ello. ¿Dónde me dijo que la había visto?

La escritora movió la cabeza.

—¿A mí? Sin duda me confunde usted con otra o se confundió él. Yo nunca lo había visto.

—Será una confusión mía. Creía que me había dicho que fue en Gilling.

Miró fijamente a su interlocutora, pero esta parecía muy tranquila.

—No —repitió.

—¿Se le ha ocurrido alguna vez que quizá él también pudo haber sido asesinado?

—Sé que usted y la señorita Lytton Gore lo creían.

—¡Oh! ¿Y usted qué cree?

—A mí no me parece probable.

Un poco disgustado por la falta de interés que la señorita Wills demostraba, *sir* Charles pasó a otra cuestión.

—¿Nombró acaso *sir* Bartholomew a una tal señora de Rushbridger?

—No, no lo recuerdo.

—Era una enferma suya que sufre de los nervios y de pérdida de memoria.

—Sí, habló de un caso de esos. Dijo que, mediante el hipnotismo, podía recuperarse la memoria.

—¿Dijo eso? Me pregunto si es significativo. ¿No puede usted decirme nada más? ¿Nada sobre alguno de los invitados?

—No.

—¿De la señora Dacres o de su marido o de la señorita Sutcliffe o de Oliver Manders?

A medida que iba pronunciando los nombres, la miraba fijamente a los ojos.

—Lo siento, pero no soy capaz de decirle nada.

—Bueno —se levantó—, Satterthwaite sufrirá un desengaño.

—Lo siento mucho.

—Yo también por haber venido a molestarla. Supongo que estaría escribiendo.

—Sí, en efecto.

—¿Otra obra de teatro?

—Sí, pienso reflejar en ella algunos de los invitados a la fiesta de la abadía de Melfort.

—¿Alguna sátira?

—Sí, pero me he dado cuenta de que la gente nunca se da por enterada —se rio—, especialmente si una es mortífera de veras.

—¿Quiere usted decir que todos sobrevaloramos nuestra personalidad y no reconocemos la auténtica si nos es mostrada brutalmente? Tenía yo razón, señorita Wills, al decir que es usted una mujer cruel.

La autora se echó a reír.

—No se asuste usted, *sir* Charles. Las mujeres no acostumbran a ser crueles con los hombres a menos que se trate de uno en particular. Solo lo somos con las otras mujeres.

—Lo cual quiere decir que ha hundido usted su estilete en alguna desgraciada. ¿De quién se trata? Quizá lo descubra. Cynthia no es muy grata a las de su mismo sexo.

La autora no contestó. Siguió sonriendo con expresión felina.

—¿Escribe usted su obra o la dicta?

—La escribo yo y después la hago pasar a máquina.

—Debería usted tener una secretaria.

—Tal vez. Todavía tiene usted a aquella inteligente señorita Milray, ¿verdad?

—¡Sí, ya lo creo! Ha estado algún tiempo con su madre en el campo, pero ya ha vuelto. Es una mujer muy eficiente.

—Ya me lo imaginaba. Es quizá un poco impulsiva.

—¿Impulsiva la señorita Milray?

Cartwright estaba asombrado. Nunca le había pasado por la imaginación que la señorita Milray fuese impulsiva.

—Solo en algunas ocasiones —siguió la escritora.

Sir Charles movió la cabeza.

—La señorita Milray es la perfecta mujer robot. Bien, señorita Wills, me retiro. Perdóneme por haberla molestado y no se olvide de explicarle aquello a la policía.

—¿Lo de la marca en la muñeca derecha del mayordomo? No, no me olvidaré.

—Bien, adiós. ¡Ah! Un momento. ¿Ha dicho usted la muñeca derecha? Antes dijo la izquierda.

—¿Lo dije? ¡Qué tonta soy!

—Al final, ¿qué muñeca era?

La escritora frunció el entrecejo.

—Déjeme pensar. Yo estaba sentada así y él… ¿Querría usted alargarme ese plato de bronce, *sir* Charles, como si se tratara de una bandeja con verduras? Por el lado izquierdo.

Sir Charles le presentó la bandeja.

—¿Más coles, *mademoiselle*?

—Gracias, ahora estoy segura. Era en la muñeca izquierda, como dije antes. Soy una estúpida.

—No, no. Una confusión entre derecha e izquierda es muy

natural.

Se despidió por tercera vez.

Mientras cerraba la puerta, miró hacia atrás. La autora no le miraba. Seguía en el mismo sitio donde la había dejado. Tenía la vista clavada en el fuego y en su rostro había una expresión maliciosa.

Sir Charles estaba asombrado.

Esta mujer sabe algo. Juraría que está enterada de alguna cosa y no lo quiere decir. Pero ¿qué diablos sabe?

Capítulo X

Oliver Manders

En la oficina de Messrs. Speier & Ross, el señor Satterthwaite preguntó por Oliver Manders y dio su tarjeta.

Enseguida fue escoltado hasta un despacho donde estaba Manders, sentado detrás de un escritorio.

El joven se levantó y estrechó la mano del visitante.

—Muchas gracias por haber venido a verme.

Su tono significaba: «Debo decirle esto por cortesía. Pero en realidad, es un fastidio verle aquí».

Sin embargo, Satterthwaite no se dio por enterado. Se sentó, sacó un pañuelo y se sonó.

—¿Ha visto las noticias de esta mañana?

—¿Se refiere usted a la situación financiera? El dólar…

—Nada de dólares. El resultado de la exhumación de Loomouth. Babbington fue envenenado con nicotina.

—¡Ah, sí! Ya lo he visto. Nuestra dinámica Egg estará satisfecha. Ella insistió siempre en que se trataba de un asesinato.

—¿A usted no le interesa?

—No tengo gustos tan poco refinados. Al fin y al cabo, el asesinato… —Se encogió de hombros—. ¡Es una cosa tan poco artística!

—No siempre es así.

—¿No? Bien, quizá no.

—Depende de quién cometa el crimen. Usted, por ejemplo, estoy seguro de que cometería un crimen de una manera muy artística.

—Es usted muy amable.

—Pero sea sincero, mi querido muchacho. No creo gran cosa del

accidente que usted, sin duda, simuló. Y me temo que la policía tampoco lo cree.

Hubo un momento de silencio. Luego, una estilográfica cayó al suelo.

—Perdone, pero creo que no le entiendo.

—Esa comedia tan poco artística que llevó usted a cabo en la abadía de Melfort. Me gustaría saber a qué obedeció.

Se hizo otro largo silencio. Por último, Oliver preguntó:

—¿Dice usted que la policía sospecha?

—Es algo sospechoso, ¿no le parece? —preguntó, sonriendo—. Pero tal vez tenga usted una buena explicación.

—Tengo una explicación aunque no sé si es buena o no.

—¿Me permite que sea yo quien la juzgue?

—Me presenté allí de aquella manera por sugerencia de *sir* Bartholomew.

—¿Qué?

—Es un poco extraño, ¿verdad? Sin embargo, es verdad. Recibí una carta de *sir* Bartholomew indicándome que fingiera un accidente que me obligase a pedir hospitalidad en la casa. Decía que no podía exponer las razones por escrito, pero que me lo explicaría todo a la primera oportunidad.

—¿Se lo explicó?

—No. Llegué allí un poco antes de la cena. No llegué a verle a solas y, al final de la cena, murió.

El aburrimiento había desaparecido del rostro de Oliver. Sus oscuros ojos estaban clavados en Satterthwaite. Parecía estudiar atentamente las reacciones que producían sus palabras.

—¿Guarda usted esa carta?

—No, la rompí.

—¡Qué lástima! ¿No se lo ha dicho a la policía?

—No. Parecía demasiado fantástico.

—Es fantástico.

Satterthwaite movió la cabeza. ¿Habría escrito, en realidad, aquella carta *sir* Bartholomew? Una cosa así no era muy propia de él. La historia tenía algo de teatral y era poco adecuada a la seriedad de un médico.

Levantó la vista hacia el joven. Oliver seguía con la mirada clavada en él. Satterthwaite pensó: Está tratando de descubrir si me

trago su cuento.

—¿*Sir* Bartholomew no dejó vislumbrar el por qué de su petición?

—No.

—¡Qué cosa más extraña!

Oliver no dijo nada.

—¿Usted acudió a su requerimiento?

La expresión de fastidio reapareció en parte.

—Sí, era algo que se salía de la rutina normal. Yo sentí cierta curiosidad, lo confieso.

—¿No hay nada más?

—¿Qué quiere usted decir?

Satterthwaite no estaba muy seguro de lo que quería decir. Parecía como si le guiase un oscuro instinto.

—Quiero decir si no hay algo más que se pueda explicar referente a usted.

Tras unos segundos de silencio, el joven se encogió de hombros.

—Será mejor que se lo cuente. Supongo que esa mujer no es de las que saben contener la lengua.

Satterthwaite le dirigió una mirada interrogadora.

—Fue la mañana siguiente del crimen. Yo estaba hablando con esa Anthony Astor cuando, al sacar la cartera del bolsillo, se me cayó al suelo un papel. Ella lo recogió para dármelo.

—¿Qué papel era ese?

—Por desgracia, lo miró antes de que yo lo cogiese. Era un recorte de periódico que hablaba de la nicotina, de lo terrible que es ese veneno, de sus efectos y de sus aplicaciones.

—¿Cómo se interesó usted por ese asunto?

—Nunca sentí el menor interés, aunque supongo que sería yo mismo quien metió ese recorte en mi cartera, pero no recuerdo cuándo lo hice. Mal asunto, ¿verdad?

¡Vaya una historia más fantástica!, pensó Satterthwaite.

—Supongo —continuó Oliver— que ya habrá ido a la policía con esa historia.

Satterthwaite meneó la cabeza.

—No lo creo. Me parece que es una mujer que gusta de guardarse las cosas para ella. Es una coleccionista de conocimientos humanos.

—Soy inocente, se lo aseguro.

—No he dicho que fuera culpable.

—Pero alguien lo habrá hecho, alguien ha puesto a la policía sobre mi pista.

—No, no.

—Entonces, ¿por qué ha venido usted aquí?

—En parte, por el resultado de mis investigaciones. Y, en parte, por el consejo de un amigo.

—¿Qué amigo?

—Hércules Poirot.

—¡Ese hombre! —El color desapareció del rostro de Oliver—. ¿Está en Inglaterra?

—Sí.

—¿Por qué ha vuelto?

Satterthwaite se puso en pie.

—¿Por qué sigue un perro el rastro de un conejo?

Satisfecho de su réplica, salió de la habitación.

Capítulo XI

Poirot da una fiesta

Poirot escuchaba atentamente, sentado en un cómodo sillón de su habitación del Ritz.

Egg estaba apoyada en el respaldo de una silla, *sir* Charles frente a la chimenea y Satterthwaite, sentado un poco más lejos, observaba el grupo.

—Es un fracaso absoluto —opinó Egg.

—No, exagera usted. En lo que se refiere al señor Babbington, no han conseguido gran cosa, es verdad, pero han logrado otras informaciones muy sugerentes —le corrigió Poirot.

—La señorita Wills sabe algo —afirmó *sir* Charles—. Juraría que está enterada de algo importante.

—El capitán Dacres tampoco tiene la conciencia muy tranquila. Y la señora Dacres tiene una apremiante necesidad de dinero. *Sir* Bartholomew frustró la posibilidad de conseguir lo que necesitaba.

—¿Qué le parece el relato del joven Manders? —preguntó Satterthwaite.

—Muy curioso, todo ello muy impropio de Strange.

—¿Quiere usted decir que es mentira? —intervino *sir* Charles.

—Hay tantas clases de mentiras —contestó Poirot—. Esa señorita Wills ha escrito una obra para la señorita Sutcliffe, ¿verdad?

—Sí. Se estrenará el próximo viernes por la noche.

—¡Ah!

Guardó otra vez silencio.

—Díganos qué es lo que debemos hacer ahora —le apremió Egg.

—Solo una cosa: pensar.

—¿Pensar? —exclamó la joven. En su voz había cierto tono de disgusto.

—Eso mismo. ¡Pensar! Con el pensamiento se alcanzan a resolver todos los problemas.

—¿No podemos hacer algo?

—A usted solo le gusta la acción, ¿verdad, *mademoiselle*? Claro que todavía hay cosas que hacer. Tenemos, por ejemplo, ese pueblo, Gilling, donde el señor Babbington vivió durante muchos años. Puede usted investigar allí. Según me ha dicho, la madre de la señorita Milray vive allí y está paralítica. Una paralítica suele enterarse de todo. Oye todo lo que se dice y no olvida nada. Interróguela y quizá saque algo en limpio, ¿quién sabe?

—¿Usted no va a hacer nada? —insistió Egg.

—¿Hace usted hincapié en que debo ser más activo? *Eh bien*, se hará lo que usted desea. Solo que no saldré de este lugar. Estoy muy bien aquí. Pero voy a contarle lo que haré. Daré una fiesta. Eso es muy elegante, ¿verdad?

—¿Una fiesta?

—*Précisément*, y a ella invitaré a la señora Dacres, a su marido, a la señorita Sutcliffe, a la señorita Wills, al señor Manders y a su encantadora madre, *mademoiselle*.

—¿Y a mí?

—Claro, a usted también. Todos los que están aquí presentes quedan incluidos en la invitación.

—¡Hurra! —gritó Egg—. No me ha defraudado usted, *monsieur* Poirot. Algo importante ocurrirá en esa fiesta, ¿verdad que sí?

—Ya lo veremos. Pero no se haga demasiadas ilusiones. Ahora déjeme un momento con *sir* Charles, quiero pedirle consejo sobre algunos asuntos.

Mientras Egg y Satterthwaite aguardaban junto al ascensor, la joven dijo, arrobada:

—¡Es estupendo, parece una novela de misterio! Estarán en la fiesta todos los sospechosos y, al final, *monsieur* Poirot descubrirá al culpable.

—¡Ojalá! —contestó Satterthwaite.

La fiesta tuvo lugar el lunes por la tarde. Todos acudieron a la invitación. La encantadora e indiscreta señorita Sutcliffe se echó a reír mientras dirigía una mirada a su alrededor.

—Parece el salón de una araña, *monsieur* Poirot. Todos hemos acudido como moscas. Estoy segura de que va usted a hacernos un maravilloso resumen de esos crímenes y que luego, de pronto, señalándome a mí, dirá: «Ella es la culpable». «Sí», repetirán los demás, «ella los mató». Entonces yo me echaré a llorar y, como soy muy sugestionable, confesaré que soy la criminal. Oh, *monsieur* Poirot, estoy muy asustada.

—*Quelle histoire*! —exclamó Poirot mientras servía el jerez. Le ofreció una copa—. Esta es una reunión amistosa. No hablemos de asesinatos, matanzas ni veneno. *La, la*! Esas cosas estropean el paladar.

Ofreció una copa a la señorita Milray, que había acompañado a *sir* Charles y estaba de pie con una terrible expresión en la cara.

—*Voilà*! —exclamó cuando hubo terminado de servirla—. Olvidemos la ocasión en que nos conocimos. Comamos y bebamos alegremente, tal vez mañana habremos muerto. Ah, *malheur*! He vuelto a nombrar la muerte. Señora —se inclinó ante la señora Dacres—, me permito desearle suerte y felicitarla por el traje tan bonito que lleva.

—Esta por ti, Egg —dijo *sir* Charles.

—¡Salud! —dijo Freddie Dacres.

Todos hablaban. Había un ambiente de forzada alegría, todo el mundo trataba de aparentar alegría y despreocupación, pero el único que estaba alegre de verdad era Poirot.

—Prefiero mil veces el jerez a los cócteles, mil millones de veces al *whisky*. *Ah, quelle horreur* ¡el *whisky*! Bebiendo *whisky* se destroza uno el paladar. Para apreciar los delicados vinos de Francia, nunca, absolutamente nunca… ¡Ah! *Qu'est-ce qu'il y a*?

Un extraño sonido, algo así como un grito ahogado, le interrumpió. Todos se volvieron hacia *sir* Charles, quien, con el rostro convulso, se había puesto en pie. De sus manos se escurrió la copa que sostenía, dio unos pasos vacilantes y al fin se desplomó.

Durante unos segundos, reinó en la habitación un profundo silencio. Luego, Angela lanzó un grito, mientras Egg se inclinaba sobre el caído.

—¡Charles! —gritó—. ¡Charles!

Satterthwaite la sostuvo.

—¡Dios mío! —exclamó *lady* Mary—. ¡Que no sea otro crimen!

—¡También ha sido envenenado! —sollozó la actriz—. ¡Esto es espantoso, Dios mío, esto es espantoso!

Se desplomó sobre el sofá, histérica.

Poirot se había hecho cargo de la situación y estaba arrodillado junto al caído. Los demás, puestos en pie, aguardaban a que terminase el reconocimiento. Al fin, se levantó y se limpió mecánicamente los pantalones. Miró a su alrededor. Volvía a reinar un profundo silencio, quebrantado solo por los convulsivos sollozos de Angela Sutcliffe.

—Amigos míos… —empezó el detective.

Egg le interrumpió con violencia.

—¡Es usted un loco! Vea lo que ha conseguido con su absurda comedia. Es muy importante, muy listo, lo sabe todo y ha permitido que ocurriese esto. ¡Otro asesinato ante sus propias narices! Si hubiera dejado que las cosas siguieran su curso, esto no hubiera sucedido. Ha sido usted quien ha matado a Charles. Usted… usted…

Se detuvo, incapaz de encontrar la palabra apropiada.

Poirot movió la cabeza.

—Es verdad, *mademoiselle*, lo confieso. He sido yo quien ha matado a *sir* Charles. Pero soy un criminal muy particular. Puedo matar y puedo devolver la vida.

Se volvió y, con otro tono de voz, dijo:

—Lo ha hecho usted muy bien, *sir* Charles. ¡Le felicito! Será cuestión de levantar otra vez el telón.

El actor se levantó y, riéndose, se inclinó burlonamente. Egg lanzó un grito.

—¡*Monsieur* Poirot, es usted un… es un bruto!

—¡Charles —exclamó Angela—, eres el mismísimo diablo!

—Pero ¿por qué?

—¿Por qué demonios?

—¿Cómo?

—Señoras y señores, les pido perdón por el susto que les he dado —dijo Poirot—. Esta pequeña farsa era necesaria para demostrarles a ustedes, y de paso demostrarme a mí mismo, un hecho que mi razón daba como cierto. Escuchen. Entre las copas de esta bandeja, he colocado una con una cucharada de agua, como si fuese nicotina. Las copas son iguales a las de *sir* Charles y *sir* Bartholomew. Debido al grueso del cristal, el líquido que se ha echado dentro no se

distingue ya que es incoloro. Imaginemos, pues, la copa de oporto de *sir* Bartholomew; una vez colocada la bandeja en la mesa, alguien echó dentro de una copa una cantidad suficiente de nicotina pura. Esto estaba al alcance de cualquiera: el mayordomo, la camarera o alguno de los invitados o invitadas, que bajó un momento y entró en el comedor cuando no había nadie. Llegan los postres, se sirve el oporto, la copa se llena y *sir* Bartholomew bebe y muere. Esta noche hemos simulado una tercera tragedia: le pedí a *sir* Charles que hiciese el papel de víctima y lo ha hecho a la perfección. Ahora, supongamos por un momento que no se trata de una farsa, sino de algo real. *Sir* Charles ha muerto. ¿Qué es lo primero que haría la policía?

—Pues coger la copa, desde luego —señaló Angela, e indicó el lugar donde esta había caído—. Usted no ha puesto más que agua, pero si llega a ser nicotina…

—Supongamos que fuera nicotina. —Poirot empujó la copa con la punta del pie—. ¿Cree usted que la policía haría analizar la copa y que encontrarían en ella restos de nicotina?

—Seguro.

Poirot negó lentamente con la cabeza.

Todos le miraron.

—Vean, esa copa no es la de *sir* Charles —anunció y, sonriendo orgulloso, sacó otra del bolsillo—. La copa de *sir* Charles es esta. Se trata, como ustedes ven, de la teoría de los juegos de manos. La atención no puede estar en dos sitios a la vez. Para hacer mi truco he necesitado atraer la atención de todos hacia otro lugar. Bien, pues basta un momento especial, psicológico. Cuando *sir* Charles cae muerto, todos tratan de aproximarse al caído y nadie, nadie en absoluto, mira a Hércules Poirot, quien en aquel momento cambia las copas y nadie lo nota. Esto, como ustedes ven, demuestra mi teoría. Un momento así tuvo lugar en Crow's Nest y otro en la abadía de Melfort. Por eso no se encontró nada en la copa del cóctel ni en la del oporto.

—¿Quién hizo el cambio, entonces? —preguntó Egg.

—Eso todavía hemos de descubrirlo.

—¿No lo sabe?

El detective se encogió de hombros.

Los invitados empezaron a mostrar deseos de marcharse. Sus

maneras se volvieron frías al comprender que se habían burlado de ellos. Poirot los detuvo.

—Un momento, por favor. Tengo que decirles una cosa más. Esta tarde hemos hecho una comedia. Pero esta comedia podría repetirse dentro de poco y convertirse en una tragedia. Tal vez el asesino lo hará por tercera vez. Me dirijo a todos los aquí presentes. Si alguno de ustedes sabe algo que pueda ser de utilidad a la policía, le ruego que hable ahora. Guardar silencio en estos momentos resultaría peligroso, tanto, que la muerte sería el resultado de ese silencio. Repito otra vez que si alguien sabe algo, que lo diga ahora mismo.

A *sir* Charles le hizo el efecto que el requerimiento de Poirot iba dirigido especialmente a la señorita Wills. Si fue así, no obtuvo ningún resultado. Nadie dijo una palabra. Con un suspiro, Poirot dejó caer la mano.

—¡Que sea lo que Dios quiera! Yo ya les he avisado, no puedo hacer nada más. Recuerden que callar es peligroso.

Los invitados se fueron retirando.

Egg, *sir* Charles y Satterthwaite se quedaron.

Egg no había perdonado a Poirot. Estaba sentada, silenciosa, con el rostro como la grana y expresión iracunda en los ojos. No miraba para nada a *sir* Charles.

—Ha sido un trabajo condenadamente limpio, Poirot —dijo Cartwright.

—¡Asombroso! —exclamó Satterthwaite—. Nunca hubiera creído que se pudiese hacer ese cambio ante mi vista sin darme cuenta.

—Por eso no me confié a nadie. Solo así saldría bien el experimento.

—¿Ha sido esa la única razón que le ha impulsado a usted a planear esta comedia?

—Verá usted, no. Tenía otra.

—¿Sí?

—Deseaba ver la expresión de cierta persona en el momento en que *sir* Charles caía muerto.

—¿De quién? —preguntó Egg.

—¡Ah! Ese es mi secreto.

—¿Vigilaba usted a esa persona? —dijo Satterthwaite.

—Sí.

—¿Y bien?

El detective no contestó.

—¿No va usted a decirnos lo que vio?

—Vi una expresión de sorpresa.

Egg contuvo la respiración.

—¿Quiere usted decir que sabe quién es el asesino?

—Si así le place a usted, *mademoiselle*…

—Entonces, ¡es que ya lo sabe todo!

—No, al contrario, no sé nada. No sé por qué Stephen Babbington fue asesinado. Lo único que sé es que no puedo probar nada. Todo depende de eso, del motivo del asesino para matar a Stephen Babbington.

Llamaron a la puerta y entró un botones con un telegrama.

El detective lo abrió. La expresión de su rostro cambió instantáneamente. Tendió el telegrama a *sir* Charles.

Egg se apresuró a mirar por encima del hombro del actor. El telegrama decía lo siguiente:

> *Venga a verme enseguida, puedo proporcionarle valiosa información sobre la muerte de sir Bartholomew.*
>
> *MARGARET DE RUSHBRIDGER.*

—¡La señora de Rushbridger! —gritó *sir* Charles—. Luego teníamos razón. Tiene algo que ver con el crimen.

Capítulo XII

Un día en Gilling

Enseguida se entabló una animada discusión. Buscaron una guía de ferrocarriles. Se decidió, por fin, que era mejor tomar el primer tren que ir en coche.

—Gracias a Dios, vamos a ver clara esta parte del misterio —dijo Cartwright.

—¿Cuál cree usted que es ese misterio? —le preguntó Egg.

—No lo sé, pero seguro que arroja alguna luz sobre el asunto de Babbington. Seguramente la sorpresa que Tollie preparaba a sus invitados tenía algo que ver con la señora de Rushbridger. De esto creo que podemos estar seguros. ¿No le parece, *monsieur* Poirot?

Poirot meneó la cabeza, perplejo.

—Este telegrama complica las cosas. Hemos de darnos prisa, mucha prisa.

Satterthwaite no veía la razón de tanta prisa, pero asintió con cortesía.

—Desde luego, debemos tomar el primer tren de la mañana. Es decir, ¿creen que es necesario que vayamos todos?

—*Sir* Charles y yo habíamos decidido ir juntos a Gilling —dijo Egg.

—¿Y si lo dejamos para otro día? —propuso Cartwright.

—No veo por qué. No hay necesidad de que vayamos todos a Yorkshire. Sería absurdo. Poirot y Satterthwaite pueden ir a Yorkshire, y *sir* Charles y yo a Gilling —replicó Egg.

—Preferiría ver qué hay en el asunto de la señora de Rushbridger. Yo fui el primero que habló con la directora del sanatorio. Digamos que ya puse mi granito de arena allí.

—Por eso es mejor que se aparte. Ya ha contado un montón de mentiras y, si esta mujer ha vuelto en sí, podría descubrir sus mentiras. En cambio, creo que es mucho más importante que vaya a Gilling —replicó Egg—. Si hemos de ver a la madre de la señorita Milray, se confiará mucho más a usted que a cualquier otro. Usted es el jefe de su hija y, por lo tanto, tendrá más confianza.

Sir Charles contempló el encendido rostro de Egg.

—Iré a Gilling. Creo que tiene usted razón.

—Ya sé que la tengo.

—Creo que es una excelente decisión —opinó el detective—. Como dice *mademoiselle, sir* Charles es la persona indicada para entrevistarse con la señora Milray. Quién sabe si no descubrirá usted cosas mucho más importantes.

Una vez dispuestas así las cosas, a la mañana siguiente *sir* Charles fue a buscar a Egg en su coche. Poirot y Satterthwaite habían salido de Londres en tren.

Era una fresca y encantadora mañana. Egg sentía que el alma se le llenaba de alegría mientras iban circulando por los atajos que *sir* Charles conocía.

Finalmente, tomaron la carretera de Folkestone. Después de pasar por Maidstone, *sir* Charles consultó el mapa y, tras dejar la carretera, entraron en un camino vecinal. Era mediodía cuando llegaron a su destino.

Gilling era un pueblo que parecía olvidado por la civilización. Constaba de una vieja iglesia, la rectoría, dos o tres tiendas, una hilera de casas sencillas y tres o cuatro edificios nuevos. Todo aquel conjunto hacía de la aldea un lugar muy atractivo.

La madre de la señorita Milray vivía en una casa, al otro lado de la iglesia.

—¿La señorita Milray está enterada de esta visita? —preguntó Egg.

—¡Oh, sí! Le escribió para avisarla.

—¿Cree usted que eso ha sido conveniente?

—¿Por qué no?

—No sé. Sin embargo, no la ha traído con usted.

—No lo he hecho porque, como es una mujer tan sabihonda, no me hubiera dejado hablar y habría llevado la voz cantante.

Egg se echó a reír.

La señora Milray era la antítesis de su hija, moral y físicamente. La señorita Milray era dura; ella, suave. La mujer estaba sentada en un sillón, colocado junto a la ventana, para poder observar todo lo que ocurría fuera de la casa.

Parecía encantadísima de la llegada de sus visitantes.

—Ha sido usted muy amable, *sir* Charles. Mi Violet (¡Violet! Qué nombre tan poco adecuado para la señorita Milray) me ha hablado mucho de usted. No sabe cuánto le admira. Ha sido muy interesante para ella trabajar con usted todos estos años. ¿No se sienta usted, señorita Lytton Gore? Perdonen que no me levante, hace años que no puedo valerme de mis piernas. El señor lo quiso, no me quejo, y lo único que puedo decir es que una llega a acostumbrarse a todo. ¿Verdad que tomarán algo?

Egg y *sir* Charles rehusaron la invitación, pero la señora Milray no hizo caso. Dio unas palmadas y, a los pocos momentos, apareció una criada con una bandeja con té y pastas. Mientras lo tomaban, *sir* Charles fue directo al asunto que les había llevado allí.

—¿Supongo que estará usted enterada de la trágica muerte del señor Babbington, que fue párroco de este pueblo?

—¡Ya lo creo! He leído lo de la exhumación y no alcanzo a imaginar siquiera quién pudo querer asesinarlo. Era un hombre muy bueno y aquí lo querían mucho, tanto a él como a sus hijos.

—Es un gran misterio. Estamos desesperados. Tal vez usted pueda proyectar alguna luz sobre el asunto.

—¿Yo? Pero si no he visto a los Babbington desde hace… déjeme pensar un momento… Por lo menos debe de hacer unos quince años.

—Ya lo sé, pero tenemos la impresión de que tiene que haber algo en su pasado que haya motivado su asesinato.

—No se me ocurre nada. Llevaban una vida muy recogida y difícil, pobre gente, con todos aquellos chiquillos.

La señora Milray trató de recordar, pero sus recuerdos arrojaron muy poca luz sobre el problema que ellos habían ido a resolver.

Cartwright le enseñó la ampliación de una instantánea en la que estaban los Dacres, un retrato de Angela Sutcliffe cuando era joven y una horrorosa fotografía de la señorita Wills recortada de un periódico. La señora Milray las miró atentamente sin dar la menor muestra de reconocer a ninguno de ellos.

—No recuerdo a nadie. Claro que ha pasado mucho tiempo. Pero de todos modos, esto es muy pequeño. La gente siempre es la misma. Las señoritas Agnew, las hijas del doctor, están todas casadas y se marcharon de aquí; el nuevo médico es soltero; la anciana señorita Cayleys murió hace algunos años; y, en cuanto a los Richardson, él murió y ella se marchó a Gales. Están, además, los campesinos, pero esos no han cambiado casi nada. Estoy segura de que Violet les hubiera podido contar lo mismo que yo. Ella era entonces una chiquilla y se pasaba el día en la rectoría.

Sir Charles trató, sin conseguirlo, de imaginarse a la señorita Milray como una muchacha joven.

Preguntó a la señora Milray si conocía a alguna persona llamada de Rushbridger, pero aquel nombre no le recordaba nada.

Poco después, se despidieron de la anciana.

Lo primero que hicieron fue tomar una comida rápida en una panadería cercana. Cartwright había estado suspirando por un cocido de carne en alguna otra parte, pero Egg le indicó que allí podrían enterarse de los cotilleos locales.

—Los huevos pasados por agua y un poco de pan no le harán daño —dijo, severa—. Los hombres son tan quisquillosos con la comida.

—Siempre he encontrado los huevos pasados por agua muy deprimentes —opinó el actor dócilmente.

La mujer que les sirvió era muy comunicativa. Había leído todo lo de la exhumación y se había emocionado mucho. «¡Pobre señor! Entonces —explicó— yo era muy joven, pero lo recuerdo perfectamente».

Sin embargo, no pudo decirles gran cosa sobre Babbington.

Después de comer, fueron a la iglesia y estuvieron mirando el registro de los nacimientos y matrimonios. Tampoco allí encontraron nada.

Fueron luego al cementerio y se entretuvieron leyendo los nombres de las lápidas.

—¡Vaya nombrecitos! —dijo la joven—. Fíjese, aquí está enterrada toda una familia llamada Stavepenny y allí hay una Mary Ann Sticklepath.

—Sin embargo, ninguno es tan raro como el mío —murmuró *sir* Charles.

—¿Cartwright? A mí no me parece raro.

—No me refiero a Cartwright. Cartwright es mi nombre de teatro, que acabé adoptando legalmente.

—¿Cuál es su verdadero nombre?

—No puedo decírselo. Es un pecado.

—¿Tan feo es?

—Más que feo es humorístico.

—¡Oh! Dígamelo.

—Eso sí que no.

—Por favor.

—No.

—¿Por qué no?

—Se reiría.

—Le aseguro que no.

—No podría contenerse.

—Vamos, no sea usted malo, dígame su nombre.

—¡Qué muchacha más pesada! ¿Por qué lo quiere saber?

—Precisamente, porque no me lo quiere decir.

—¡Es usted una chiquilla adorable! —dijo *sir* Charles titubeando un poco.

—No soy ninguna chiquilla.

—¿De veras?

—¡Dígamelo!

Una sonrisa algo triste apareció en el rostro de *sir* Charles.

—Bien, allá va. Mi padre se llama Mugg[4].

—¡No es posible!

—Lo es.

—¡Caramba! Es terrible ir por el mundo llamándose Mugg.

—No me habría permitido llegar muy lejos en mi carrera. Recuerdo que le di vueltas a la idea, entonces yo era muy joven, de llamarme Ludovic Castiglione, pero después me conformé con la versión inglesa y me convertí en Charles Cartwright.

—¿El Charles es auténtico?

—Sí. Mis padrinos se encargaron de eso. —Dudó un momento y luego dijo—: ¿Por qué no me llama Charles y prescinde del *sir*?

—Lo intentaré.

—Ayer ya lo hizo cuando creyó que estaba muerto.

—¡Oh, entonces! —Egg trató de darle a su voz un tono

indiferente.

—Hay momentos, Egg, en que este asunto del crimen no me parece real. Hoy, especialmente, me parece fantástico. Te he de decir una cosa. Me he vuelto supersticioso con esto. He asociado el éxito que supone su resolución con otra clase de éxito. No sé por qué vacilo de esta manera. Tantas veces he declarado mi amor en el teatro y ahora, en la realidad, soy tímido como un colegial. ¿Es a mí o a Manders a quien quieres, Egg? Quiero saberlo. Ayer creía que era yo…

—Y no te equivocaste.

—¡Eres un ángel! —exclamó Cartwright.

—¡Charles, Charles, por Dios, no puedes besarme en un cementerio!

—¡Te besaré donde quiera y cuando quiera! Y tú aceptarás.

—No hemos descubierto nada —dijo Egg cuando regresaban a Londres.

—No digas tonterías. Hemos descubierto lo único interesante para nosotros. ¿Qué me importan a mí todos los clérigos y médicos asesinados? Tú eres lo único que me importa. ¿Te has fijado ya en que te llevo treinta años? ¿Estás segura de que esto no te importa?

—¡No seas tonto! ¿Crees que los demás habrán descubierto algo?

—Mejor para ellos —exclamó él, generoso.

—Antes no eras así, Charles.

Pero el actor ya no interpretaba el papel de gran detective.

—Antes era mi propia obra. Ahora se la dejo toda a Mostachos. Es cosa suya.

—¿Crees que sabe de verdad quién cometió los crímenes? Él dijo que lo sabía.

—Lo más probable es que no tenga la menor idea, pero tiene que defender su reputación profesional.

Egg guardó silencio y Cartwright continuó:

—¿En qué estás pensando?

—Pensaba en la señorita Milray. ¡Su actitud era tan extraña aquella noche que te dije! Apenas acababa de coger el periódico que llevaba la noticia de la exhumación, cuando dijo que no sabía qué hacer.

—¡Eso sí que es imposible! Esa mujer sabe siempre lo que ha de hacer en toda clase de situaciones.

—No bromees, Charles. Parecía preocupada.

—Pero, Egg, cariño, ¿qué me importan a mí las inquietudes de la señorita Milray? ¿Qué me importa a mí nada que no seas tú?

—Sería mejor que te fijases más en los tranvías. No quiero quedarme viuda antes de tiempo.

Llegaron a casa de *sir* Charles a punto para tomar el té. La señorita Milray se dirigió a su encuentro.

—Hay un telegrama para usted, *sir* Charles.

—Muchas gracias, señorita Milray. Ahora le voy a dar una noticia, la señorita Lytton Gore y yo vamos a casarnos.

—¡Oh! Estoy segura de que serán ustedes muy felices.

Había algo extraño en el tono de su voz. Egg lo notó. Pero antes de que pudiera decir nada, Cartwright se volvió hacia ella.

—¡Dios mío, Egg, fíjate en esto! Es de Satterthwaite.

Le mostró el telegrama. Egg lo leyó y abrió desmesuradamente los ojos.

Capítulo XIII

La señora de Rushbridger

Antes de tomar el tren, Poirot y Satterthwaite tuvieron una breve entrevista con la señorita Lyndon, la secretaria de *sir* Bartholomew, que aunque deseaba ayudar en lo posible al esclarecimiento de los hechos, no tenía nada importante que contarles. La señora de Rushbridger aparecía en el registro de enfermos de *sir* Bartholomew, pero no había nada en su ficha que pudiera servirles.

Los dos hombres llegaron al sanatorio alrededor de las once. La criada que abrió la puerta parecía muy excitada. Satterthwaite pidió hablar con la directora.

—No sé si podrá verles a ustedes esta mañana —dijo la muchacha.

Satterthwaite sacó una tarjeta y escribió en ella unas palabras.

—Haga el favor de entregarle esto.

Les hicieron pasar a una sala. Al cabo de unos minutos apareció la directora. La habitual serenidad de su rostro había desaparecido.

Satterthwaite se levantó.

—Creo que se acordará usted de mí. Estuve aquí, pocos días después de la muerte del doctor Strange, con *sir* Charles Cartwright.

—Claro que me acuerdo, señor Satterthwaite. Entonces *sir* Charles preguntó por la pobre señora de Rushbridger. ¡Qué coincidencia!

—Permítame que le presente a *monsieur* Hércules Poirot.

Poirot se inclinó y la directora respondió al saludo de una manera automática.

—Dicen ustedes que han recibido un telegrama. ¡No lo entiendo! Me parece todo muy misterioso. Sin embargo, no creo que tenga

nada que ver con la muerte del doctor. No cabe duda de que en todo esto anda mezclado algún loco. Para mí es la única explicación. ¡Y tener aquí a la policía! ¡Es algo terrible!

—¿La policía? —preguntó Satterthwaite, sorprendido.

—Sí, está aquí desde las diez de la mañana.

—¿La policía? —repitió Poirot.

—Espero que ahora podremos ver a la señora de Rushbridger —dijo Satterthwaite—. Desde el momento en que nos ha hecho venir…

La directora le interrumpió.

—¡Oh, señor Satterthwaite! ¡Entonces no lo saben ustedes!

—¿Qué es lo que no sabemos? —preguntó el detective.

—¡Pobre señora de Rushbridger! ¡Ha muerto!

—¿Ha muerto? *Mille Tonnerres*! Eso lo explica todo. Debí comprenderlo. ¿Cómo murió?

—Es algo muy misterioso. Recibió por correo una caja de bombones de licor. Tomó uno, al parecer tenía un gusto horrible, pero como le cogió por sorpresa, se lo tragó. Ni siquiera se le ocurrió escupirlo.

—*Oui, oui*. Además, cuando el líquido llega a la garganta ya es muy difícil.

—Como le digo, se lo tragó y, enseguida, llamó a una enfermera, que acudió corriendo, pero no pudimos hacer nada. A los pocos minutos, había muerto. El doctor llamó a la policía, que, en cuanto llegó, examinó los bombones. Todos los de la bandeja superior estaban envenenados, los de abajo eran buenos.

—¿Qué veneno se empleó?

—Creen que es nicotina.

—Sí. ¡Otra vez la nicotina! ¡Qué audacia!

—¡Hemos llegado demasiado tarde! —lamentó Satterthwaite—. Nunca sabremos lo que tenía que contarnos, a no ser que se confiase a alguien.

—No hubo ninguna confidencia —manifestó el detective.

—Preguntemos —insistió Satterthwaite—. Tal vez alguna de las enfermeras…

—Pregunte usted —asintió Poirot. Pero no parecía tener la menor esperanza de éxito.

Satterthwaite se volvió hacia la directora, quien enseguida

mandó llamar a las dos enfermeras que habían cuidado de la señora de Rushbridger, pero ninguna de ellas añadió nada a lo que ya sabían. La señora de Rushbridger no había hablado nunca de la muerte de *sir* Bartholomew y no sabían nada del telegrama.

A petición de Poirot, fueron conducidos al cuarto de la difunta, donde encontraron al inspector Crossfield. Satterthwaite le presentó a Poirot.

Los dos hombres se acercaron a la cama y contemplaron a la muerta. Aparentaba unos cuarenta años, tenía los cabellos negros y el cutis muy pálido. Su rostro no era apacible, pues conservaba aún las huellas de la agonía.

—¡Pobre mujer!

Miró a Poirot. El pequeño belga tenía una expresión muy extraña que hizo estremecer a Satterthwaite.

—Alguien se enteró de que iba a hablar y la mató. La mataron para evitar que hablase —opinó el mecenas.

—Sí, eso es.

—La mataron para evitar que nos contase lo que sabía.

—O lo que no sabía. Pero no perdamos tiempo. Hay muchas cosas que hacer. No debe haber más crímenes. Tenemos que intentarlo.

—¿Encaja esto en la idea que usted tiene de la identidad del criminal?

—Sí, encaja. Además, me doy cuenta de una cosa: el asesino es mucho más peligroso de lo que yo creía. Hemos de ir con cuidado.

Crossfield les siguió fuera de la habitación y les pidió el telegrama que habían recibido. Había sido enviado desde la oficina de correos de Melfort. Al preguntar allí, les dijeron que lo había llevado un chiquillo. La joven encargada de enviar los telegramas lo recordó porque el texto citaba la muerte de *sir* Bartholomew Strange, asesinado.

Después de comer con el inspector y de despachar un telegrama a *sir* Charles, se reanudó la investigación.

A las seis de la tarde, dieron con el muchacho que lo había llevado. El chiquillo explicó enseguida lo que sabía. El telegrama le fue entregado por un hombre andrajoso. Le dijo que una mujer de la casa del parque se lo había tirado desde una ventana junto con dos medias coronas. El hombre, temiendo verse envuelto en algún

asunto turbio, se fue del pueblo y le dio al muchacho dos chelines y seis peniques, diciéndole que se quedase con el cambio.

La policía se encargaría de buscar a aquel hombre. Como no tenían nada más que hacer allí, Poirot y Satterthwaite volvieron a Londres.

Era medianoche cuando llegaron a la ciudad. Egg había vuelto a su casa, pero *sir* Charles los recibió y los tres hombres discutieron lo ocurrido.

—*Mon ami*, déjese guiar por mi experiencia. Solo una cosa puede resolver este asunto: el cerebro y nada más que el cerebro. Ir de un lado a otro de Inglaterra esperando que una u otra persona nos diga lo que deseamos saber no sirve para nada. Todos esos absurdos métodos son propios de un aficionado. La verdad solo llega a descubrirse aguzando la inteligencia.

Sir Charles lo miró, escéptico.

—Entonces, ¿qué va usted a hacer?

—Pensar. Únicamente les pido veinticuatro horas para pensar.

Cartwright movió la cabeza, sonriendo.

—¿Descubrirá usted pensando lo que le hubiera dicho esa mujer de haber vivido?

—Creo que sí.

—Me parece un poco difícil. Sin embargo, siga usted su método. Si logra ver claro a través de esos misterios, podrá más que yo. Por mi parte, ya estoy harto, lo confieso. Además, tengo cosas más importantes que hacer.

Tal vez esperaba que le preguntasen al respecto. Si era así, fue una esperanza fallida. Satterthwaite le miró interesado, pero Poirot siguió sumido en sus pensamientos.

—Bueno, renuncio a mi participación en este asunto —añadió el actor—. ¡Ah! Estoy muy inquieto por la señorita Wills.

—¿Qué le pasa?

—Se ha marchado.

Poirot lo miró fijamente.

—¿Se ha marchado? ¿Adónde?

—Nadie lo sabe. Al recibir su telegrama, me puse a pensar infinidad de cosas. Como ya les dije una vez, estaba convencido de que esa mujer sabía algo que no nos quiso contar, por lo que se me ocurrió que lo último que podía hacer antes de retirarme era

hacerle hablar. Entonces cogí el coche y me fui a su casa. Eran las nueve y media cuando llegué allí. Al preguntar por ella, me dijeron que había salido esta mañana para pasar el día en Londres, por lo menos, eso fue lo que dijo. Por la tarde recibieron un telegrama diciéndoles que no volvería hasta dentro de un par de días y que no se inquietasen.

—¿Estaban inquietos?

—Me pareció que sí. Además, no se había llevado ningún equipaje.

—¡Qué extraño!

—Sí, parece como si… No sé… Yo no estoy tranquilo.

—Yo la avisé. Les avisé a todos. ¿Recuerdan que les dije: «Hablen ahora»?

—Sí, sí. ¿Cree usted acaso que también ella…?

—Tengo mis ideas. De momento, prefiero no discutirlas.

—Primero el mayordomo, ahora la señorita Wills. ¿Dónde está Ellis? Es inconcebible que la policía no haya logrado echarle el guante.

—No han buscado su cuerpo donde es lógico encontrarlo —replicó el detective.

—Entonces está usted de acuerdo con Egg. ¿Cree que ha muerto?

—Ellis no volverá a ser visto con vida.

—¡Dios mío! —gritó Cartwright—. ¡Es una pesadilla, es algo incomprensible!

—Al contrario, es sumamente lógico.

—¿Está usted seguro?

—¡Claro que sí! Yo tengo un espíritu sereno, metódico.

—No le comprendo.

Satterthwaite miró con curiosidad al detective.

—¿Puede decirme qué clase de espíritu es el mío? —preguntó *sir* Charles un poco molesto.

—El suyo es un espíritu de actor, *sir* Charles, creador y original, por lo cual ve en todo valores dramáticos. El del señor Satterthwaite es de espectador: observa los caracteres, sabe adaptarse al ambiente. Pero el mío es más prosaico, más vulgar, veo las cosas sin escenografías dramáticas ni candilejas.

—Lo que quiere decir es que debemos dejarle a solas.

—Sí, esa es la idea: durante veinticuatro horas.

—Mucha suerte, pues, y buenas noches.

Mientras bajaban por la escalera, Cartwright le dijo al señor Satterthwaite en un tono desabrido:

—Este hombre se tiene en demasiado buen concepto.

Satterthwaite sonrió. Le duele que otro acapare toda la atención, pensó.

—¿Qué quería usted decir con aquello de que tenía otras cosas que hacer, *sir* Charles? —preguntó.

En el rostro del actor reapareció la misma tímida expresión que cuando en Hanover Square esperaba los aplausos del público, expresión que Satterthwaite conocía muy bien.

—Pues… ¡ejem! La señorita Egg y yo…

—¡Hombre, le felicito!

—Claro que le llevo bastantes años.

—¡Ella es quien tiene la última palabra, y si ella no le da importancia…!

—Es usted muy amable, Satterthwaite. Se me había metido en la cabeza que estaba enamorada de Oliver Manders.

—No sé qué pudo hacerle creer eso.

—De todos modos, no lo estaba —terminó *sir* Charles con convicción.

Capítulo XIV

La señorita Milray

Poirot no llegó a gozar de las veinticuatro horas de aislamiento que había pedido.

A las once y veinte de la mañana siguiente, Egg entró sin anunciarse. Para su sorpresa, encontró al gran detective entretenido en construir un castillo de naipes. Su rostro mostró un desprecio tan profundo, que Poirot no pudo por menos que defenderse.

—No crea usted, *mademoiselle*, que a mis años me he vuelto un chiquillo. Levantar castillos de naipes ha sido siempre para mi espíritu un poderoso estimulante. Es una vieja costumbre. Lo primero que he hecho esta mañana ha sido salir a comprar una baraja. Desgraciadamente, cometí un error y no compré una baraja de verdad. Pero, para el caso, ya me sirven.

Egg miró con más atención el castillo que se elevaba sobre la mesa y se echó a reír.

—¡Por Dios! Si le han dado «La familia feliz».

—¿Qué es eso de «La familia feliz»?

—Un juego de niños.

—También sirve para hacer castillos.

Egg cogió algunas de las cartas que estaban encima de la mesa y las miró con cariño.

—El señor Bun, el hijo de los panaderos, un personaje que siempre me ha sido simpático. ¡Ah! Aquí está la señora Mug, la esposa del lechero. Esa debo de ser yo.

—¿Por qué?

—Por el nombre.

Egg se echó a reír ante el asombro de Poirot y le explicó lo del

verdadero nombre de *sir* Charles y su compromiso. Cuando terminó, el detective dijo:

—Entonces era a eso a lo que se refería él la otra noche. Sí, claro, Mugg es un nombre muy feo y muy vulgar. Es lógico que lo cambiara por otro. No creo que a usted le gustara llamarse señora Mugg.

—Bueno, deséeme mucha felicidad —dijo Egg.

—Le deseo la verdadera felicidad, *mademoiselle*. No la felicidad breve de la juventud, sino la felicidad duradera, la felicidad construida sobre una roca.

—Le diré a *sir* Charles que le ha llamado usted roca. Y ahora, vayamos al objeto de mi visita. He estado reflexionando sobre el recorte de periódico que se le cayó de la cartera a Oliver. Ya sabe usted que la señorita Wills lo cogió y se lo devolvió. Estoy segura de que aquel recorte no estuvo nunca en su cartera. Seguramente se le caería algún papel y ella lo cambió por el artículo de la nicotina.

—¿Por qué iba a hacer eso, *mademoiselle*?

—Pues porque quería desprenderse de ese papel comprometedor.

—¿Quiere usted decir con eso que ella es la criminal?

—Sí.

—¿Qué motivo podría tener?

—No me lo pregunte a mí, tal vez sea una perturbada. A veces, personas que parecen inteligentes y normales están locas. No veo otra razón. En realidad, no veo motivo alguno.

—Sin duda, este es el desafío. Yo mismo me pregunto infinidad de veces ¿qué motivo hubo para que asesinaran al señor Babbington? Cuando logre contestar satisfactoriamente a esta pregunta, el caso estará resuelto.

—¿No cree usted que se trata de la obra de un loco?

—No, *mademoiselle*, no se trata de locura alguna, por lo menos en el sentido que usted le da. Existe un motivo y es necesario descubrirlo.

—Bueno, ¡adiós! Siento mucho haberle distraído, pero me asaltó de pronto la idea de venir a verlo. Tengo que darme prisa. He de ir con Charles al ensayo de *El perrito que reía*. Es la obra que la señorita Wills escribió ex profeso para Angela Sutcliffe. Se estrena esta noche.

—*Mon Dieu*!

—¿Qué le pasa? ¿Ha ocurrido algo?

—¡Ya lo creo! ¡Una idea, una idea magnífica! ¡He estado ciego… ciego…!

Egg se quedó mirándolo. Poirot la cogió por los hombros.

—Cree que estoy loco, ¿verdad? No. He oído perfectamente lo que usted ha dicho. Ahora vaya al ensayo de *El perrito que reía*, obra escrita para la señorita Sutcliffe. Váyase usted al teatro y no haga caso de lo que he dicho.

Egg se marchó, sin tenerlas todas consigo. Una vez solo, Poirot se puso a pasear por la habitación. Sus ojos brillaban como los de un gato.

—*Mais oui*, ¡esto lo explica todo! Un motivo muy curioso, un motivo como no había encontrado nunca y, sin embargo, lógico, muy natural, dadas las circunstancias. De todos modos, es un caso muy curioso.

Se acercó a la mesa, donde todavía seguía en pie el castillo de cartas y lo derrumbó de un manotazo.

—No necesito ya para nada «La familia feliz». El problema está resuelto. Ahora debo actuar.

Cogió el sombrero y el abrigo, bajó corriendo las escaleras, paró un taxi y dio al conductor la dirección de *sir* Charles.

El portero no estaba, había subido en el ascensor con un inquilino. Poirot subió la escalera. En el momento en que llegaba frente a la puerta del piso de *sir* Charles, esta se abrió y la señorita Milray apareció en el umbral.

Al ver a Poirot, se sobresaltó.

—¿Usted?

—Yo. ¡*En fin, moi*!

—No encontrará usted a *sir* Charles. Ha ido al teatro Babylon con la señorita Lytton Gore.

—No, no venía a ver a *sir* Charles. Venía a buscar mi bastón. Creo que lo dejé aquí hace unos días.

—Ah, bien. Entonces, si quiere usted llamar, Temple le dirá si lo ha encontrado. Siento no poder entretenerme más con usted, pero debo coger el tren para ir a Kent a ver a mi madre.

—Comprendo, comprendo. No se entretenga por mí, *mademoiselle*.

Se hizo a un lado y la señorita Milray bajó corriendo la escalera. En la mano llevaba un maletín.

En cuanto ella hubo desaparecido, Poirot pareció olvidarse de lo que le había llevado allí. En lugar de llamar, dio media vuelta y bajó a su vez la escalera. Llegó a la puerta de la calle en el preciso momento en que la señorita Milray subía a un taxi. Otro taxi se acercaba. Poirot le hizo una seña y ordenó al taxista que siguiera al otro coche.

El rostro del detective no expresó la menor sorpresa cuando el primer taxi se dirigió hacia el norte y se detuvo finalmente en la estación de Paddington, aunque Paddington no era la estación indicada para coger el tren a Kent. Poirot se acercó a la taquilla y pidió un billete de ida y vuelta para Loomouth. El tren salía cinco minutos más tarde. Poirot se acomodó en un rincón de su compartimiento de primera, bien arrebujado en su abrigo porque hacía mucho frío.

Llegaron a Loomouth más o menos a las cinco. Empezaba a oscurecer. Fuera de la vista de la señorita Milray, oyó que el jefe de estación la saludaba.

—¿Usted por aquí, señorita? No la esperábamos. ¿Es que vuelve *sir* Charles?

—He venido solo por un día. Mañana por la mañana me iré otra vez. Vengo a recoger algunas cosas. No, no necesito ningún coche, gracias. Iré por el camino del acantilado.

Había oscurecido aún más. La señorita Milray subía deprisa por el serpenteante sendero. Poirot la seguía a bastante distancia, sigilosamente, sin hacer el menor ruido. Cuando la mujer llegó a Crow's Nest, sacó una llave del bolso y abrió la puerta, dejándola entreabierta. A los pocos minutos, volvió a salir. Llevaba en la mano una llave herrumbrosa y una linterna. Poirot se escondió detrás de un arbusto.

La señorita Milray dio la vuelta a la casa y subió por un empinado sendero. Poirot la siguió. Por fin, la secretaria se detuvo ante una vieja y destartalada torre de piedra, como las que se encuentran a lo largo de aquellas costas. El aspecto exterior era humilde y abandonado. Sin embargo, había una cortina en la sucia ventana. La señorita Milray abrió una recia puerta de madera.

La llave giró con un lúgubre chirrido. La puerta crujió al abrirse.

La señorita Milray encendió la linterna y entró.

Poirot avivó el paso y, a su vez, entró en la torre sin hacer ningún ruido. La luz de la linterna de la señorita Milray se deslizaba sobre varias retortas de cristal, un mechero Bunsen y otros aparatos.

La secretaria había cogido una barra de hierro y, en el momento en que la levantaba sobre las retortas de cristal, una mano la contuvo. Se volvió, a la vez que lanzaba un grito.

—No puede usted hacer eso, *mademoiselle* —dijo Poirot—. Lo que intenta usted destruir es una prueba importantísima.

Capítulo XV

Telón

Poirot estaba sentado en un sillón. Todas las luces de la habitación estaban apagadas, excepto una lámpara de pantalla rosada que proyectaba su suave luz sobre el detective. Había algo simbólico en aquella escena. *Sir* Charles, Satterthwaite y Egg, que componían el auditorio, se encontraban en la penumbra.

El belga hablaba muy despacio, pues parecía dirigirse más a sí mismo que a sus oyentes.

—Reconstruir el crimen es lo primero que intenta hacer todo detective. Para reconstruirlo, es preciso ir colocando detalle sobre detalle, igual que se coloca una carta sobre otra cuando se trata de construir un castillo de naipes. Si los detalles no se acoplan bien, hay que empezar de nuevo el castillo o, de lo contrario, se derrumbará.

»Como dije el otro día, hay tres tipos diferentes de mentes: primero, están las dramáticas, las mentes productivas que ven de antemano los resultados que se pueden obtener con materiales adquiridos mediante sus observaciones, así como las que reaccionan fácilmente ante los sucesos dramáticos. Después, están los jóvenes románticos y, por último, la mente prosaica, la que no sabe ver el mar azul y la dorada mimosa de un decorado, porque no es capaz de sustraerse a la idea de que aquello es tan solo papel pintado.

»Voy, pues, *mes amis*, al asesinato de Stephen Babbington, ocurrido el pasado agosto. Aquella noche, *sir* Charles sugirió la posibilidad de que el clérigo hubiese sido asesinado. Yo no estuve de acuerdo. No creía, en primer lugar, que se pudiera asesinar a un hombre como Stephen Babbington. Y, segundo, que fuese factible

administrar un veneno a una persona determinada en las condiciones en las que se había hecho aquella noche.

»Reconozco que *sir* Charles tenía razón y que yo estaba equivocado. Estaba equivocado porque miraba el crimen desde un punto de vista completamente falso. Hace solo veinticuatro horas que he descubierto cómo debía enfocarse. Se lo contaré y verán cómo el asesinato de Babbington es lógico y posible.

»Pero, de momento, dejaremos esto y recorrerán paso a paso el mismo sendero que yo he recorrido. La muerte del clérigo Babbington es el primer acto de nuestro drama. En este caso, cayó el telón cuando todos salimos de Crow's Nest.

»Lo que yo llamo el segundo acto empezó en Montecarlo, cuando Satterthwaite me enseñó la noticia de la muerte de *sir* Bartholomew. Aquello demostraba claramente que yo estaba equivocado y que *sir* Charles tenía razón. Babbington y Strange habían sido asesinados y los dos asesinatos formaban parte de un mismo plan. Más tarde, un tercer crimen completó la serie: el asesinato de la señora de Rushbridger. Por lo tanto, lo que necesitamos es una teoría razonable que relacione las tres muertes. Los tres crímenes fueron cometidos por la misma persona, quien, por fuerza, tenía que beneficiarse con ellos.

»Debo decir que lo que más me extrañaba era que la muerte del médico ocurriese después de la del clérigo. El análisis de las tres muertes, sin hacer distinciones de tiempo ni de lugar, parecía indicar que el asesinato de *sir* Bartholomew era lo que se podría llamar el más importante o principal, y que los otros dos eran secundarios, el efecto de las relaciones que existiesen entre esas personas y *sir* Bartholomew. Sin embargo, como les dije antes, los crímenes no se presentan como uno quisiera. Primero murió Babbington y, algún tiempo después, Strange. Lo más lógico era, por tanto, que el segundo crimen fuese una consecuencia del primero y, por consiguiente, tendríamos que examinar el primero para hallar la clave de los tres.

»Sin embargo, me sentía inclinado hacia la posibilidad de que se hubiera producido una equivocación. ¿No sería acaso a *sir* Bartholomew a quien se deseaba envenenar en Crow's Nest y la muerte de Babbington era solo el resultado de un error? Pero me vi forzado a abandonar aquella idea. Cualquiera que conociese un

poco más íntimamente a *sir* Bartholomew debía saber que no le gustaban los cócteles.

»Otra posibilidad: ¿se quería envenenar acaso a otro invitado y no al párroco? No conseguí encontrar ninguna prueba que confirmara esta suposición. Me vi obligado, pues, a aceptar la conclusión de que era a Babbington a quien se intentó asesinar, pero enseguida tropecé con un obstáculo: la aparente imposibilidad de llevar a buen término ese propósito.

»Uno puede empezar una investigación con cualquier hipótesis. Suponiendo que Stephen Babbington hubiera bebido un cóctel envenenado, ¿quién tuvo la oportunidad de envenenarlo? A primera vista, me pareció que solo dos personas podían haber hecho aquello (las que manejaron las copas) y eran *sir* Charles Cartwright y la camarera Temple. Pero aunque cualquiera de ellos tuvo opción de introducir el veneno en la copa, ninguno de los dos tuvo la oportunidad de dirigir esa copa en particular a la mano del señor Babbington. Temple tal vez lo hubiera podido hacer tendiéndole hábilmente la bandeja. No es fácil, pero era factible. *Sir* Charles también lo hubiera podido hacer cogiendo la copa en cuestión y entregándosela. Pero nada de eso ocurrió. Parecía como si la casualidad, y nada más que la casualidad, hubiera puesto aquella copa en manos de Babbington.

»*Sir* Charles y la camarera eran los encargados de los cócteles. ¿Estaba alguno de ellos en la abadía de Melfort? No. ¿Quién tuvo más oportunidades de echar el veneno en el oporto de *sir* Bartholomew? Ellis, el mayordomo fugitivo, y su ayudante, la camarera. Pero no debía descartarse la posibilidad de que uno de los invitados lo hubiese hecho. Era arriesgado, pero no imposible, que uno de los huéspedes entrara en el comedor y echase la nicotina en el oporto.

»Cuando volví a Crow's Nest, ustedes habían hecho una lista de los que coincidieron en las dos fiestas. Les diré ahora que los cuatro nombres que encabezaban la lista, el capitán Dacres y su mujer, la señorita Sutcliffe y la señorita Wills, los descarté enseguida.

»Era imposible que ninguna de esas cuatro personas supiera de antemano que iba a encontrar en la cena a Babbington. El empleo de la nicotina como veneno indica una preparación cuidadosa. Había otros tres nombres en la lista: *lady* Mary Lytton Gore, su hija

y Oliver Manders. Aunque no probables, esos tres eran posibles. Vivían en la localidad, podían tener motivos para matar al clérigo y aprovechar la noche de la fiesta para llevar a cabo su plan.

»Por otra parte, no encontré ninguna evidencia de que alguno de ellos hubiera realizado tal cosa.

»Creo que Satterthwaite razonó poco más o menos como yo y fijó sus sospechas en Manders. Realmente, Manders era el más sospechoso de todos. Aquella noche en Crow's Nest parecía preso de una gran excitación. Además, hacía poco tiempo que había tenido una disputa con Babbington. Coincidían también las extrañas circunstancias de su llegada a la abadía de Melfort y su fantástica historia sobre una carta de Strange, más la declaración de la señorita Wills de que tenía un recorte de periódico que hablaba de la nicotina como veneno.

»Manders era, sin duda, la persona que debía ocupar el primer lugar en la lista de los siete sospechosos.

»Pero de pronto tuve una sensación muy curiosa: era lógico y evidente que la persona que cometió los crímenes tenía que ser una persona que hubiera estado presente en las dos ocasiones. En otras palabras: una de las siete personas de la lista. Sin embargo, yo tenía la sensación de que aquello ya había sido previsto y preparado por el asesino. Cualquier persona sensata tenía que pensar así. Comprendí que estaba contemplando no la realidad, sino una especie de escenificación hábilmente dispuesta. Tratándose de un criminal inteligente, había comprendido que todo aquel que apareciese en la lista sería sospechoso y, por lo tanto, evitaría figurar en ella.

»Más claro: el asesino de Babbington y de *sir* Bartholomew estaba presente en las dos ocasiones, pero de un modo poco evidente.

»¿Quiénes habían estado en la primera fiesta y no en la segunda? Cartwright, Satterthwaite, la señorita Milray y la señora Babbington.

»¿Podría alguna de esas cuatro personas encontrarse en la abadía de Melfort desempeñando otro papel que el que le correspondía, o sea el de invitado? *Sir* Charles y Satterthwaite estaban en el sur de Francia. La señorita Milray, en Londres, la señora Babbington en Loomouth. Por lo tanto, lo más lógico era que

las sospechas recayeran sobre la señorita Milray y la viuda Babbington. Pero ¿podía presentarse la señorita Milray en la abadía de Melfort sin que la reconociese alguno de los invitados? Es una de esas mujeres que no se olvidan con facilidad. Por eso llegué a la conclusión de que no se encontraba en la abadía. El caso de la señora Babbington era exactamente el mismo.

»¿Podría suponerse que Satterthwaite o *sir* Charles hubieran estado en Melfort sin ser reconocidos? Satterthwaite tal vez, porque ninguno de ellos le conocía íntimamente. En cuanto a *sir* Charles, nos hallamos ante un caso muy distinto. Todos los invitados le conocían desde hacía años y era, por lo tanto, imposible que pasara inadvertido. Pero era un actor acostumbrado a interpretar toda clase de papeles. Ahora bien, ¿qué papel hubiera desempeñado allí?

»Fue entonces cuando pensé en Ellis, el mayordomo.

»Un personaje muy misterioso el tal Ellis. Un hombre que aparece de no se sabe dónde quince días antes del crimen y después se esfuma sin que se consiga hallar el menor rastro de él. ¿Cómo logra Ellis desaparecer de tal manera? Sencillamente, porque Ellis no existe. Ellis no es real, es una ficción, el resultado de una hábil caracterización.

»¿Era eso posible? Los criados de Melfort conocían a Cartwright y *sir* Bartholomew era amigo suyo de toda la vida. Sin embargo, los criados no suponían ningún peligro en el caso de que llegaran a reconocerlo: diciendo que se trataba de una broma, estaba solucionado. Pero pasados quince días sin ser reconocido y sin despertar ninguna sospecha, podía obrar con entera seguridad. A propósito de esto, recordé lo que dijeron los criados sobre el mayordomo. Era “casi un caballero”, había servido “en casas muy buenas”, debido a lo cual estaba enterado de muchos e interesantes escándalos sociales. Todo ello no daba ninguna pista. Sin embargo, Alice, la camarera, hizo una declaración muy significativa. Dijo: “Hacía las cosas de manera muy distinta a los mayordomos que he conocido”. Cuando me repitieron estas palabras, comprendí que mis sospechas se confirmaban por completo.

»Ahora bien, el caso de *sir* Bartholomew era distinto por completo. No es lógico creer que *sir* Charles llegara a engañarlo. Por lo tanto, el doctor Strange estaba enterado de quién era su mayordomo. Tenemos varias pruebas de esto. Una de ellas la notó

enseguida Satterthwaite. Se trataba de la broma que el médico le gastó al mayordomo, cosa insólita en él, diciéndole: "Eres un mayordomo de primera, Ellis". Solo se comprende que *sir* Bartholomew hablara así a un criado en el caso de que ese criado fuese *sir* Charles y el otro estuviera en el secreto.

»Sin duda la personificación de Ellis se trataba de una broma convenida entre ambos, acaso fuese una apuesta y, al final de la cena, descubrirían a los invitados la verdadera personalidad del mayordomo que les había estado sirviendo. Así se explica el buen humor de *sir* Bartholomew y su anuncio de una sorpresa. Fíjense que, en el caso de que cualquiera de los invitados hubiese reconocido al mayordomo, *sir* Charles hubiera estado aún a tiempo de retirarse y entonces nada hubiera ocurrido. Todo se reduciría a una broma entre los dos amigos. Pero nadie reconoció al mayordomo con sus patillas, sus ojos oscurecidos por la belladona y la marca en la muñeca. Una idea sutil esa de la marca de nacimiento, pero que falló debido a lo poco que la gente se fija en esas cosas. Dicha mancha estaba destinada a completar la personalidad de Ellis y, durante todos aquellos días, ¡nadie se fijó en ella! La única que la notó fue la señorita Wills, que más que una mujer es un lince.

»¿Qué ocurrió después? *Sir* Bartholomew murió. Esta vez, la muerte no se consideró natural e intervino la policía. Interrogaron a Ellis y a todos los demás que estaban en la casa. Aquella misma noche, Ellis salía por el pasadizo secreto y, dos días más tarde, se paseaba por los jardines de Montecarlo dispuesto a asombrarse con la noticia de la muerte de su amigo.

»Esto era teoría, nada más. Yo no tenía ninguna prueba, si bien todo lo ocurrido confirmaba mis sospechas. Mi castillo de naipes estaba perfecta y sólidamente construido. Lo de las cartas de chantaje que se descubrieron en la habitación del mayordomo no indicaba nada, puesto que fue el mismo *sir* Charles quien las descubrió.

»Tenemos luego lo de la supuesta carta de Strange a Manders, diciéndole que hiciese ver que le había ocurrido un accidente. ¿Había algo más sencillo para *sir* Charles que escribirla en nombre de su amigo? Si Manders no hubiese destruido la carta, *sir* Charles, en su papel de mayordomo, lo habría hecho al cepillar el traje del

joven. Precisamente aprovechó aquel servicio para meter en la cartera de Oliver el recorte de periódico.

»Y ahora, vayamos a la tercera víctima, la señora de Rushbridger. ¿Cuándo oímos hablar de esa señora por primera vez? Pocos momentos antes de aquellas palabras de *sir* Bartholomew a Ellis diciéndole que era un perfecto mayordomo. Por lo tanto, era preciso a toda costa alejar la atención de todos respecto al proceder de *sir* Bartholomew, que implicaba cierta familiaridad con un criado. Después, *sir* Charles, en sus funciones detectivescas, preguntó enseguida cuál era el recado que Ellis le dio al médico. Inmediatamente, *sir* Charles procura atraer sobre aquella mujer desconocida toda la atención, apartándola del mayordomo. Por eso fue al sanatorio a interrogar a la directora. Utiliza a la señora de Rushbridger como una pista falsa.

»Pasemos a examinar el papel desempeñado por la señorita Wills en este drama. Esta señorita tiene una personalidad muy curiosa. Es uno de esos seres que pasan inadvertidos en todas partes. No es guapa, ni ingeniosa, ni simpática. Se venga del mundo con su pluma. Tiene el arte de saber reproducir en el papel los caracteres. No sé si hubo algo en el mayordomo que llamó la atención de la señorita Wills, pero estoy seguro de que ella fue la única persona en la mesa que se fijó en él. A la mañana siguiente, su insaciable curiosidad le hizo husmear por todos los rincones de la casa. Entró en la habitación de los Dacres e invadió los dominios de la servidumbre, sin duda por intuición.

»Era la única que inquietaba un poco a *sir* Charles. Por eso quiso ser él quien la interrogara. Al final de la entrevista, estaba ya tranquilo y muy satisfecho de que ella hubiese advertido la marca en la muñeca del mayordomo cuando, de pronto, ocurrió la catástrofe. No creo que hasta aquel momento la señorita Wills asociase a Ellis, el mayordomo, con Cartwright. Sin duda notó que Ellis se parecía a alguien, pero sin poder concretar quién. Como ya he dicho, era muy observadora y, cuando el mayordomo le presentó las fuentes con la comida, ella se fijó, no en su rostro, sino en las manos que sostenían la fuente.

»No se le ocurrió entonces que Ellis fuera *sir* Charles, pero mientras él estaba hablando, se dio cuenta de repente de que *sir* Charles era Ellis. Por eso le pidió que le ofreciera la bandeja. No

para descubrir si la marca estaba en la muñeca izquierda, sino para estudiar sus manos. ¡Y las manos de *sir* Charles sostenían la bandeja de la misma forma que Ellis!

»Así fue cómo descubrió la verdad, pero se trata de una mujer muy particular y guardó para sí su descubrimiento. Tal vez no estuviera segura de que *sir* Charles había asesinado a su amigo. Se había disfrazado de mayordomo, es verdad, pero eso no quería decir que hubiera de ser por fuerza un asesino. Muchos inocentes guardan silencio a veces porque hablar les colocaría en una situación desagradable y difícil, hasta llegarles a producir serios perjuicios.

»Como ya he dicho, la señorita Wills se guardó para ella su descubrimiento. Pero *sir* Charles estaba muy inquieto. No le había gustado nada aquella expresión de malicia satisfecha que advirtió en el rostro de la escritora al salir de la habitación. Ella sabía algo. ¿Qué era? ¿Le afectaba? No podía estar seguro. Desde luego, comprendió que era algo relacionado con Ellis. Primero, Satterthwaite. Después, la señorita Wills. Era preciso apartar la atención de aquel punto y enfocarlo hacia otra parte. Y pensó un audaz y sencillo plan con el cual pensaba desconcertar a todos.

»El día de mi fiesta, *sir* Charles debió de levantarse temprano para ir a Yorkshire. Allí, vestido con harapos, entregó el telegrama a un muchacho para que lo enviara. Después, volvió a la ciudad a tiempo de desempeñar el papel que yo le había señalado en mi drama. Pero aún hizo otra cosa: envió una caja de bombones a una mujer a quien nunca había visto y de la cual no sabía nada.

»Ya saben ustedes lo que ocurrió aquella tarde. Por la inquietud de *sir* Charles, yo estaba casi seguro de que la señorita Wills tenía algunas sospechas. Cuando *sir* Charles interpretó “su escena de la muerte”, yo estuve observando el rostro de la señorita Wills y vi su expresión de asombro. Entonces comprendí que la señorita Wills sospechaba que *sir* Charles era el asesino y, al ver que a su vez caía envenenado como los demás, creyó que sus deducciones habían sido equivocadas.

»Pero si la señorita Wills sospechaba de *sir* Charles, la señorita Wills estaba en peligro. Quien ha matado ya dos veces no vacilaría en matar de nuevo. Entonces yo hice una advertencia. Luego, aquella misma noche, hablé por teléfono con la señorita Wills y, por

consejo mío, a la mañana siguiente se fue de su casa sin decir adónde iba. Desde entonces ha vivido en un hotel. Que yo tenía razón al temer por su vida lo prueba el hecho de que *sir* Charles fuera a Tooting la tarde siguiente a su regreso de Gilling. Pero llegó tarde: el pájaro había volado.

»Entretanto, desde su punto de vista, el plan había salido bien. La señora de Rushbridger, que según el telegrama tenía algo importante que contarnos, murió asesinada antes de que pudiera hablar. ¡Qué dramático! ¡Qué novelesco! De nuevo entraba en el juego la tramoya teatral con todos sus efectivos.

»Pero yo, Hércules Poirot, no me llevé ninguna desilusión. Satterthwaite dijo que habían asesinado a la mujer para que no hablara. Yo asentí. Él siguió diciendo que la habían matado antes de que pudiera decirnos lo que sabía. Y ya entonces le contesté: "O lo que no sabía". Estoy seguro de que esto le extrañó. En aquel momento, debía haber descubierto la verdad. La señora de Rushbridger fue asesinada porque no podía decirnos nada. Porque no tenía nada que ver con el crimen. Para serle de alguna utilidad a *sir* Charles tenía que morir. Por eso la señora de Rushbridger, una inocente extranjera, fue asesinada.

»Sin embargo, con ese aparente triunfo, *sir* Charles cometió un error propio de un niño. El telegrama fue enviado a mi nombre, al hotel Ritz, siendo así que la señora de Rushbridger no sabía una palabra de que yo intervenía en el asunto. En aquel pueblo nadie lo sabía. ¡Fue un error increíble!

»*Eh bien*, ya conocía la identidad del asesino, pero me faltaba conocer el motivo del primer crimen.

»Reflexioné y, de nuevo, más claro que nunca, comprendí que la muerte de *sir* Bartholomew era el crimen que interesaba verdaderamente al asesino. ¿Qué razón podía tener Cartwright para asesinar a su amigo? ¿Qué motivo tendría para ello? Después de meditar mucho, lo encontré.

Se oyó un profundo suspiro. Cartwright se levantó y se acercó a la chimenea. Allí, con los brazos en jarras, miró altivo a Poirot. Su actitud, Satterthwaite así lo hubiera dicho, era la de aquella escena en que *lord* Eaglemount mira con desprecio al canallesco procurador que ha conseguido formular contra él una acusación de fraude. Irradiaba dignidad y desprecio.

—Tiene usted una imaginación extraordinaria, *monsieur* Poirot. En todo lo que ha dicho, no hay una sola palabra de verdad. ¿Cómo se las ha arreglado para componer esa sarta de mentiras? No lo sé. Pero siga, me interesa. ¿Qué motivo tendría yo para asesinar a un hombre al que conocía desde la infancia?

Poirot, el pequeño burgués, miró al aristócrata. Habló despacio, pero con firmeza.

—*Sir* Charles, los belgas tenemos un proverbio que dice: «*Cherchez la femme*». Ahí fue donde encontré yo el motivo. Le había visto a usted con la señorita Lytton Gore. Era evidente que usted la amaba con esa terrible y absorbente pasión que a los hombres maduros suelen inspirarles las jovencitas.

»Usted la amaba y ella, como observé, sentía por usted la misma admiración que por un héroe. No tenía más que hablar y hubiera caído en sus brazos. Sin embargo, usted no habló. ¿Por qué?

»Le dijo a su amigo, Satterthwaite, que era usted muy torpe y que no se daba cuenta del amor que por usted sentía su amada. De ese modo, quería usted hacerle creer que suponía a la señorita Lytton Gore enamorada de Manders. Pero yo sé, *sir* Charles, que un hombre de mundo como usted, con su larga experiencia galante, no puede equivocarse con las mujeres. Sabía pues perfectamente lo que sentía la señorita Lytton Gore. Entonces, ¿por qué no se casaba con ella, si estaba usted deseando hacerlo?

»Indudablemente, debía haber algún obstáculo. ¿Qué obstáculo era ese? No podía ser otro que el de estar ya casado. Sin embargo, todos le creían soltero. El matrimonio, por lo tanto, debió celebrarse cuando usted era muy joven, antes de llegar a ser un actor famoso.

»¿Qué le pasó a su mujer? Si vivía aún, ¿cómo no se sabía nada de ella? Si se trataba de una separación, había un remedio, el divorcio. En el caso de que fuera católica, o bien de las que desaprueban el divorcio, se la conocería a pesar de vivir separada de usted desde hacía tiempo.

»Pero hay dos tragedias para las cuales la ley no concede ninguna solución. La mujer con quien usted se casó podría estar cumpliendo una sentencia en alguna cárcel, o bien estar en un manicomio. En ninguno de esos dos casos obtendría usted el divorcio.

»Si eso había ocurrido en su juventud, nadie estaría enterado de

ello y, por lo tanto, podría casarse con la señorita Lytton Gore sin confesarle la verdad. Bien, ahora supongamos que lo sabía una persona, un amigo que le conocía de toda la vida: *sir* Bartholomew. Strange era un médico honrado. Sin duda sentía por usted una gran piedad y quizá hubiera visto con buenos ojos que tuviera una amante, pero no habría consentido su bigamia ni que engañara a una inocente. Para llegar a casarse con la señorita Lytton Gore, *sir* Bartholomew debía ser eliminado.

Sir Charles se echó a reír.

—¿Y el pobre Babbington? ¿Es que también él estaba enterado?

—Eso fue lo que creí al principio. Pero enseguida vi que no había ninguna prueba que confirmase mi suposición. Además, me encontraba de nuevo con el obstáculo que mencioné antes: aun siendo usted quien echó la nicotina en el cóctel, no le habría sido posible en modo alguno hacérselo tomar en aquellos momentos a una persona determinada.

»Este era mi rompecabezas cuando, de pronto, una palabra que pronunció la señorita Lytton Gore me dio la solución.

»El veneno no estaba destinado precisamente al señor Babbington, sino a cualquiera de los invitados con tres excepciones: la señorita Lytton Gore, a la que ya se cuidó usted de entregar una copa inofensiva, usted y Strange, quien, como usted sabía, no probaba los cócteles.

Satterthwaite, horrorizado, lanzó un grito.

—¡Eso es una barbaridad! ¿Qué es lo que pretendía? ¡No tiene sentido!

Poirot se volvió hacia él. En su voz había un tono de triunfo.

—¡Ya lo creo que lo tiene! ¡Y muy curioso! Es la primera vez en mi vida que me encuentro ante un motivo semejante para un crimen. El asesinato de Babbington no era más que un ensayo general.

—¿Qué?

—Sí, *sir* Charles era un actor y seguía sus inclinaciones teatrales. Ensayó su crimen antes de cometerlo. Ninguna sospecha recaería sobre él. La muerte de ninguno de los que estaban allí le beneficiaría. Además, como ya hemos comprobado, no se podría probar que hubiera envenenado a una persona determinada. El ensayo, amigos míos, salió muy bien. Babbington muere y nadie

sospecha nada. Tiene que ser *sir* Charles quien induce a los demás a sospechar y siente una gran alegría al ver que no le queremos tomar en serio. La sustitución de la copa se llevó también a cabo sin el menor tropiezo. Podía estar seguro de que, cuando llegase la hora de actuar de verdad, todo saldría a la perfección.

»Como ya saben ustedes, los hechos tomaron un rumbo distinto. En la segunda fiesta se hallaba presente un médico, quien inmediatamente sospechó que se trataba de un envenenamiento. Fue entonces cuando *sir* Charles trató por todos los medios de dar importancia a la muerte de Babbington. Era preciso que se considerara la muerte de *sir* Bartholomew como una consecuencia del primer asesinato. Toda la atención debía ser dirigida hacia el motivo de la muerte de Babbington y no hacia alguno para cometer el asesinato del doctor Strange.

»Pero hay una cosa en la que *sir* Charles no se fijó. La eficiencia de la señorita Milray. Ella sabía que su jefe tenía la afición de hacer experimentos químicos en la torre del jardín. La secretaria había pagado una factura de una solución de nicotina para rociar los rosales y advirtió que una parte del líquido había desaparecido sin saber cómo. Cuando leyó que el señor Babbington había muerto envenenado con nicotina, llegó enseguida a la conclusión de que *sir* Charles había extraído el alcaloide puro de la disolución para los rosales.

»La señorita Milray no sabía qué hacer, había conocido al clérigo Babbington siendo una chiquilla y, por otra parte, estaba enamorada profunda e intensamente, como solo puede estarlo una mujer fea, de su jefe.

»Al fin, se decidió a destruir los aparatos de *sir* Charles. Este estaba tan seguro de su éxito que nunca lo creyó necesario. La señorita Milray se marchó a Cornualles y yo la seguí.

Sir Charles se echó a reír otra vez. Parecía más que nunca un gran señor a quien un ratoncito se hubiera atrevido a molestarle.

—¿Son unos viejos cacharros de química todas las pruebas que usted posee? —preguntó desdeñoso.

—No. Aquí está su pasaporte indicando las fechas en que usted volvió y salió de Inglaterra. Y luego está la prueba de que en el manicomio de Harverton County hay una mujer llamada Mary Mugg, esposa de Charles Mugg.

Durante todo el relato, Egg había permanecido inmóvil y silenciosa como una estatua. Por fin se movió. Un ligero grito, casi un ahogado quejido, salió de sus labios.

Sir Charles se volvió hacia ella en un gesto teatral.

—Egg, tú no creerás ni una palabra de esa absurda historia, ¿verdad?

Y se echó a reír.

Egg avanzó despacio, como hipnotizada. Fijó una interrogadora y angustiosa mirada en los ojos de su amado. De pronto, antes de llegar a él, vaciló, cerró los ojos, pareció buscar algo donde apoyarse y, al fin, lanzando un grito, cayó de rodillas ante Poirot.

—Pero… ¿es verdad? ¿Es verdad eso?

El detective puso sus manos en los hombros de la joven y dijo cariñosamente:

—¡Es verdad, *mademoiselle*!

El silencio solo era quebrado por los sollozos de la muchacha. En unos momentos, *sir* Charles envejeció varios años.

—¡Maldito sea! —gritó.

En toda su carrera teatral jamás había salido de sus labios una maldición tan espontánea. Luego, abandonó la habitación.

Satterthwaite se levantó de la silla, pero Poirot movió la cabeza.

—¡Va a escapar! —gritó Satterthwaite.

—No, solo quiere efectuar un mutis definitivo. Uno lento, ante los ojos del mundo, o el rápido de los escenarios.

Se abrió poco a poco la puerta y alguien entró en la habitación. Era Manders. Su habitual expresión de hastío había desaparecido. Estaba muy pálido y demacrado.

Poirot se inclinó sobre la joven.

—Vamos, *mademoiselle* —dijo con suavidad—, aquí tiene a un amigo que la llevará a su casa.

Egg se levantó. Miró hacia Oliver, pero tardó unos segundos en verlo. Al fin, se acercó a él vacilante.

—¡Oliver, llévame a casa, llévame con mamá! Anda, vamos.

El joven le rodeó el talle cariñosamente con el brazo y la condujo hasta la puerta.

—Sí, Egg, vamos con tu madre.

Las piernas de la muchacha le temblaban tanto que casi no podía caminar. Entre Oliver y Satterthwaite la sostenían. Al llegar

junto a la puerta, hizo un esfuerzo y se desprendió de ellos.

—Ya estoy bien —anunció.

A un gesto de Poirot, Oliver volvió a entrar en la habitación.

—¡Sea bueno con ella! —le dijo el detective.

—Lo seré. Ella es lo que más quiero en el mundo. Mi amor por Egg me ha convertido en un ser amargado y cínico. Pero ahora seré otro. Estoy dispuesto a esperar y quizá algún día no muy lejano…

—Lo creo. Estoy seguro de que ya empezaba a quererlo cuando llegó el artista y la deslumbró. La admiración por un héroe es un peligro para las jóvenes. Algún día, Egg se enamorará de un amigo y entonces edificará su felicidad sobre una roca.

Miró sonriente al joven, mientras este salía de la habitación.

Inmediatamente después, entró Satterthwaite. Parecía satisfecho.

—Poirot, ¡es usted un hombre realmente maravilloso!

—No es nada más que una tragedia en tres actos y ahora acaba de caer el telón.

—Perdone, pero… —empezó Satterthwaite, pero Poirot le interrumpió.

—¿Quiere usted que le aclare algo?

—Sí. Quisiera saber una cosa.

—Diga.

—¿Por qué unas veces habla correctamente el inglés y otras no?

Poirot se echó a reír.

—Se lo voy a explicar. Es verdad que soy capaz de hablar el inglés correctamente. Pero, amigo mío, hablar mal el idioma de ustedes es muy útil en mi profesión. La gente le desprecia a uno diciendo: «Extranjero, ni siquiera sabe hablar inglés». Yo no pretendo que mi presencia intimide a nadie. Al contrario, me gusta parecer ridículo ante todos. Además, procuro hacerme el fanfarrón para que el compatriota de ustedes piense: Un sujeto tan jactancioso no puede valer gran cosa. Este es el punto de vista inglés, pero está equivocado. Inspirando confianza a los culpables, ellos mismos se descubren. Además, hablar así se ha convertido para mí en una costumbre.

—Es usted más astuto que una serpiente —opinó Satterthwaite. Calló durante unos instantes, como reflexionando sobre el caso, y añadió—: Creo que mi papel en este asunto no ha sido muy brillante.

—Al contrario. Usted fue quien se dio cuenta de ese importante detalle de las palabras que *sir* Bartholomew le dijo al mayordomo; usted descubrió el poder de observación de la señorita Wills. En realidad, habría llegado a resolver usted solo el misterio, a no ser porque su espíritu tiende a lo dramático.

Satterthwaite quedó encantado ante aquella insinuación.

De pronto, le asaltó una idea.

—¡Dios mío! —gritó—. ¡Ahora que lo pienso! ¡El cóctel envenenado por ese canalla podría habérselo bebido cualquiera! ¡Incluso yo mismo!

—Hay algo más terrible que usted no ha tenido en cuenta —dijo Poirot.

—¿El qué?

—Que podría habérmelo tomado yo —contestó el detective.

Notas

[1] Muchacha de la corte del rey Arturo que se enamoró de Lanzarote. Tennyson utilizó este tema para uno de los poemas de su libro *Idilios del Rey*. (N. del T.). < <

[2] Célebre poema de Tennyson. (N. del T.). < <

[3] *Egg* significa «huevo» (N. del T.). < <

[4] En inglés, *mugg* significa «tontorrón». (N. del T.). < <